

VIB

Orson
Scott Card

*EL
JUEGO
DE
ENDER*

Premio Nebula
Premio Hugo

EDICIONES
B
GRUPO ZETA

Libros Tauro

A Geoffrey,
que me recuerda
cuán jóvenes y cuán viejos
pueden ser los niños

AGRADECIMIENTOS

Partes de este libro estaban incluidas en el primer cuento de ciencia ficción que publique, *Ender's game*, en el *Analog* de agosto de 1977, editado por Ben Bova; su confianza en mí y en este cuento son los cimientos de mi carrera.

Harriet McDougal, de la editorial Tor, es una de esas rarísimas editoras que entienden una historia y ayudan al autor a hacerla exactamente como quería que fuera. No le pagan lo que se merece. La tarea de Harriet fue facilitada un poco por el excelente trabajo de mi editora particular, Kristine Card. Tampoco le pago lo que se merece.

También estoy agradecido a Bárbara Bova, que ha sido mi amiga y mi agente a lo largo de las épocas de escasez, y algunas veces, de abundancia; y a Tom Doherty, mi editor, que me dejó convencerle para que presentáramos este libro en la ABA de Dallas, lo que pone de manifiesto o bien su exquisito gusto, o lo aburridas que pueden llegar a ser las convenciones.

Indice:

TERCERO	6
PETER	10
GRAFF	14
LANZAMIENTO	20
JUEGOS	26
LA BEBIDA DEL GIGANTE	35
SALAMANDRA	41
RATA	57
LOCKE Y DEMÓSTENES	69
DRAGÓN	87
VENI, VIDI, VINCI	97
BONZO	111
VALENTINE	126
EL MAESTRO DE ENDER	140
LA VOZ DE LOS MUERTOS	165

1

TERCERO

—He mirado con sus ojos, he escuchado con sus oídos, y te digo que es el indicado: o por lo menos, lo más adecuado que vamos a encontrar.

—Eso es lo que se dijo del hermano,

—El hermano resultó imposible. Por otras razones. Independientemente de su capacidad.

—Lo mismo pasó con la hermana. Y hay dudas sobre él. Es demasiado maleable. Demasiado dispuesto a sumergirse en la voluntad de otro.

—No si el otro es su enemigo.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Rodearle continuamente de enemigos?

—Si es preciso, sí.

—Creía que habías dicho que te gustaba ese chico.

—Si los insectores le cogen, harán que parezca que soy su tío favorito.

—De acuerdo. Al fin y al cabo, se trata de salvar al mundo. Siga con él.

La señorita monitor sonrió afablemente, le pasó la mano por el cabello y dijo:

—Andrew, supongo que a estas alturas estarás más que harto de llevar ese horrible monitor. Bien, voy a darte una buena noticia. Te lo vamos a quitar hoy. Vamos a extraerlo ahora mismo, y no te dolerá nada.

Ender asintió con la cabeza. Naturalmente, era mentira que no dolería nada. Pero como los adultos siempre decían lo mismo cuando algo iba a doler, podía considerar esa afirmación como una predicción exacta del futuro. Algunas veces las mentiras eran más de fiar que las verdades.

—Ven por aquí, Andrew. Siéntate en la mesa de reconocimiento. El doctor vendrá a verte en seguida.

Sin monitor. Ender trató de imaginarse la ausencia del pequeño dispositivo de su nuca. «Me daré vueltas en la cama y no estará ahí presionando. No le sentiré hormigear y absorber calor cuando me ducho.

»Y Peter ya no me odiará. Iré a casa y le mostraré que el monitor ya no está, y verá que tampoco yo lo he conseguido. Que ahora soy un chico normal, como él. Después de todo, las cosas no irán tan mal. Me perdonará que haya conservado mi monitor un año más que él el suyo. Seremos...

»No, amigos, probablemente no. No, Peter era demasiado peligroso. Se ponía tan furioso... Hermanos, sí. Ni enemigos, ni amigos, sino hermanos; que puedan vivir en la misma casa. No me odiará, simplemente me dejará en paz. Y cuando quiera jugar a insectores y astronautas, a lo mejor no tengo que jugar, a lo mejor puedo ponerme a leer un libro.»

Pero Ender sabía, incluso mientras pensaba eso, que Peter no le dejaría en paz. Había algo en sus ojos cuando estaba exaltado, y cada vez que Ender veía esa mirada, ese destello, sabía que lo único que Peter no iba a hacer era dejarle en paz. «Estoy haciendo ejercicios de piano, Ender. Ven a pasarme las páginas. ¡Oh!, el chico del monitor está demasiado ocupado para ayudar a su hermano. ¿Es demasiado listo para eso? ¿Tienes que ir a matar unos cuantos insectores, astronauta? No, no, no quiero tu ayuda. Puedo hacerlo yo mismo, pequeño imbécil, pequeño Tercero.»

—No tardaré mucho, Andrew —dijo el doctor.

Ender asintió con la cabeza.

—Está especialmente diseñado para ser extraído. Sin infecciones, sin secuelas. Pero sentirás una especie de hormigueo, y algunos dicen que tienen la sensación de que les falta algo. Te sentirás buscando algo, algo que echas en falta, pero que no encuentras, y ni siquiera recuerdas lo que era. Por eso te lo digo ahora. Es el monitor lo que estarás buscando, pero ya no estará ahí. Esa sensación pasará al cabo de unos días.

El doctor estaba retorciendo algo en la nuca de Ender. De repente, un dolor le atravesó como una aguja desde el cuello hasta la ingle. Ender sintió un espasmo en la espalda y su cuerpo se

arqueó violentamente hacia atrás; su cabeza golpeó contra la cama. Podía sentir sus piernas dando sacudidas, y sus manos estaban agarrotadas una contra otra con tanta fuerza que le dolían.

—¡Dedee! —gritó el doctor—. ¡La necesito! —La enfermera entró corriendo, estupefacta—. Hay que relajar esos músculos. ¡Démelo! ¡A qué espera!

Algo cambió de manos; Ender no podía ver nada. Dio un bandazo hacia un lado y se cayó de la mesa de reconocimiento.

—¡Agárrele! —gritó la enfermera.

—Sujétele bien.

—Sujétele usted, doctor, es demasiado fuerte para mí.

—¡No se lo ponga todo! Hará que se le pare el corazón.

Ender sintió que una aguja le entraba en la espalda, justo por encima del cuello de la camisa. Quemaba, pero dondequiera que el fuego llegaba, los músculos se desagarrotaban lentamente. Ahora podía llorar de miedo y de dolor.

—¿Estás bien, Andrew? —le preguntó la enfermera.

Andrew no conseguía recordar qué tenía que hacer para hablar. Le subieron a la mesa. Le tomaron el pulso e hicieron otras cosas; no entendía nada.

El doctor estaba temblando; su voz vacilaba cuando dijo:

—Dejan estas cosas en los chicos durante tres años. ¿Qué esperan? Podíamos haberle anulado para siempre. ¿Se da cuenta? Podíamos haber desconectado su cerebro para toda la vida.

—¿Cuándo desaparecen los efectos de la droga? —preguntó la enfermera.

—Téngale aquí por lo menos una hora. Vigílele. Si dentro de quince minutos no ha empezado a hablar, llámeme. Podíamos haberle desconectado para siempre. Se creen que tengo el cerebro de un insector.

Volvió a la clase de la señorita Pumphrey sólo quince minutos antes de que sonara el timbre de salida. Todavía titubeaba un poco al andar.

—¿Estás bien, Andrew? —preguntó la señorita Pumphrey.

Ender asintió con la cabeza.

—¿Has estado enfermo? Ender negó con la cabeza.

—No tienes buen aspecto.

—Estoy bien.

—Es mejor que te sientes, Andrew.

Se dirigió hacia su asiento, pero se paró. ¿Qué estaba buscando? No recordaba qué estaba buscando.

—Tu asiento está allí —dijo la señorita Pumphrey.

Se sentó, pero era otra cosa lo que necesitaba, algo que había perdido. Lo encontraría más tarde.

—Tu monitor —susurró la chica que estaba detrás de él.

Andrew se encogió de hombros.

—Su monitor —susurró la chica a los demás.

Andrew levantó la mano y se tanteó la nuca. Había un vendaje. Ya no estaba. Ahora era como los demás.

—¿Cancelado, Andy? —preguntó un chico que estaba sentado más atrás, al otro lado del pasillo. No podía acordarse de su nombre. Peter. No, ése era otro.

—Silencio, señor Stilson —dijo la señorita Pumphrey.

Stilson sonrió desdeñosamente.

La señorita Pumphrey hablaba de la multiplicación. Ender garabateaba en la consola mapas de islas montañosas y pedía luego a la consola que las presentara en tres dimensiones desde todos los ángulos. Indudablemente, la profesora sabría que no estaba prestando atención, pero no le molestaría. El siempre se sabía la respuesta, incluso cuando ella creía que no estaba prestando atención.

En la esquina de su consola salió una palabra que empezó a desfilarse a lo largo del perímetro de la consola. Estaba boca abajo y al revés al principio, pero Ender sabía lo que decía mucho antes de que llegara al borde inferior de la consola y se pusiera al derecho.

TERCERO

Ender sonrió. Era él quien había inventado la forma de enviar mensajes y hacerlos desfilarse; aunque su enemigo secreto le llamara de todo, el método de envío se debía a él. No era culpa suya ser un Tercero. Había sido idea del gobierno. Ellos eran los que habían dado permiso. ¿Cómo si no podía haber ido a la escuela un Tercero como Ender? Y ahora el monitor no estaba. El experimento titulado Andrew Wiggin había fracasado después de todo. Estaba seguro de que, si pudieran, rescindirían la excepción que le había permitido nacer. «Como ha sido un fracaso, borremos todo el experimento.»

El timbre sonó. Todos desconectaron sus consolas o teclearon a toda prisa notas para sí mismos. Algunos volcaban lecciones o datos en los ordenadores de su casa. Unos pocos se reunían en las impresoras mientras salía impreso algo que querían mostrar. Ender extendió las manos sobre el teclado de tamaño infantil situado cerca del borde de la consola y se preguntó qué sensación produciría tener manos tan grandes como las de un mayor. Se deberían sentir grandes y torpes, con esos dedos gordos como muñones y esas palmas tan carnosas. Por supuesto, tenían teclados más grandes, pero ¿cómo iban a dibujar esos dedos gordos líneas tan finas como las que hacían los de Ender, unas líneas delgadas tan exactas que podía hacerles describir una espiral que daba sesenta y nueve vueltas desde el centro hasta el borde de la consola sin que las líneas se tocaran o se acercaran demasiado en ningún punto? Todo esto le distrajo mientras la profesora desgranaba una explicación aritmética. ¡Aritmética! Valentine le había enseñado aritmética cuando tenía tres años.

—¿Estás bien, Andrew?

—Sí, señorita.

—Perderás el autobús.

Ender asintió con la cabeza y se levantó. Los demás chicos se habían ido. Algunos estarían esperando, pero serían los malos. Su monitor no estaba encaramado en su nuca oyendo lo que él oía y viendo lo que él veía. Podrían decirle lo que quisieran. Ahora incluso podrían pegarle; nadie podría ya verlos y por lo tanto nadie acudiría en ayuda de Ender. El monitor tenía sus ventajas, y las echaría de menos.

Era Stilson, claro. No era más grande que la mayoría de los chicos, pero era más grande que Ender. Y tenía a otros a su lado. Siempre los tenía.

—Eh, Tercero.

«No respondas. No hay nada que decir.»

—Eh, Tercero, te hablamos a ti. Tercero, eh, medio insector, te hablamos a ti.

«No sé qué responder. Diga lo que diga, empeorará las cosas. También las empeorará no decir nada.»

—Eh, Tercero; eh, cagarro, te han cateado, ¿eh? Creías que eras mejor que nosotros, pero has perdido tu pequeño pajarito, Tercero, tienes un vendaje en la nuca.

—¿Me vais a dejar pasar? —preguntó Ender.

—¿Le vamos a dejar pasar? ¿Le dejaremos pasar? —Se echaron a reír—. Claro que te dejaremos pasar. Primero dejaremos pasar tu brazo, después pasará tu trasero, luego a lo mejor un trozo de la rodilla.

Los demás corearon «Has perdido el pajarito, Tercerito. Has perdido el pajarito, Tercerito.»

Stilson empezó a empujarle con una mano; alguien le empujó por detrás, hacia Stilson.

—¿A qué jugamos? —dijo uno de ellos.

—¡Tenis!

—¡Ping-pong!

Esto no iba a acabar bien. Y Ender decidió que prefería no ser él quien acabara mal. Cuando el brazo de Stilson volvió a extenderse para empujarle, Ender intentó agarrarle. Falló.

—Oh, me vas a pegar, ¿eh? Me vas a pegar, Tercerito.

Los que estaban detrás de Ender le sujetaron. Ender no tenía ganas de reírse, pero se rió.

—¿Quieres decir que hacen falta otros como tú para pegar a un Tercero?

—Nosotros somos personas, no Terceros, cara de cagarro. Tienes menos fuerza que un pedo. Pero le soltaron. En cuanto lo hicieron, Ender soltó una patada alta y fuerte que dio a Stilson justo en el esternón. El chico cayó. Ender se quedó sorprendido; no había pensado tirar al suelo a Stilson de una patada. No se le ocurrió pensar que Stilson no había tomado en serio una pelea como ésa, que no estaba preparado para un golpe tan desesperado.

Por un momento, los otros retrocedieron y Stilson siguió en el suelo, inmóvil. Todos se preguntaban si estaba muerto. Ender, sin embargo, trataba de descubrir la forma de anticiparse a la venganza, de evitar que mañana le atacaran todos juntos. «Tengo que vencer ahora, y para siempre, o tendré que pelearme todos los días y cada vez será peor.»

Ender conocía las reglas nunca dichas de la guerra entre hombres, aunque sólo tuviera seis años. Estaba prohibido golpear al oponente caído indefenso en el suelo; sólo un animal lo haría.

Precisamente por eso se acercó al cuerpo inerte de Stilson y le dio otra patada en las costillas, con saña. Stilson soltó un gemido y rodó hacia el otro lado. Ender caminó en torno a él y le dio otra patada, en los genitales. Stilson no pudo emitir ningún sonido; se limitó a doblarse, y de sus ojos surgieron lágrimas.

Entonces Ender miró a los otros fríamente.

—Es posible que se os pase por la cabeza la idea de atacarme en grupo. Es probable que me dierais una buena paliza. Pero no olvidéis lo que hago con los que intentan hacerme daño. En adelante, os pasaréis el tiempo preguntándoos cuándo os agarraré y qué haré con vosotros. —Dio una patada a Stilson en la cara. La sangre de la nariz salpicó el suelo—. No será así —dijo Ender—. Será peor.

Se dio la vuelta y se marchó. Nadie le siguió. Dobló una esquina y entró en el corredor que conducía a la parada del autobús. Podía oír a los chicos detrás de él, diciendo: «Miradle. Está deshecho». Ender apoyó la cabeza contra la pared del corredor y lloró hasta que llegó el autobús. «Soy como Peter. Quitadme el monitor y seré exactamente igual que Peter.»

2

PETER

—Ya se lo hemos quitado. ¿Que tal está?

—Vives dentro del cuerpo de alguien unos años y llegas a acostumbrarte. Ahora, miro su cara y no sé descifrarla. No estoy acostumbrado a ver sus expresiones faciales. Estoy acostumbrado a sentirlas.

—Deje de hablar como un psicoanalista. Somos soldados, no brujos. Acaba de verle despanzurrar al líder de una pandilla.

—Estuvo perfecto. No se limitó a pegarle, le dio una gran paliza. Igual que Mazer Rackham en...

—Ahórrese las explicaciones. O sea que, según el criterio del comité, pasa.

—Casi seguro. Veamos qué hace con su hermano, ahora que no tiene el monitor.

—Su hermano. ¿No le da miedo lo que su hermano va a hacer con él?

—Fue usted quien dijo que éste no era un asunto exento de riesgos.

—He repasado algunas cintas. No puedo evitarlo. Me gusta el chico. Creo que se lo vamos a poner muy difícil.

—Claro que sí. Es nuestro trabajo. Somos los brujos malvados. Prometemos golosinas pero nos comemos vivos a esos pequeños desgraciados.

—Lo siento, Ender —susurró Valentine. Estaba mirando el vendaje de su cuello.

Ender tocó la pared y la puerta se cerró detrás de él.

—No me importa. Me alegro de que no esté.

—¿Qué es lo que no está? —Peter entró en el recibidor con la boca llena de pan y crema de cacahuete.

Ender no veía en Peter al hermoso muchacho de diez años que veían los mayores, con el pelo revuelto, negro y espeso, y un rostro que podía haber sido el de Alejandro Magno. Ender miraba a Peter únicamente para detectar ira o aburrimiento, los peligrosos estados de ánimo que casi siempre acarreaban dolor. En cuanto los ojos de Peter descubrieron el vendaje del cuello, apareció el centelleo que delataba su ira.

Valentine también lo vio.

—Ahora es como nosotros —dijo, intentando apaciguarle antes de que tuviera tiempo de golpear.

Pero Peter no estaba dispuesto a dejarse apaciguar.

—¿Como nosotros? Ha llevado ese cacharro hasta los seis años. ¿Cuándo perdiste tú el tuyo? Tenías tres años. Yo perdí el mío antes de cumplir los cinco. Éste casi lo consigue, este pequeño desgraciado, pequeño insector.

«Eso está bien —pensó Ender—. Habla, habla, Peter. Hablar es bueno.»

—Bien, ahora tus ángeles de la guarda ya no están protegiéndote —dijo Peter—. Ahora no están velando para ver si sientes algún dolor, escuchando para oír lo que estoy diciendo, viendo lo que te estoy haciendo. ¿Qué te parece esto? ¿Qué te parece?

Ender se encogió de hombros.

De pronto, Peter sonrió y se puso a dar palmadas en una parodia de regocijo.

—Juguemos a insectores y astronautas —dijo.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Valentine.

—Está fuera —dijo Peter—. Yo estoy al mando.

—Creo que llamaré a papá.

—No te responderá —dijo Peter—. Ya sabes que papá nunca está en casa.

—Jugaré —dijo Ender.

—Tú serás el insector —dijo Peter.

—Déjale que por una vez sea el astronauta —dijo Valentine.

—No metas las narices donde no te importa, cara culo —dijo Peter—. Ven arriba y elige tus armas.

No iba a ser un juego divertido, Ender lo sabía. La cuestión no era vencer. Cuando los chicos jugaban en los corredores, formando verdaderos batallones, los insectores nunca ganaban, y algunas veces el juego terminaba mal. Pero aquí, en su piso, el juego iba a comenzar mal, y el insector no podría abandonar como hacían los insectores en las guerras de verdad. Tendría que seguir hasta que el astronauta decidiera que se había terminado el juego.

Peter abrió su cajón inferior y sacó la máscara de insector. Su madre se había enfadado cuando la compró, pero su padre dijo que esconder las máscaras de insectores y no dejar a los chicos jugar con pistolas láser de imitación no alejaría la guerra. Es mejor jugar a la guerra y tener más posibilidades de sobrevivir cuando los insectores vuelvan.

«Si sobrevivo al juego —pensó Ender. Se puso la máscara. Le oprimía como una mano que le estrujara la cara—. Pero un insector no siente lo mismo. No llevan esta cara como máscara, es su cara. ¿Se pondrán en sus mundos máscaras humanas y jugarán como nosotros? ¿Cómo nos llamarán? ¿Babosas, porque somos blandos y grasos en comparación con ellos?»

—Cuidado, babosa —dijo Ender. Apenas podía ver a Peter a través de los agujeros de la máscara. Peter sonrió.

—Conque babosa ¿eh? Vale, insector, veamos cómo te rompes la cara.

Ender no pudo verlo venir; sólo advirtió un ligero movimiento de la figura de Peter. La máscara recortaba su campo de visión. De pronto, sintió el impacto de un golpe en un lado de la cabeza; perdió el equilibrio y cayó hacia ese lado.

—No ves bien, ¿eh, insector? —dijo Peter. Ender comenzó a quitarse la máscara. Peter le puso un pie en la ingle.

—No te quites la máscara —dijo.

Ender bajó la máscara a su sitio y retiró las manos.

Peter hizo presión con el pie. Ender sintió que el dolor le atravesaba y se dobló.

—Sigue tendido, insector. Te vamos a viviseccionar, insector. Por fin hemos cogido a uno vivo y podemos ver qué tenéis dentro.

—Peter, para —dijo Ender.

—Peter, para. Muy bien. O sea, que los insectores podéis adivinar nuestros nombres. Podéis haceros pasar por niños buenos para que os queramos y seamos buenos con vosotros. Pero no te servirá de nada. Puedo ver lo que eres en realidad. Querían hacernos creer que eras humano, Tercerito, pero en realidad eres un insector, y ahora se ve.

Levantó el pie, dio un paso adelante y se arrodilló sobre Ender, apretando la rodilla contra su vientre justo debajo del esternón. Aplicó cada vez más peso. Se hacía difícil respirar.

—Te podría matar así —susurró Peter—.

Basta apretar y apretar hasta que estuvieses muerto. Y podría decir que no sabía que te iba a hacer daño, que estábamos jugando, y me creerían, y todo saldría bien. Y estarías muerto. Todo habría salido bien.

Ender no podía hablar; no le quedaba aire en los pulmones. Peter podría estar hablando en serio. Probablemente no hablaba en serio, pero podría.

—Hablo en serio —dijo Peter—. Pienses lo que pienses, hablo en serio. Sólo te autorizaron porque yo era tan prometedor. Pero no salí tan bien como pensaban. Tú saliste mejor. Creen que tú eres mejor. Pero no quiero tener un hermanito mejor, Ender. No quiero tener un Tercero.

—Lo contaré todo —dijo Valentine.

—Nadie te creería.

—Me creerán.

—Entonces, tú también morirás, dulce hermanita.

—Claro —dijo Valentine—, se creerán toda esta historia: «No sabía que mataría a Andrew. Y cuando ya estaba muerto, no sabía que mataría a Valentine también.»

La presión cedió un poco.

—Hoy, no. Pero algún día no estaréis juntos. Y habrá un accidente.

—Hablas por hablar —dijo Valentine—. No lo dices en serio.

—¿Tú crees?

—¿Sabes por qué no lo dices en serio? —preguntó Valentine—. Porque quieres estar en el gobierno algún día. Quieres que te elijan. Y no te elegirán si tus adversarios descubren que tu hermano y tu hermana murieron en accidentes sospechosos cuando eran pequeños. Especialmente gracias a una carta que he introducido en mi fichero secreto, y que será abierta en caso de que muera.

—No me harás creer esas tonterías —dijo Peter.

—La carta dice: «No he muerto de muerte natural. Peter me ha matado y si todavía no ha matado a Andrew, lo hará pronto.» No es suficiente para condenarte, pero sí es suficiente para que nunca te elijan.

—Tú eres ahora su monitor —dijo Peter—. Más vale que le vigiles noche y día. Más vale que estés ahí.

—Ender y yo no somos estúpidos. Obtuvimos tan buenas puntuaciones como tú en todo. Mejores en algunas cosas. Los tres somos niños asombrosamente brillantes. No eres el más listo, Peter, sólo el más grande.

—Lo sé. Pero llegará el día en que no estés con él, en que se te olvide. De pronto te acordarás y correrás en su busca, y él estará ahí, perfectamente. Y la siguiente vez no te preocuparás tanto, y no te darás tanta prisa. Y una y otra vez, él estará perfectamente. Y pensarás que lo he olvidado. Aunque te acuerdes que dije esto, pensarás que lo he olvidado. Y pasarán los años. Y entonces sucederá un accidente terrible, y encontraré su cuerpo, y lloraré desconsoladamente sobre él, y te acordarás de esta conversación, Vally, pero te avergonzarás de ti misma por haberlo recordado, porque sabrás que he cambiado, que en realidad fue un accidente, que sería cruel incluso acordarse de lo que dije en una discusión infantil. Sólo que será verdad. Voy a grabarme esto en la cabeza, y él morirá, y tú no harás nada, nada. Pero sigue creyendo que tan sólo soy el más grande.

—El más gilipollas —dijo Valentine.

Peter se puso de pie de un salto y se dirigió hacia ella. Valentine retrocedió espantada. Ender se arrancó la máscara. Peter se desplomó de espaldas en la cama y empezó a reírse.

—Sois estupendos, chicos, los mamones más grandes del planeta Tierra.

—Ahora nos va a decir que era sólo una broma —dijo Valentine.

—No una broma, un juego. Puedo hacer que os creáis cualquier cosa. Puedo haceros bailar como títeres. —E imitando la voz de un monstruo, dijo—: Os voy a matar; os cortaré en trocitos y os tiraré por el agujero de la basura. —Se rió de nuevo—. Los mamones más grandes del sistema solar.

Ender se quedó allí mirándole reír y pensó en Stilson, pensó en la sensación de haberle pateado.

Éste era el que lo necesitaba. Éste era el que se lo merecía.

Como si pudiera leer en su mente, Valentine susurró:

—No, Ender.

Súbitamente, Peter rodó hacia un lado, saltó de la cama y se puso en posición de pelear.

—Vale, Ender —dijo—. Cuando quieras, Ender.

Ender levantó el pie derecho y se quitó el zapato. Lo esgrimió.

—¿Ves esto, en la punta? Es sangre, Peter.

—Oh, oh, voy a morir, voy a morir. Ender ha matado a una oruga y ahora me va a matar a mí.

No había nada que hacer. Peter era en el fondo un asesino y nadie lo sabía excepto Valentine y Ender.

Su madre llegó a casa y confortó a Ender por lo del monitor. Su padre llegó a casa y se puso a decir que era una sorpresa maravillosa, que tenían unos hijos tan fantásticos que el gobierno les había dicho que tuvieran tres, y ahora, después de todo, el gobierno no quería llevarse a ninguno de ellos, así que ahí estaban con tres, seguían teniendo un Tercero... hasta que a Ender le dieron ganas de gritarle: «Sé que soy un Tercero, lo sé, si quieres me marcharé y así no tendrás que avergonzarte

delante de los demás; siento haber perdido el monitor y que ahora tengas tres hijos y ninguna explicación obvia, ya sé que es embarazoso, lo siento, lo siento, lo siento.»

Estaba tendido de espaldas en la cama mirando a la oscuridad. Podía oír a Peter agitarse y dar vueltas nerviosamente en la litera de arriba. Luego, Peter, se deslizó de la litera y se fue de la habitación. Ender oyó el sonido del agua que caía por el váter; luego vio la silueta de Peter en la entrada.

«Cree que estoy dormido. Va a matarme.»

Peter se dirigió a la cama y, efectivamente, no subió a su litera. En vez de hacerlo, se acercó y se detuvo a la cabecera de la de Ender.

Pero no intentó coger una almohada para asfixiar a Ender. No tenía ningún arma.

—Ender, lo siento, lo siento, sé lo que se sufre; lo siento, soy tu hermano, te quiero —susurró Peter.

Un largo rato después, la apacible respiración de Peter revelaba que estaba dormido. Ender se quitó el vendaje del cuello. Y por segunda vez en ese día, lloró.

3

GRAFF

—Su hermana es nuestro punto débil. La quiere mucho.

—Lo sé. Puede echarlo todo a perder, desde el principio. Ender no querrá separarse de ella.

—¿Qué va a hacer entonces?

—Persuadirle de que su deseo de venir con nosotros es más fuerte que el de quedarse con ella.

—¿Cómo se las va a arreglar para conseguirlo?

—Le mentaré,

—¿Y si la cosa no funciona?

—Entonces le diré la verdad. Estamos autorizados a hacerlo en caso de emergencia. Ya sabe que no podemos prever todo.

Ender no tenía mucha hambre a la hora del desayuno. Seguía preguntándose qué pasaría en la escuela. Encontrarse con Stilson tras la pelea de ayer. ¿Qué harían los amigos de Stilson? Probablemente nada, pero no estaba seguro. No quería ir.

—No has comido nada, Andrew —dijo su madre. Peter entró en la estancia.

—Buenos días, Ender. Gracias por dejar tirada tu apestosa toalla en mitad de la ducha.

—Un regalo para ti —murmuró Ender.

—Andrew, tienes que comer.

Ender levantó las muñecas en un gesto que quería decir: «Pues inyéctame los alimentos en la sangre.»

—Muy divertido —dijo su madre—. Hago todo lo que puedo, pero eso no significa nada para mis pequeños genios.

—Son tus genes los que nos han hecho genios, mamá —dijo Peter—. Está claro que no hemos heredado ninguno de papá.

—Lo he oído —dijo su padre sin levantar la vista de las noticias que iban apareciendo en la mesa mientras comía.

—Habría sido un despilfarro si no lo hubieras oído.

La mesa emitió un pitido. Había alguien en la puerta.

—¿Quién puede ser? —preguntó la madre.

El padre pulsó una tecla y en su vídeo salió un hombre. Vestía el único uniforme militar que seguía teniendo algún significado, el uniforme de la F.I., la Flota Internacional.

—Creía que ya había pasado todo —dijo el padre.

Peter no dijo nada; se limitó a añadir leche a sus cereales.

Y Ender pensó: «Después de todo, a lo mejor no tengo que ir a la escuela hoy.»

El padre marcó el código que abría la puerta y se levantó de la mesa.

—Ya voy yo —dijo—. Quedaos aquí y seguid comiendo.

Se quedaron ahí, pero no siguieron comiendo. Un momento después, el padre volvió a la estancia y llamó con señas a la madre.

—Estás perdido —dijo Peter—. Se han enterado de lo que le has hecho a Stilson y ahora te van a hacer pasar una buena temporada en el Cinturón.

—Sólo tengo seis años, subnormal, soy menor de edad.

—Eres un Tercero, cagarro. No tienes derechos.

En ese momento llegó Valentine, con el pelo todavía despeinado formando una corona de somnolencia alrededor de la cara.

—¿Dónde están mamá y papá? Estoy enferma y no puedo ir a la escuela.

—Otro examen oral, ¿eh? —dijo Peter.

—Cállate, Peter —dijo Valentine.

—Deberías relajarte y disfrutarlo —dijo Peter—. Podría ser peor.

—No sé cómo.

—Podría ser un examen anal.

—Cállate —dijo Valentine—. ¿Dónde están mamá y papá?

—Hablando con un tío de la F.I.

Instintivamente, miró a Ender. Al fin y al cabo, habían estado cuatro años esperando que alguien llamara a la puerta y les dijera que Ender había pasado, que le necesitaban.

—Mira a Ender si quieres —dijo Peter—. Pero sabes que podría ser por mí. Pueden haberse dado cuenta de que, al fin y al cabo, yo era el mejor de los tres.

Peter se sentía herido, y por eso reaccionaba de una forma tan ruin, como siempre.

La puerta se abrió.

—Ender —dijo el padre—, es mejor que vengas.

—Lo siento, Peter —dijo Valentine en tono burlón.

Su padre les dirigió una mirada conminatoria.

—Niños, no es un asunto de risa.

Ender siguió a su padre al recibidor. El oficial de la F.I. se puso de pie cuando entraron, pero no extendió la mano hacia Ender.

Su madre estaba dando vueltas a la alianza que llevaba en el dedo.

—Andrew —dijo—, nunca pensé que eras de los que se meten en peleas.

—El chico de los Stilson está en el hospital —dijo el padre—. Hiciste un buen número con él. Con los pies, Ender. No se puede decir que hayas jugado limpio.

Ender asintió con la cabeza. Había supuesto que vendría alguien de la escuela por lo de Stilson, no un oficial de la flota. El asunto era más serio de lo que había pensado. Y sin embargo, seguía pensando que lo que hizo era lo único que podía hacer.

—¿Tienes alguna excusa por tu comportamiento, jovencito? —preguntó el oficial.

Ender negó con la cabeza. No sabía qué decir, y además tenía miedo de que se descubriera que era un monstruo peor de lo que sus acciones delataban.

«Aceptaré el castigo, sea el que sea—pensó—. Apechugaré con él,»

—Estamos dispuestos a tener en cuenta las posibles circunstancias atenuantes —dijo el oficial—. Pero tengo que decirte que el asunto no tiene buena pinta. Una patada en la ingle, varias patadas en la cara y en el cuerpo cuando estaba caído. Da la impresión de que disfrutabas.

—No es verdad —susurró Ender.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—Estaba con su pandilla —dijo Ender.

—Y qué. ¿Crees que eso justifica lo que hiciste?

—No.

—Dime por qué seguiste pegándole. Ya habías vencido.

—Noquearle significaba ganar la primera batalla. Quería ganar también todas las demás, en ese mismo momento, para que me dejaran en paz.

Ender no pudo evitarlo, tenía demasiado miedo, estaba demasiado avergonzado de sus propios actos: aunque intentó dominarse, lloró otra vez. No le gustaba llorar y raramente lo hacía; ahora, en menos de un día, lo había hecho tres veces. Y cada vez era peor. Llorar delante de su madre y de su padre y de ese militar. Era vergonzoso.

—Ustedes me quitaron el monitor—dijo—. Tenía que valerme por mí mismo, ¿no?

—Ender, deberías haber pedido ayuda a una persona mayor —comenzó a decir su padre.

Pero el oficial se levantó y cruzó la estancia dirigiéndose hacia Ender. Extendió la mano.

—Me llamo Graff, Ender. Coronel Hyrum Graff. Soy director de enseñanza primaria en la Escuela de Batalla, en el Cinturón. He venido a invitarte a ingresar en la escuela.

«Al fin...»

—Pero, el monitor...

—La última prueba de tu examen era ver qué ocurría si te quitábamos el monitor. No siempre lo hacemos así, pero en tu caso...

—¿Y he pasado?

Su madre no podía creérselo.

—¿Por mandar al chico de los Stilson al hospital? ¿Qué habrían hecho si Andrew le hubiera matado? ¿Darle una medalla?

—La cuestión no es lo que hizo, señora Wiggin, sino el porqué lo hizo. —El coronel Graff les dio una carpeta llena de papeles—. Aquí tienen la solicitud. Su hijo ha sido reclutado por el Servicio de Selección de la F.I. Naturalmente, tenemos ya su consentimiento, extendido por escrito cuando ratificamos su concepción, pues en caso contrario no se le hubiera permitido nacer. Desde entonces ha sido nuestro, si superaba las pruebas.

La voz de su padre temblaba cuando dijo:

—No es muy amable de su parte hacernos pensar que no le querían y acabar llevándoselo.

—Y esa mascarada sobre el chico de los Stilson —dijo la madre.

—No era una mascarada, señora Wiggin. Hasta que conociéramos el verdadero móvil de Ender no podíamos estar seguros de que era ése y no otro. Teníamos que conocer el significado de su acción. O por lo menos lo que Ender creía que significaba.

—¿Es preciso que le llame con ese estúpido apodo? —se puso a gritar la madre.

—Lo siento, señora Wiggin, pero así es cómo él se llama a sí mismo.

—¿Qué va a hacer, coronel Graff? —preguntó el padre—. ¿Salir por la puerta con él ahora mismo?

—Eso depende —dijo Graff.

—¿De que?

—De si Ender quiere venir o no.

Los sollozos de la madre se trocaron en una risa amarga.

—O sea, que a fin de cuentas es voluntario. ¡Cuánta amabilidad!

—Ustedes dos ya hicieron su elección cuando Ender fue concebido, pero Ender todavía no ha hecho ninguna elección. Los conscriptos son buenos para carne de cañón, pero para el cargo de oficial necesitamos voluntarios.

—¿Oficial? —preguntó Ender. Al oír su voz, los demás enmudecieron.

—Sí —dijo Graff—. La Escuela de Batalla forma futuros capitanes de astronaves, comandos de flotillas y almirantes de la flota.

—No nos llevemos otra decepción ahora —dijo el padre con disgusto—. ¿Cuántos chicos de la Escuela de Batalla acaban al mando de una nave?

—Por desgracia, señor Wiggin, ésa es información clasificada. Pero le puedo decir que ninguno de los chicos que pasan el primer año ha dejado nunca de recibir el nombramiento de oficial. Y ninguno ha servido en una posición de rango inferior a la de oficial en jefe de un navío interplanetario. E incluso en las fuerzas domésticas de defensa de nuestro propio sistema solar, eso es un honor.

—¿Cuántos pasan el primer año? —preguntó Ender.

—Todos los que quieren pasar —dijo Graff. Ender estuvo a punto de decir «Yo quiero», pero se contuvo. Esto le mantendría alejado de la escuela, pero era estúpido pensar en ello, ese problema pasaría en unos días. Le mantendría alejado de Peter; eso era más importante, podría ser cuestión de vida o muerte... Pero dejar a mamá y a papá, y, sobre todo, dejar a Valentine. Y ser soldado... A Ender no le gustaba pelear. No le gustaba el estilo de Peter, el fuerte contra el débil, y no le gustaba tampoco su propio estilo, el listo contra el tonto.

—Creo —dijo Graff—, que Ender y yo deberíamos tener una conversación en privado.

—No —dijo el padre.

—No me lo llevaré sin dejar que hablen con él otra vez —dijo Graff—. Y, de todas formas, no pueden impedírmelo.

El padre dirigió a Graff una mirada desafiante y luego se levantó y salió de la estancia. La madre se detuvo un momento para estrechar con fuerza la mano de Ender y cerró la puerta al salir.

—Ender —dijo Graff—, si vienes conmigo, no volverás aquí en mucho tiempo. En la Escuela de Batalla no hay vacaciones. Ni visitas. El período de entrenamiento completo dura hasta los

dieciséis años. Tendrás tu primer permiso, en determinadas circunstancias, cuando tengas doce años. Créeme, Ender, las personas cambian en seis años, en diez años. Si vienes conmigo, tu hermana Valentine será una mujer cuando la vuelvas a ver. Seréis extraños.

La seguirás queriendo, Ender, pero no la conocerás. Como verás, no pretendo hacerte creer que es fácil.

—¿Y mamá y papá?

—Ender, te conozco. Me he pasado mucho tiempo estudiando los discos del monitor. No echarás de menos a tu madre y a tu padre, no mucho, ni por mucho tiempo. Y tampoco ellos te echarán de menos mucho tiempo.

A pesar de sus esfuerzos, a los ojos de Ender se asomaron unas lágrimas. Volvió la cara, pero no levantó la mano para enjugarlas.

—Te quieren, Ender. Pero tienes que comprender lo mucho que les ha costado tu vida. ¿Sabías que nacieron en familias con creencias religiosas? Tu padre fue bautizado con el nombre de John Paul Wiczorek, un nombre católico. El séptimo de nueve hermanos.

Nueve hijos. Era inconcebible. Criminal...

—Sí, bueno, la gente hace cosas extrañas a causa de la religión. Ya conoces las sanciones, Ender. En ese tiempo no eran tan duras, pero de todas formas no resultaba fácil. Sólo los dos primeros hijos recibían educación gratuita. Los impuestos subían a cada nuevo hijo. Cuando tu padre cumplió los dieciséis años, invocó el Acta de las Familias No Conformistas para separarse de su familia. Cambió su nombre, renunció a su religión y prometió no tener más que los dos hijos permitidos. Era sincero. ¡Había pasado por tantos desprecios y persecuciones cuando era niño!

Se prometió que ningún hijo suyo pasaría por eso. ¿Lo entiendes ahora?

—No me quería.

—Bueno, ya nadie quiere un Tercero. No puedes esperar que estén contentos. Pero tu padre y tu madre son un caso especial. Los dos renunciaron a sus religiones, tu madre era mormona, pero de hecho sus sentimientos siguen siendo ambiguos. ¿Sabes lo que significa la palabra ambiguo?

—No saben de qué lado están.

—Se avergüenzan de proceder de familias no conformistas. Lo ocultan. Hasta el punto de que tu madre se niega a admitir que nació en Utah, por miedo a que sospechen. Tu padre niega su ascendencia polaca, pues Polonia sigue siendo una nación no conformista, y está bajo sanción internacional por ello. Ya ves que tener un Tercero, incluso siguiendo instrucciones directas del gobierno, va contra todo lo que habían intentado hacer.

—Lo sé.

—Pero es más complicado aún. A pesar de todo tu padre os dio nombres de santos. De hecho, os bautizó él mismo a los tres en cuanto os tuvo en casa nada más nacer. Tu madre puso objeciones. Discutieron sobre ello en las tres ocasiones, no porque no quisiera bautizaros sino porque no quería bautizaros como católicos. No han abandonado de verdad su religión. Te miran y te ven como un símbolo de orgullo, porque pudieron esquivar la ley y tener un Tercero. Pero eres también un símbolo de cobardía, porque no se atreven a ir más lejos y practicar el no conformismo, que siguen creyendo que es bueno. Y eres un símbolo de vergüenza pública, porque interfieres en sus esfuerzos por integrarse en la sociedad conformista normal.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Hemos examinado con el monitor a tu hermano y a tu hermana, Ender. Te asombraría saber lo sensibles que son los instrumentos. Hemos estado conectados directamente a tu cerebro. Hemos oído todo lo que oías, estuvieras escuchando con atención o no. Nosotros sabemos.

—O sea, que mis padres me quieren y no me quieren.

—Te quieren. La cuestión es si quieren que estés aquí. Tu presencia en esta casa es un trastorno constante. Una fuente de tensiones. ¿Lo entiendes?

—No soy yo el que causa las tensiones.

—No es lo que tú hagas, Ender. Es tu misma existencia. Tu hermano te odia porque eres la prueba viviente de que no fue suficientemente bueno. Tus padres están resentidos contra ti por todo el pasado que están tratando de eludir.

—Valentine me quiere.

—De todo corazón. Completa e instintivamente te idolatra, y tú la adoras. Ya te he dicho que no iba a ser fácil.

—¿Cómo es aquello?

—Mucho trabajo. Estudio, exactamente igual que en las escuelas de aquí, pero os hacemos estudiar matemáticas e informática mucho más a fondo. Historia militar. Estrategia y tácticas. Y sobre todo, la Sala de Batalla.

—¿Qué es eso?

—Juegos de guerra. Todos los chicos están organizados en ejércitos. Día tras día, en gravedad cero, hay batallas simuladas. Nadie sale herido, pero ganar o perder importa. Todos comenzáis como soldados rasos, recibiendo órdenes. Los chicos mayores son vuestros oficiales, y es su deber entrenaros y dirigirlos en la batalla. No puedo decirte nada más. Es como jugar a insectores y astronautas, pero ahora tienes armas que funcionan, y compañeros que luchan a tu lado, y todo tu futuro y el futuro de la raza humana depende de lo bien que aprendas, de lo bien que luches. Es una vida dura, y no tendrás una infancia normal. De todas formas, teniendo el cerebro que tienes y siendo además un Tercero, no ibas a tener una infancia muy normal.

—¿Todos chicos?

—Unas pocas chicas. No suelen pasar la prueba de admisión. Hay demasiados siglos de evolución en su contra. De todas formas, ninguna de ellas será como Valentine. Pero tendrás compañeros, Ender.

—¿Como Peter?

—Peter no fue aceptado por las mismas razones por las que tú le odias.

—No le odio, sólo le..

—Tienes miedo. Peter no es malo del todo, Ender. Ha sido el mejor que hemos visto en mucho tiempo. Pedimos a sus padres que tuvieran a continuación una hija, que iban a tener de todas formas, en la esperanza de que Valentine fuera como Peter, pero más apacible. Salió demasiado apacible. Por eso probamos contigo.

—Para ser mitad Peter y mitad Valentine.

—Si las cosas salían bien.

—¿Lo soy?

—Por lo que sabemos, sí. Nuestras pruebas son muy buenas, Ender, pero no nos dicen todo. De hecho, cuando llega el momento de la verdad, no nos dicen casi nada. Pero son mejor que nada. —Graff se inclinó hacia Ender y tomó sus manos entre las suyas—. Ender Wiggin, si se tratara simplemente de elegir el futuro mejor y más feliz para ti, te aconsejaría que te quedaras en casa. Quédate aquí, crece, sé feliz. Hay cosas peores que ser un Tercero, hay cosas peores que tener un hermano mayor que no se decide entre ser un ser humano o un chacal. La Escuela de Batalla es una de esas cosas peores. Pero te necesitamos. Ahora, los insectores pueden ser para ti sólo un juego, Ender, pero la última vez casi nos borran del mapa. Pero no fue suficiente. Nos cogieron en frío, inferiores en número y en armamento. Lo único que nos salvó fue que teníamos el comandante militar más brillante que hemos tenido nunca. Llámalo destino, llámalo Dios, llámalo suerte si quieres, pero teníamos a Mazer Rackham.

»Pero ahora no lo tenemos, Ender. Hemos hecho acopio de todo lo que la humanidad podía producir, una flota que hace que la que mandaron contra nosotros la última vez parezca un puñado de niños jugando en una piscina. Tenemos nuevas armas también. Pero aun así, puede que no sea suficiente. Porque en los ochenta años que han pasado desde la última guerra, ellos han tenido el mismo tiempo que nosotros para prepararse. Necesitamos lo mejor, y lo necesitamos pronto. A lo mejor no nos sirves, o a lo mejor sí. A lo mejor te rompes ante tanta presión, a lo mejor ello arruina tu vida, a lo mejor me odias por haber venido a tu casa hoy. Pero si hay una sola posibilidad de que por estar tú con la flota, la humanidad sobreviva y los insectores nos dejen en paz para siempre, entonces te voy a pedir que lo hagas. Que vengas conmigo.

Ender tenía problemas para enfocar al coronel Graff. Ese hombre parecía muy lejano y muy pequeño, como si Ender pudiera agarrarle con unas pinzas y metérselo en el bolsillo. «Dejar todo aquí e ir a un lugar que es muy duro, sin Valentine, sin mamá y papá.»

Y luego pensó en las películas de insectores que todo el mundo tenía que ver por lo menos una vez al año. La Masacre de China. La Batalla del Cinturón. Muerte, sufrimiento y dolor. Y Mazer Rackham y sus brillantes maniobras, destruyendo a una flota enemiga de doble tamaño y de doble capacidad de fuego, con las pequeñas naves humanas que parecían tan frágiles y débiles. Como niños luchando contra mayores. Les vencimos...

—Tengo miedo —dijo Ender en voz baja—, pero iré con usted.

—Dilo otra vez —dijo Graff.

—Es para lo que he nacido, ¿no? Si no voy, ¿porqué existo?

—No es suficiente —dijo Graff.

—No quiero ir —dijo Ender—, pero iré.

Graff asintió con la cabeza.

—Puedes cambiar de opinión. Hasta el momento en que subas a mi coche conmigo, puedes cambiar de opinión. Después estarás a disposición de la Flota Internacional. ¿Lo entiendes?

Ender asintió con la cabeza.

—Está bien. Vamos a decírselo.

Su madre lloró. Su padre le abrazó fuertemente. Peter le estrechó la mano y le dijo:

—Eres un tonto con suerte, come pedos.

Valentine le besó y dejó lágrimas en su mejilla.

No había nada que empaquetar. Nada que llevarse. «La escuela proporciona todo lo que necesitas, desde uniformes hasta accesorios escolares. En cuanto a los juguetes, sólo hay un juego.»

—¡Adiós! —dijo Ender a su familia. Se enderezó, cogió la mano del coronel Graff y salió por la puerta con él.

—¡Mata a unos cuantos insectores por mí! —gritó Peter.

—¡Te quiero, Andrew! —exclamó su madre.

—¡Te escribiremos! —dijo el padre.

Y cuando llegaron al coche que esperaba en silencio en el corredor, oyó el grito de angustia de Valentine:

—¡Vuelve a mí! ¡Te querré siempre!

4

LANZAMIENTO

—Con Ender tenemos que mantener un equilibrio delicado. Tenemos que aislarle lo suficiente para no ahogar su creatividad, pues en caso contrario adoptará el sistema imperante aquí y le echaremos a perder. Y, al mismo tiempo, necesitamos asegurarnos de que conserva una fuerte capacidad de mando.

—Si se gana la graduación, mandará.

—No es tan sencillo. Mazer Rackham pudo manejar él solo su pequeña flota y vencer. Para cuando estalle esta guerra, será demasiado grande., incluso para un genio. Demasiadas lanchas pequeñas. Tiene que trabajar en estrecha colaboración con sus subordinados.

—Ya veo. Tiene que ser un genio y, además, bondadoso.

—Bondadoso no. Con bondad sólo conseguiremos que los insectores nos cojan a todos.

—¿Va a aislarle, entonces?

—Para cuando llegemos a la Escuela, ya le habré separado totalmente de los demás chicos.

—No me cabe ninguna duda. Estaré esperándole cuando llegue aquí. He visto los vídeos de lo que hizo al pequeño Stilson. No es una dulce criatura lo que trae.

—Ahí es donde se equivoca. Es incluso demasiado dulce. Pero no se preocupe. Extirparemos ese mal rápidamente,

—Algunas veces pienso que disfruta destrozando a esos pequeños genios.

—Es todo un arte, y en eso soy muy bueno. Pero ¿disfrutar? No lo sé. Quizá cuando se recomponen después pieza a pieza y eso les hace mejores.

—Es un monstruo.

—Gracias. ¿Quiere decir que puedo contar con un aumento?

—Sólo con una medalla. El presupuesto no es inagotable.

Dicen que la ingravidez puede producir desorientación, especialmente en los niños, cuyo sentido de la dirección no es todavía muy seguro. Pero Ender estaba desorientado antes de abandonar la gravedad de la Tierra. Antes incluso del lanzamiento del transbordador.

Había otros diecinueve chicos en su lanzamiento. Desfilaron desde el autobús hasta el ascensor. Hablaban y jugaban y alardeaban y reían. Ender guardaba silencio. Advirtió que Graff y los otros oficiales les miraban. «Analizando. Todo lo que hacemos tiene algún significado —pensó Ender—. Ellos reír. Yo no reír.»

Acarició la idea de intentar ser como los demás chicos. Pero no se acordaba de ningún chiste, y ninguno de los que contaban le hacían gracia. De dondequiera que provinieran sus risas, Ender no conseguía encontrar tal sitio en su interior. Tenía miedo, y el miedo le ponía serio.

Les habían vestido con un uniforme de una sola pieza; encontraba extraño no llevar un cinturón ceñido alrededor de la cintura. Vestido así, se sentía muy holgado y como desnudo. Había cámaras de televisión filmando, encaramadas como animales en los hombros de hombres que merodeaban agazapados. Los hombres se movían lentamente, felinamente, para que el movimiento de las cámaras fuera suave. Ender se encontró moviéndose lentamente también.

Se imaginó a sí mismo en la televisión, en una entrevista. El presentador le preguntaba: «¿Cómo se siente, señor Wiggin? Bastante bien, pero tengo hambre. ¿Hambre? Claro, no nos dejan comer las veinte horas anteriores al lanzamiento. ¡Qué interesante!, no lo sabía. La verdad es que todos tenemos mucha hambre.» Y durante toda la entrevista, Ender y el hombre de la tele se moverían sigilosamente delante del cámara, con largas y ágiles zancadas. Los chicos más próximos también estaban riéndose en ese momento, por otra razón. «Creen que me río por su chiste —pensó Ender—. Pero me río por algo mucho más divertido.»

—Subid por la escalerilla uno por uno —dijo un oficial—. Cuando llegéis a un pasillo con asientos vacíos, ocupad uno. No hay asientos con ventanas.

Era un chiste. Los otros chicos se rieron.

Ender era casi el último, pero no el último. Aun así, las cámaras de televisión no se retiraron. ¿Me verá Valentine desaparecer en el transbordador? Se le ocurrió la idea de saludarla con la mano, correr hacia el cámara y decirle: «¿Puedo despedirme de Valentine?» No sabía que si lo hacía cortarían esa escena de la cinta, pues se suponía que los chicos que volaban a la Escuela de Batalla eran héroes. Se suponía que no echarían de menos a nadie. Ender no sabía nada sobre la censura, pero sabía que correr hacia las cámaras no era correcto.

Atravesó el corto puente que llevaba a la puerta del transbordador. Advirtió que la pared de su derecha estaba enmoquetada como si fuera un suelo. Ahí es donde comenzó la desorientación. En el momento en que vio la pared como un suelo, comenzó a sentirse como si andará por una pared. Llegó a la escalerilla y advirtió que la superficie vertical que había detrás estaba enmoquetada también. «Estoy subiéndome por el suelo.

Primero una mano y después la otra, primero un pie y después el otro...»

Y luego, para entretenerse, se puso a pensar que estaba bajando por la pared. Lo hizo mentalmente, auto convencido de ello aunque tenía en contra la evidencia de la gravedad. Se vio aferrándose firmemente al asiento, a pesar de que la fuerza de la gravedad tiraba de él hacia el asiento.

Los demás chicos botaban en sus asientos, dándose codazos y empujones, gritando. Ender encontró las correas, descubrió cómo se ponían para que le sujetaran por la ingle, la cintura y los hombros. Se imaginó la nave pendiendo boca abajo de la tierra, con los dedos de gigante de la gravedad sujetándola firmemente en su sitio. «Pero nos escabulliremos —pensó—. Nos vamos a caer de este planeta.»

No se dio cuenta de su significado entonces. Más adelante, se acordaría sin embargo que había sido antes de dejar la Tierra cuando la vio por primera vez como un planeta más, como cualquier otro, no especialmente el suyo.

—Oh, ya has descubierto cómo se hace —dijo Graff. Estaba de pie en la escalerilla.

—¿Viene con nosotros? —preguntó Ender.

—No suelo bajar a reclutar chicos —dijo Graff—. Se puede decir que estoy al mando aquí. Administrador de la Escuela. Algo así como director. Me dijeron que tenía que volver o perdería mi empleo. —Se rió.

Ender le devolvió la sonrisa. Se sentía a gusto con Graff. Era una buena persona. Y además era director de la Escuela de Batalla. Ender se relajó un poco. Tendría un amigo allí.

Estaban poniendo el cinturón de seguridad a los otros chicos, a los que no lo habían hecho ya como Ender. Luego esperaron una hora mientras una televisión les informaba sobre el vuelo de los transbordadores, la historia de los vuelos espaciales, y su posible futuro con las grandes naves espaciales de la F.I. Era todo muy aburrido. Ender ya había visto esas películas.

Con la diferencia de que entonces no estaba atado con un cinturón de seguridad a un asiento de un transbordador. Colgando boca abajo del vientre de la Tierra.

El lanzamiento no fue malo. Nada aterrador. Unas cuantas sacudidas, unos momentos de pánico ante la posibilidad de que éste fuera el primer lanzamiento fallido en la historia del transbordador. Las películas no le habían transmitido con suficiente claridad la violencia que se podía sentir, tumbado de espaldas en un asiento mullido.

Al poco tiempo todo había pasado, y ahora sí pendía de las correas, no había gravedad por ningún sitio.

Pero como ya se había reorientado, no se sorprendió cuando Graff subió por la escalerilla al revés, como si estuviera bajando a la proa del transbordador. Tampoco se alteró cuando Graff trabó un pie debajo de un escalón y dio un empujón con las manos, lo que le hizo columpiarse de repente hasta ponerse boca arriba, como si estuviera en un avión normal.

Las reorientaciones eran demasiado para algunos. Un chico hizo ademán de vomitar; Ender comprendió entonces por qué les habían prohibido comer nada durante las veinte horas anteriores al vuelo. Vomitar en gravedad cero no debía de ser nada divertido.

Pero, para Ender, el juego de la gravedad de Graff sí era divertido. Y lo llevó más lejos; se imaginó que en realidad Graff estaba colgando boca abajo del pasillo central, y luego se lo imaginó aferrándose a una pared lateral. «La gravedad puede tener cualquier dirección. La dirección que yo quiera. Puedo hacer que Graff esté apoyado de cabeza y él ni siquiera lo sabe.»

—¿Qué te divierte tanto, Wiggin?

La voz de Graff era dura y enojada. «¿He hecho algo malo? —pensó Ender—. ¿Me he reído en voz alta?»

—¡Le he hecho una pregunta, soldado! —bramó Graff.

Ya lo veo. Este es el principio de nuestra formación. Ender había visto en la televisión algunas películas de militares, y siempre gritaban mucho al principio del período de instrucción, antes de que el soldado y el oficial se hicieran buenos amigos.

—Sí, señor —dijo Ender.

—¡Respóndala entonces!

—Le he imaginado colgando boca abajo de los pies. Me ha parecido divertido.

Sonaba estúpido ahora, con Graff mirándole fríamente.

—Me figuro que para ti es divertido. ¿Es divertido para alguien más? Murmullos de no.

—¿Por qué no?

Graff les miraba con desdén.

—Cerebros de mosquito, eso es lo que hay en este lanzamiento. Pequeños subnormales cabezas de chorlito. Sólo uno de vosotros ha tenido el cerebro suficiente para darse cuenta de que en gravedad cero las direcciones son las que cada uno quiera que sean. ¿Has entendido, Shafts?

El chico asintió con la cabeza.

—No lo has entendido. Claro que no. No sólo eres estúpido, además eres mentiroso. En este lanzamiento sólo hay un chico con cerebro, y ése es Ender Wiggin. Miradle bien, muchachitos. Será comandante cuando vosotros estéis todavía en pañales ahí arriba. Porque él sabe pensar en gravedad cero, y vosotros sólo pensáis en devolver.

Ese no era el rumbo que se suponía que iba a tomar el asunto. Se suponía que Graff iba a meterse con él, no destacarle como el mejor. Se suponía que al principio iban a estar uno contra el otro y que más adelante se harían amigos.

—La mayoría de vosotros vais a fallar. Id haciéndoos a la idea, muchachitos. La mayoría vais a acabar en la Escuela de Combate, porque no tenéis el cerebro suficiente para pilotar una astronave. La mayoría no valéis lo que cuesta traeros a la Escuela de Batalla, porque no tenéis lo que hay que tener. Algunos podéis conseguirlo. Algunos podéis servir de algo a la humanidad. Pero yo no apostaría nada. Sólo apostaría por uno.

De repente, Graff dio un brinco hacia atrás y agarró la escalerilla con las manos, y luego volteó los pies separándolos de la escalerilla. Hacía el pino si el suelo estaba debajo, pero pendía de las manos si el suelo estaba encima. Poniendo una mano después de otra, retrocedió balanceándose a lo largo del pasillo hasta llegar a su asiento.

—Parece que te lo has montado bien —susurró el chico que estaba a su lado. Ender negó con la cabeza.

—¿No te dignas hablar conmigo? —dijo el chico.

—No le he pedido que diga esas tonterías —susurró Ender.

Sintió un dolor punzante en la cabeza. Luego otra vez. Unas risitas detrás de él. El chico del asiento de atrás se debe haber soltado las correas. Otro golpe en la cabeza. «Déjame en paz —pensó Ender—. No te he hecho nada.»

Otro golpe en la cabeza. Risas de los chicos. ¿No lo ha visto Graff? ¿No va a hacer nada para evitarlo? Otro golpe. Más fuerte. Dolía mucho. ¿Dónde está Graff?

Entonces lo vio claro. Graff lo había hecho deliberadamente. Era peor que los abusos de las películas. Cuando el sargento se metía contigo, los demás te querían más. Pero cuando el oficial te prefería, los otros te odiaban.

—Eh, comemierda —dijo el susurro por detrás de él. Recibió otro golpe en la cabeza—. ¿Te gusta esto? Eh, supercerebro, ¿te divierte? —Otro golpe, esta vez tan fuerte que se le escapó un pequeño grito de dolor.

Si Graff le estaba haciendo destacar no podía esperar ayuda de nadie, sólo de sí mismo. Esperó hasta que calculó que estaba a punto de llegar otro golpe. «¡Ahora!», pensó. Y, efectivamente, ahí estaba el golpe. Dolía, pero Ender ya estaba intentando presentir la llegada del siguiente golpe. «¡Ahora!». Y, efectivamente, en el momento justo. «Te he cogido», pensó Ender.

Justo cuando estaba en camino el siguiente golpe, Ender se irguió ayudándose con las dos manos, aferró al chico por la muñeca y luego tiró del brazo, con fuerza.

En gravedad normal, los dos hubieran chocado contra el respaldo del asiento de Ender, golpeándose el pecho. En gravedad cero, sin embargo, el otro chico salió despedido por encima del asiento, hacia el techo. Ender no se lo esperaba. No se había dado cuenta de que la gravedad cero magnífica incluso la fuerza de un niño. El chico navegó a la deriva por el aire, rebotó contra el techo, luego salió despedido contra otro chico que estaba sentado y después fue a parar al pasillo, agitando siempre los brazos, hasta que dio un grito cuando su cuerpo chocó violentamente contra el tabique del frente del compartimiento, con el brazo izquierdo retorcido bajo su cuerpo.

Todo esto duró sólo unos segundos. Graff ya estaba allí, aferrando el cuerpo a la deriva. Con destreza, le propulsó por la parte inferior del pasillo hacia el otro hombre.

—Brazo izquierdo. Roto, creo —dijo.

Un momento después, le habían dado un calmante y el muchacho reposaba tranquilamente en el vacío mientras el oficial inflaba una tablilla alrededor de su brazo.

Ender se sintió mal. Sólo había querido agarrar el brazo del chico. No. No, había querido hacerle daño, y había tirado con todas sus fuerzas. No había pensado que la cosa iba a ser tan pública, pero ese chico estaba sintiendo ahora el mismo dolor que había querido que sintiera él. La gravedad cero le había traicionado, eso era todo. «Soy Peter. Soy exactamente igual que él.» Y Ender se odió.

Graff estaba de pie en el frente de la cabina. —¿Cómo podéis ser tan torpes? ¿No cabe en vuestras cabecitas de subnormales una cosa tan sencilla? Se os ha traído aquí para ser soldados. En vuestras anteriores escuelas, en vuestras anteriores familias, quizá fuerais los primeros, quizá fuerais los duros, quizá fuerais los listos. Pero nosotros elegimos lo mejor de lo mejor, y ésa es la única clase de chicos que vais a encontrar ahora. Y cuando os digo que Ender Wiggin es el mejor de este lanzamiento, aprovechad el consejo, cabezas de chorlito. No os metáis con él. No sería el primero que muere en la Escuela de Batalla. ¿He sido suficientemente claro?

El resto del lanzamiento se hizo en silencio. El chico que estaba sentado al lado de Ender tuvo mucho cuidado de no tocarle.

«No soy un asesino —se dijo Ender en voz baja una y otra vez—. Diga lo que diga, no soy un asesino. No lo soy. Tenía que defenderme. Le aguanté mucho tiempo. Tuve paciencia. No soy lo que ha dicho.»

Una voz les dijo por el altavoz que estaban acercándose a la escuela; tardaron veinte minutos en decelerar y atracar. Ender se rezagó un poco. No les importó permitirle ser el último en abandonar el transbordador, subiendo en la dirección en que habían bajado cuando se embarcaron. Graff estaba esperando al final del estrecho tubo que conducía desde el transbordador hasta el corazón de la Escuela de Batalla.

—¿Has tenido buen vuelo, Ender? —le preguntó Graff de buen humor.

—Creía que era mi amigo. —A pesar suyo, le temblaba la voz.

Graff parecía perplejo.

—¿Que te ha hecho pensar eso, Ender?

—Porque... Porque me hablaba con mucha amabilidad, y parecía sincero. No mentía.

—No mentiré ahora tampoco —dijo Graff—. Mi trabajo no es ser vuestro amigo. Mi trabajo es fabricar los mejores soldados del mundo. De toda la historia del mundo. Necesitamos un Napoleón, Un Alejandro. Con la salvedad de que Napoleón perdió al final, y que Alejandro brilló fugazmente y murió joven. Necesitamos un Julio César, con la salvedad de que se hizo dictador y

murió por eso. Mi trabajo consiste en fabricar esa criatura, y todos los hombres y mujeres que necesitará para ayudarlo. Nada de ello implica que tenga que ser amigo de los niños.

—Ha hecho que me odien.

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Esconderte en un rincón? ¿Ponerte a besar sus traseros para que te vuelvan a querer? Sólo hay una cosa que hará que dejen de odiarte. Y esa cosa es ser tan bueno en todo lo que hagas que no puedan ignorarte. Les he dicho que eres el mejor. ¡Mejor que lo seas!

—¿Y si no puedo?

—Mala cosa entonces. Mira, Ender, siento que estés solo y asustado. Pero los insectores están ahí fuera. Diez billones, cien billones, un millón de billones, por lo que sabemos. Con otras tantas naves, por lo que sabemos. Con armas que no conocemos. Y con ganas de usar esas armas para barrernos. No está en juego el mundo, Ender. Sólo nosotros. Sólo la raza humana. En lo que se refiere al resto de la Tierra, si somos barridos habría un reajuste y se acomodaría al siguiente paso de la evolución. Pero la humanidad no quiere morir. Como especie, hemos evolucionado para sobrevivir. Y lo hacemos esforzándonos, afanándonos, y, al cabo de unas cuantas generaciones, trayendo al mundo un genio. El que inventó la rueda. Y la luz. Y el vuelo. El que construyó una ciudad, una nación, un imperio. ¿Entiendes algo de lo que te digo?

Ender pensaba que sí, pero no estaba seguro, y por eso no dijo nada.

—No. Claro que no. Te lo diré llanamente. Los seres humanos son libres, excepto cuando la humanidad los necesita. A lo mejor la humanidad te necesita. Para hacer algo. Creo que la humanidad me necesita a mí para averiguar para qué sirves. Los dos podemos hacer cosas despreciables, Ender; pero si la humanidad sobrevive, habremos sido buenos instrumentos.

—¿Nada más? ¿Sólo instrumentos?

—Los seres humanos son todos instrumentos, que los demás usan para que podamos sobrevivir todos.

—Eso es mentira.

—No. Es simplemente una verdad a medias. Te puedes preocupar de la otra mitad una vez que hayamos ganado esta guerra.

—Habrá terminado antes de que haya crecido—dijo Ender.

—Espero que te equivoques —dijo Graff—. Por cierto, no te ayuda nada hablar conmigo. Los demás chicos estarán comentando que el tal Ender Wiggin está haciendo la pelota a Graff. Si llega a correr la voz de que eres el pelota de los profesores, estás frito.

«En otras palabras, vete y déjame en paz», pensó Ender.

—¡Adiós! —dijo Ender. Se remolcó con las dos manos a lo largo del tubo por donde se habían ido los demás chicos. Graff le observaba.

—¿Es ése? —le dijo uno de los profesores que había a su lado.

—Dios sabe —dijo Graff—. Si no es Ender, mejor que aparezca pronto.

—Quizá no sea nadie —dijo el profesor.

—Quizá. Pero en ese caso, Anderson, en mi opinión Dios es un insector. Puedes repetirlo por ahí si quieres.

—Lo haré.

Permanecieron en silencio un buen rato.

—Anderson.

—¿Sí?

—El chico está equivocado. Soy su amigo.

—Ya lo sé.

—Es bondadoso. Es limpio de corazón.

—He leído los informes. —Anderson, piensa en lo que le vamos a hacer.

Anderson fue terminante:

—Le vamos a convertir en el mejor comandante militar de la historia.

—Y después vamos a cargar el destino del mundo sobre sus hombros. Por su propio bien, espero que no sea él. De verdad.

- ¡Animo! Los insectores pueden matarnos a todos antes de que se gradúe. Graff sonrió.
- Tienes razón. Ahora me siento mejor.

5

JUEGOS

—Puede contar con mi admiración. Un brazo roto. Ese sí que ha sido un golpe maestro.

—Ha sido un accidente.

—¿De verdad? Y pensar que yo ya le he recomendado en el informe oficial

—Es demasiado fuerte. Eso convierte al otro pequeño imbécil en un héroe. Podría dificultar la formación de muchos chicos. Creo que debería haber pedido ayuda,

—¿Pedir ayuda? Creía que eso era precisamente lo que más valoraba en él, que resolvía sus problemas sin ayuda de nadie. Cuando esté allá fuera rodeado por una flota enemiga, no habrá nadie que acuda en su ayuda si la pide.

—¿Quién iba a pensar que el otro idiota saldría disparado de su asiento? ¿Y que aterrizaría en tan mala posición contra el tabique?

—Un ejemplo más de la estupidez de los militares. Si tuviera usted un poco de cabeza, se dedicaría a una actividad con futuro, como vender seguros de vida.

—Usted también, mente lúcida.

—Tenemos que aceptar el hecho de que somos gente de segunda categoría. Con el destino de la humanidad en nuestras manos. Da una deliciosa sensación de poder, ¿verdad? Especialmente teniendo en cuenta que esta vez no habrá ningún tipo de críticas en caso de que perdamos.

—No lo había visto nunca desde esa perspectiva. Pero hagamos lo posible por no perder.

—Veamos cómo lo arregla Ender. Si ya le hemos perdido, si no lo arregla, ¿quién es el siguiente? ¿Quién viene ahora?

—Haré una lista.

—Mientras tanto, vaya buscando la forma de recuperara Ender.

—Ya se lo he dicho. No podemos romper su aislamiento. Si lo hacemos, jamás se convencerá de que nunca acudirá nadie en su ayuda, nunca. Si piensa, aunque sólo sea una vez, que hay una salida fácil, está perdido.

—Tiene razón. Sería terrible que creyera que tiene algún amigo.

—Puede tener amigos. Lo que no puede tener es padres.

Los demás chicos ya habían elegido sus literas cuando llegó Ender. Se detuvo en la puerta del dormitorio buscando la única cama que quedaba libre. El techo era bajo; podía tocarlo con las manos. Un dormitorio de tamaño infantil, con las literas inferiores apoyadas directamente en el suelo. Los demás chicos le miraban, de reojo. Efectivamente, la litera inferior situada justo al lado de la puerta era la única que estaba vacía. Por un momento, se le pasó por la cabeza la idea de que permitirles ponerle en el peor sitio era abrir la posibilidad a futuras intimidaciones. Y sin embargo no era fácil desalojar a ninguno.

En consecuencia, mostró una amplia sonrisa.

—Eh, gracias —dijo. Sin asomo de sarcasmo. Lo dijo con tanta sinceridad que parecía que le hubieran reservado el mejor sitio—. Creía que iba a tener que pedir una litera baja al lado de la puerta.

Se sentó y miró el casillero que estaba abierto al pie de la litera. Había un papel pegado en la puerta.

Pongan la mano en el lector
de la cabecera de la litera
y pronuncien su nombre dos veces

Ender encontró el lector, una hoja de plástico opaco. Puso la mano izquierda en él y dijo: «Ender Wiggin, Ender Wiggin.»

El lector se iluminó con luz verde durante un momento. Ender cerró su casillero e intentó abrirlo otra vez. No pudo. Luego puso la mano en el lector y dijo: «Ender Wiggin.» El casillero se abrió solo. También se abrieron otros tres compartimientos.

Uno de ellos contenía cuatro monos como el que llevaba puesto, y uno blanco. Otro compartimiento contenía una pequeña consola, exactamente igual que las de la escuela. Parecía que los estudios no habían terminado todavía.

El compartimiento más grande contenía la recompensa. Parecía a primera vista un traje espacial, con su casco y sus guantes. Pero no lo era. No tenía ningún sello de hermeticidad. Y sin embargo, parecía cubrir todo el cuerpo. Era muy acolchado. Y bastante rígido.

Y con él había una pistola. Parecía una pistola láser, la punta era ciega, de cristal transparente. Pero casi seguro que no pondrían armas letales en manos de los niños.

—No es láser—dijo un hombre. Ender levantó la vista. No le había visto nunca. Era un hombre joven y de aspecto agradable.

—Pero dispara un rayo bastante espeso. Muy concentrado. Podéis apuntar y hacer un círculo de luz de diez centímetros en una pared situada a una distancia de cien metros.

—¿Para qué sirve? —preguntó Ender.

—Para uno de los juegos que jugamos en el recreo. ¿Alguien más ha abierto su casillero? —dijo mirando a su alrededor—. ¿Habéis seguido las instrucciones y codificado vuestras voces y vuestras manos? No tendréis acceso a vuestro casillero hasta que lo hagáis. Este dormitorio será vuestra casa durante aproximadamente vuestro primer año en la Escuela de Batalla; coged la litera que queráis y seguid en ella. Normalmente os permitimos elegir vuestro oficial en jefe e instalarle en la litera inferior situada al lado de la puerta, pero parece ser que ese sitio está cogido ya. Ya no se pueden volver a codificar los casilleros. Id pensando a quién queréis elegir. La cena en siete minutos. Seguid los puntos iluminados en el suelo. Vuestro código de colores es rojo amarillo amarillo. Siempre que se os asigne un camino a seguir, será rojo amarillo amarillo, tres puntos seguidos. Id por donde indican esas luces. ¿Cuál es vuestro código de colores, chicos?

—Rojo, amarillo, amarillo.

—Muy bien. Mi nombre es Dap. Seré vuestra mamaíta durante unos meses. Los chicos rieron.

—Reíd cuanto queráis, pero meteos esto en la cabeza. Si os perdéis por la escuela, lo que no sería nada extraño, no vayáis por ahí abriendo puertas. Algunas dan al exterior.

Más risas.

—Decid a cualquiera que vuestra mamaíta es Dap y me llamará. O decidle vuestros colores, e iluminará un camino de vuelta a casa. Si tenéis algún problema, contádmelo. No lo olvidéis; soy aquí el único que cobra por ser bueno con vosotros. Pero no demasiado bueno. Al primero que me replique le rompo la cara. ¿De acuerdo?

Se rieron otra vez. Dap tenía un dormitorio lleno de amigos. ¡Es tan fácil ganarse a los niños asustados!

—¿Alguien puede decirme qué dirección va hacia abajo?

Se lo dijeron.

—De acuerdo, pero esa dirección va hacia el exterior: La nave está en rotación, y eso es lo que produce la impresión de que el suelo está debajo. En realidad, el suelo hace una curva en esa dirección. Seguid esa dirección sin parar y volveréis al sitio de partida. Pero no hagáis la prueba. Porque por ese lado están los alojamientos de los profesores y por este lado están los chicos mayores. Y a los chicos mayores no les gusta que los reclutas anden husmeando. Se podrían meter con vosotros. De hecho, se meterán con vosotros. Y cuando eso ocurra, no vengáis lloriqueando. ¿Entendido? Estáis en la Escuela de Batalla, no en un jardín de infancia.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer entonces? —preguntó un chico, un muchacho negro verdaderamente pequeño que ocupaba una litera superior cercana a la de Ender.

—El que no quiera que se metan con él, que se las arregle solo para salir del atolladero, pero os lo advierto: el asesinato va contra las reglas. Y también causar heridas deliberadamente. He oído

que ha habido un intento de asesinato durante vuestro viaje. Un brazo roto. Si se vuelve a dar ese tipo de cosas, alguien va a salir frito. ¿Entendido?

—¿Qué significa frito? —preguntó el chico con el brazo inflado dentro de una tablilla.

—Freír. Poner a freír. Enviar a la Tierra. Expulsado de la Escuela de Batalla. Nadie miró a Ender.

—Por lo tanto, chicos, si alguno de vosotros tiene la intención de causar problemas, por lo menos que sea listo. ¿De acuerdo?

Dap se fue. Los chicos seguían sin mirar a Ender.

Ender sintió que el miedo crecía en su vientre. No sufría por el chico al que rompió el brazo. Era un Stilson. Y, como Stilson, ya estaba reuniendo una pandilla. Un puñado de chicos, algunos de los más grandes. Estaban riéndose en la otra punta del dormitorio, y, de vez en cuando, uno de ellos se daba la vuelta para mirar a Ender.

Ender quería irse a casa, con todas sus fuerzas. ¿Qué tenía que ver todo eso con salvar al mundo? Ahora ya no tenía un monitor. Era otra vez Ender contra la pandilla, con la diferencia de que ahora estaban en su mismo dormitorio. Peter otra vez, pero sin Valentine.

El miedo siguió con él durante toda la cena, pues nadie se sentó a su lado en el comedor. Los demás chicos comentaban cosas; el enorme marcador que había en una pared, la comida, los chicos mayores. Ender sólo podía mirar, aislado.

Los marcadores daban las posiciones de equipos. Juegos ganados-perdidos, con los resultados más recientes. Algunos chicos mayores parecían haber hecho apuestas en los últimos juegos. Dos equipos, Mantis y Áspid, no tenían el último resultado; esa casilla se encendía intermitentemente. Ender llegó a la conclusión de que debían estar jugando en ese mismo momento.

Advirtió que los chicos mayores estaban divididos en grupos, por los uniformes que llevaban. Unos cuantos que vestían diferente uniforme hablaban entre sí, pero normalmente cada grupo tenía su propia zona. Los reclutas, su grupo y los dos o tres grupos de chicos un poco mayores, llevaban todos uniformes lisos. Pero los chicos mayores, los que estaban en equipos, vestían ropas mucho más llamativas. Ender intentó adivinar quiénes correspondían a cada nombre. Escorpión y Araña eran fáciles. También lo eran Llama y Marea.

Un chico más grande vino a sentarse a su lado. No era sólo un poco más grande; aparentaba doce o trece años. Ya tenía algo de pelusilla en la cara.

—Hola—dijo.

—Hola —dijo Ender.

—Me llamo Mick.

—Ender.

—¡Eso es un nombre!

—Me llamo así desde que era pequeño. Así es cómo me llamaba mi hermana.

—No es mal nombre para este lugar. Ender. Acabador.

—Eso espero.

—Ender, ¿eres el insector de tu lanzamiento? Ender se encogió de hombros.

—He notado que comías solo. Cada lanzamiento tiene uno así. Un chico que no cae bien a nadie. Algunas veces pienso que los profesores lo hacen adrede. Los profesores no son muy agradables. Ya lo verás.

—Seguro.

—¿Así que tú eres el insector?

—Eso parece.

—No te preocupes. No es como para echarse a llorar.

Dio a Ender su panecillo y cogió a cambio su flan.

—Come cosas nutritivas. Te hará fuerte. Mick atacó el flan.

—¿Y tú? —preguntó Ender.

—¿Yo? Yo no soy nada. Un pedo en el sistema de aire acondicionado. Siempre estoy ahí, pero la mayoría del tiempo nadie lo nota.

Ender sonrió con indecisión.

—Ríete, pero no es broma. Aquí no tengo ninguna salida. Me estoy haciendo mayor. Me mandarán a la siguiente escuela muy pronto. Desde luego, no será la Escuela de Tácticas. Nunca he sido un líder, ya lo ves. Sólo los que llegan a ser líderes tienen alguna posibilidad.

—¿Qué hay que hacer para ser un líder?

—¿Crees que estaría aquí si lo supiera? ¿Cuántos tíos de mi tamaño ves por aquí? No muchos. Ender no respondió.

—Pocos. No soy el único que es carne de m-sector medio frito. Unos pocos. Los otros tíos son todos comandantes. Todos los de mi lanzamiento tienen ahora sus propios equipos. Menos yo.

Ender asintió con la cabeza.

—Escucha, chaval. Te estoy haciendo un favor. Haz amigos. Sé un líder. Besa traseros si hace falta, pero si los otros chicos te desprecian, ¿sabes lo que significa?

Ender volvió a asentir con la cabeza.

—No, no sabes nada. Todos los reclutas sois iguales. No sabéis nada. Cabezas como el espacio. No tenéis nada ahí. Y si recibís un golpe, os desmoronáis. Escucha, cuando acabes como yo, no olvides que hubo alguien que te lo advirtió. Es lo último que alguien va a hacer por ti.

—¿Por qué me lo dices entonces? —preguntó Ender.

—¡No seas bocazas! ¡Come y calla!

Ender se calló y comió. No le gustaba Mick. Y sabía que no había ninguna posibilidad de que acabara como él. Quizá fuera eso lo que habían planeado los profesores, pero Ender no tenía ninguna intención de encajar en sus planes.

«No seré el insector de mi grupo —pensó Ender—. No he dejado a Valentine, a mamá y a papá para venir aquí simplemente para salir frito.»

Cuando se llevaba el tenedor a la boca, sintió a su familia alrededor, como habían estado siempre. Sabía a qué lado tenía que girar la cabeza para levantar la vista y ver a mamá intentando que Valentine no hiciera ruido al comer. Sabía exactamente dónde estaría papá, escudriñando las noticias de la mesa mientras hacía ver que tomaba parte en la conversación, y Peter, haciendo como que se sacaba de la nariz un guisante triturado; incluso Peter podía ser divertido.

Era un error pensar en ellos. Sintió que le subía un sollozo por la garganta y se lo tragó; no podía ver el plato.

No podía llorar. No había ninguna posibilidad de que tuvieran compasión de él. Dap no era mamá. Cualquier signo de debilidad diría a los Peter y a los Stilson que podían destrozarle. Ender hizo lo que hacía siempre cuando Peter le atormentaba. Se puso a contar dobles. Uno, dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro. Y así siguió mientras pudo retener los números en la cabeza; 128, 256, 512, 1024, 2048, 4096, 8192, 16384, 32768, 65536, 131072, 262144. En el 67108864 comenzó a dudar. ¿Se había comido un dígito? ¿Estaba en los diez millones o en los cien millones o sólo en los millones? Intentó hacer un doble más y se perdió, 1342 y algo más, ¿16? ¿o 17738? Lo había perdido. A comenzar otra vez. Todos los dobles que pudiera memorizar. El dolor había desaparecido. Las lágrimas habían desaparecido. No lloraría.

Hasta esa noche, cuando las luces se hicieron mortecinas y oyó en la distancia a varios niños llamando entre sollozos a sus madres, sus padres o sus perros. No pudo evitarlo. Sus labios formaron el nombre de Valentine. Oía su voz riendo en la distancia, allá abajo, en el recibidor. Veía a su madre pasar por su puerta y mirar para comprobar que todo estaba en orden. Oía a su padre reír al lado del vídeo. Era todo tan claro, y sin embargo sabía que eso no volvería nunca, ... «Cuando vuelva a verlos otra vez seré mayor, doce años como mínimo. ¿Por qué dije sí? ¿Por qué fui tan estúpido? Ir a la escuela no era nada. Encontrarse con Stilson todos los días. Y con Peter.» Era un mierda. Ender no le tenía miedo.

«Quiero irme a casa», susurró.

Pero su susurro era el mismo que utilizaba al gritar de dolor cuando Peter le atormentaba. El sonido no llegaba más allá de sus oídos, y algunas veces ni siquiera tan lejos.

Y sus lágrimas cayeron en la sábana, pero los sollozos eran tan leves que no zarandeaba la cama; tan tenues que nadie podía oírlos. Pero el dolor estaba allí, espeso en la garganta y la cara, caliente en el pecho y los ojos. «Quiero irme a casa...»

Dap entró esa noche y se movió sigilosamente entre las camas, tocando una mano aquí y otra allá. Por donde pasaba se oían más sollozos, no menos. Un contacto cordial en ese lugar de terror era suficiente para poner a algunos al borde de las lágrimas. No a Ender, sin embargo. Cuando Dap se acercó, los sollozos habían pasado, y su cara estaba seca. Era la cara falsa que presentaba a su madre y a su padre cuando Peter había sido cruel con él y no se atrevía a hacerlo saber.

«Gracias, Peter. Por los ojos secos y los sollozos callados. Me has enseñado a ocultar mis sentimientos. Ahora lo necesitaba más que nunca.»

Había escuela. Todos los días, horas de clases. Lectura. Números. Historia. Vídeos de batallas sangrientas en el espacio, los marinos rociando con sus tripas las paredes de las naves de los insectores. Holografías de guerras limpias de la flota, naves convirtiéndose en orlas de luz cuando las astronaves se aniquilaban diestramente en la noche profunda. Muchas cosas que aprender. Ender trabajó con tanto ahínco como cualquiera; todos ellos luchaban por primera vez en su vida, pues por primera vez en su vida competían con compañeros de clase que eran como mínimo tan brillantes como ellos.

Pero los juegos... vivían para eso. Era lo que llenaba las horas comprendidas entre la vigilia y el sueño.

Dap les llevó a la sala de juegos el segundo día. Estaba arriba, encima de la cubierta donde los chicos vivían y trabajaban. Subieron escalerillas hasta donde la gravedad se debilitaba, y allí, en la caverna, vieron las luces deslumbrantes de los juegos.

Algunos juegos eran conocidos para ellos; algunos, incluso los habían jugado en sus casas. Fáciles y difíciles. Ender pasó los juegos bidimensionales de vídeo y comenzó a estudiar los juegos que jugaban los chicos mayores, los juegos holográficos con objetos suspendidos en el aire. Era el único recluta de esa parte de la sala, y de vez en cuando un chico mayor le apartaba de su camino a empujones. «¿Qué haces aquí? ¡Piérdete! ¡Levanta el vuelo!» Y, naturalmente, levantaba el vuelo; en la atenuada gravedad de ese lugar, dejaba de hacer pie en el suelo y planeaba hasta que chocaba con algo o con alguien.

Una y otra vez, sin embargo, salía del atolladero y volvía, quizás a un sitio diferente, para ver el juego desde un ángulo distinto. Era demasiado pequeño para ver los controles, para descubrir cómo se jugaba. Eso no importaba. Repetía con su cuerpo los movimientos del juego. Cómo excavaba el jugador túneles en la oscuridad, túneles de luz que las naves enemigas escudriñarían y después seguirían sin piedad hasta atrapar la nave del jugador. El jugador podía tender trampas: minas, bombas a la deriva, tirabuzones en el aire que forzaban a las naves enemigas a repetirlos interminablemente. Algunos jugadores eran más listos. Otros perdían rápidamente.

A Ender le gustaba más cuando jugaban dos chicos, uno contra el otro. Entonces, cada uno tenía que utilizar los túneles del otro, y rápidamente se ponía de manifiesto cuál de los dos valía algo como estratega.

Al cabo de una hora más o menos, empezó a hastiarle. Ender ya conocía los movimientos de rutina. Conocía las reglas que seguía el ordenador y sabía por lo tanto que, una vez que dominara los controles, estaría en disposición de anticiparse a las maniobras del enemigo. Hacer espirales cuando el enemigo estaba aquí; bucles cuando el enemigo estaba allá; quedarse a la espera en una trampa; tender siete trampas y luego hacer que cayeran en ellas. No era en absoluto estimulante. Era sólo cuestión de jugar hasta que el ordenador fuera tan rápido que los reflejos humanos no pudiesen competir con él. No era nada divertido. Quería jugar contra los otros chicos. Los chicos que estaban tan entrenados por el ordenador que incluso cuando jugaban uno contra otro intentaban emularle. Pensar como una máquina en vez de como un chico. Podría vencerles de esta forma, podría vencerles de esa forma.

—Te echo una partida —dijo al chico que acababa de vencer.

—¿Pero qué es esto? —dijo el chico—, ¿Es un insecto o un insector?

—Acaba de embarcar un rebaño de enanitos —dijo otro chico.

—Pero hablan. ¿Sabíais que podían hablar?

—Ya veo —dijo Ender—. Tienes miedo de jugar contra mí al mejor de tres juegos.

—Ganarte —dijo el chico— sería más fácil que mear en la ducha.

—Y ni la mitad de divertido —dijo otro.

—Soy Ender Wiggin.

—Escucha bien, carachicle. Eres nadie. ¿Entendido? Eres nadie. ¿Entendido? No eres alguien hasta que mates. ¿Entendido?

La forma de hablar de los chicos mayores tenía su ritmo propio. Ender lo cogió con rapidez.

—Si soy nadie, dime por qué te asusta jugarme al mejor de tres.

Ahora los otros chicos estaban impacientes.

—Termina con el mequetrefe ya y acabemos.

Ender ocupó su sitio en los desconocidos controles. Sus manos eran pequeñas, pero los controles eran bastante sencillos. Sólo necesitó unas pocas prácticas para descubrir qué botones disparaban determinadas armas. El control del movimiento era una bola normal. Sus reflejos eran lentos al principio. El otro chico, del que todavía no sabía el nombre, tomó la delantera rápidamente. Pero Ender aprendió mucho y cuando el juego llegaba a su fin lo estaba haciendo mucho mejor.

—¿Satisfecho, recluta?

—Al mejor de tres.

—No se permite jugar al mejor de tres.

—Me has ganado la primera vez que me pongo a jugar —dijo Ender—. Si no puedes ganarme dos veces, es como si no me hubieras ganado.

Jugaron otra vez, y esta vez Ender fue lo suficientemente diestro como para sacar adelante unas cuantas maniobras que estaba claro que el otro chico no había visto nunca. Sus pautas repetitivas no pudieron hacer nada. Ender no ganó con facilidad, pero ganó.

Entonces, los chicos mayores dejaron de reír y hacer chistes. El tercer juego se desarrolló en el más completo silencio. Ender lo ganó con rapidez y brillantez.

Cuando el juego acabó, uno de los chicos mayores dijo:

—Hora de que cambien esta máquina. Si sigue aquí, cualquier cerebro de mosquito puede ganar.

Ni una sola palabra de felicitación. El silencio más completo cuando Ender se marchó.

No se fue lejos. Se paró a una distancia prudencial y observó que los siguientes jugadores intentaban poner en práctica lo que les había enseñado. «¿Cerebro de mosquito? —Ender se rió para sus adentros—. No me olvidarán.»

Se sentía bien. Había ganado algo, y contra chicos mayores. Probablemente no al mejor, pero ya nunca más tendría la sensación sobrecogedora de que no daba la talla, de que la Escuela de Batalla era demasiado para él. Lo único que tenía que hacer era observar el juego y entender cómo funcionaba todo, y luego podría usar el sistema, e incluso sobresalir.

Esperar y observar era lo que más le costaba. Porque mientras tanto tenía que aguantar. El chico al que rompió el brazo buscaba la venganza. Su nombre, que Ender aprendió rápidamente, era Bernard. Pronunciaba su propio nombre con acento francés, pues los franceses, con su arrogante separatismo, insistían en que la enseñanza del Normalizado no empezara hasta la edad de cuatro años, cuando las pautas de la lengua francesa ya se habían establecido. Su acento le hacía exótico e interesante; su brazo roto le convertía en un mártir; su sadismo le convertía en un foco natural para todos aquellos a los que les gustaba ver sufrir a los demás.

Ender se convirtió en su enemigo.

Cosas sin importancia. Dar una patada a su cama cada vez que entraba y salía por la puerta. Darle empujones con la bandeja de comida. Ponerle la zancadilla en las escalerillas. Ender aprendió rápidamente a no dejar nada fuera de sus casilleros; también aprendió a levantarse rápidamente, a agarrarse. Maladroit, le llamó Bernard una vez, y se quedó con ese nombre.

Algunas veces Ender se enfurecía. Naturalmente, con Bernard la rabia era inadecuada. Se limitaba a comportarse como lo que era: un torturador. Lo que enfurecía a Ender era ver que los demás le seguían de buena gana. Indudablemente, sabían que la venganza de Bernard no era justa. Indudablemente, sabían que era él quien había golpeado primero a Ender en el transbordador, que Ender se había limitado a responder a la violencia. Si lo sabían, actuaban como si no lo supieran; incluso en el caso de que no lo supieran, el comportamiento de Bernard debería haber sido suficiente para que supieran que era una serpiente.

Al fin y al cabo, Ender no era su único blanco. Bernard estaba erigiendo un reino.

Ender observaba desde las afueras del grupo cómo Bernard establecía las jerarquías. Algunos chicos le eran útiles, y les adulaba descaradamente. A otros eran criados de buena gana, y hacían lo que quería aunque les trataba despreciativamente.

Pero unos pocos chocaban con el reinado de Bernard,

Ender, observando, supo quién guardaba rencor a Bernard. Shen era pequeño, ambicioso y fácil de provocar. Bernard lo había descubierto rápidamente, y empezó a llamarle Gusano.

—Porque es tan pequeño —decía Bernard— y porque colea. Mirad cómo balancea el trasero al andar.

Shen se encolerizaba, pero sólo conseguía que se rieran más alto.

—Mirad ese trasero. Te veo, Gusano.

Ender no dijo nada a Shen; sería demasiado obvio que estaba formando su propia banda rival. Se limitó a sentarse con la consola en las rodillas, dando la impresión de que estudiaba.

No estudiaba. Decía a su consola que se dedicara a enviar un mensaje a la cola de interrupciones cada treinta segundos. El mensaje iba dirigido a todos, y era claro y conciso. Lo más duro había sido descubrir cómo ocultar de quién procedía, como hacían los profesores. En los mensajes procedentes de un chico, siempre quedaba insertado automáticamente su nombre. Ender no había descubierto todavía el sistema de seguridad de los profesores, por lo que no podía hacer creer que se trataba de un profesor. Pero sí había podido crear un fichero de un estudiante no existente, al que dio el peregrino nombre de Dios.

Sólo cuando el mensaje estaba listo para salir, intentó cruzar su mirada con la de Shen. Al igual que los demás chicos, estaba mirando a Bernard y a sus amigotes, reír y hacer chistes, mofándose del profesor de matemáticas, que solía pararse en la mitad de una frase y mirar a todas partes como si se hubiera bajado del autobús en una parada equivocada y no supiera dónde estaba.

En un determinado momento, Shen apartó la vista de ellos y miró en torno suyo. Ender hizo un gesto con la cabeza, señalando la consola, y se rió. Shen parecía desconcertado. Ender alzó su consola un poco y volvió a señalarla. Shen se levantó a coger la suya. Ender envió el mensaje entonces, Shen lo vio casi en ese mismo momento. Lo leyó y después se rió en voz alta. Miró a Ender como diciendo «¿Has sido tú?». Ender se encogió de hombros, como diciendo: «No sé quién ha sido, pero desde luego no he sido yo.»

Shen se rió otra vez, y unos cuantos chicos que no estaban cerca del grupo de Bernard sacaron sus consolas y miraron. El mensaje aparecía en todas las consolas cada treinta segundos, desfilaba por la pantalla rápidamente y luego desaparecía. Los chicos se rieron al unísono.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Bernard.

Ender tuvo cuidado de no reírse cuando Bernard recorrió el dormitorio con la mirada, imitando el miedo que le tenían tantos otros. Naturalmente, Shen sonrió de la forma más desafiante. Bernard dijo a uno de sus chicos que trajera una consola. Todos leyeron el mensaje a la vez.

TÁPATE EL TRASERO. BERNARD VIGILA.
DIOS

Bernard se puso colorado de rabia.

—¿Quién ha sido? —gritó.

—Dios —dijo Shen.

—Todo el mundo sabe que no has sido tú —dijo Bernard—. Demasiado cerebro para un gusano.

El mensaje de Ender expiró al cabo de cinco minutos. Poco tiempo después salió en su consola un mensaje de Bernard.

SÉ QUE HAS SIDO TU.
BERNARD

Ender no levantó la vista. Actuaba como si no hubiera visto el mensaje. «Bernard sólo quiere pillarme con cara de culpable. No sabe nada.»

Naturalmente, no importaba que lo supiera o no. Bernard le iba a mortificar aún más que antes, porque tenía que restablecer su posición. Si algo no podía consentir, era que los otros chicos se rieran de él. Tenía que poner en claro quién era el jefe. En consecuencia, esa mañana Ender fue derribado en la ducha. Uno de los chicos de Bernard hizo como que tropezaba con él y se las apañó para plantarle la rodilla en el vientre. Ender lo aguantó en silencio. En lo que a la guerra abierta se refiere, estaba todavía en la fase de observación. No haría nada.

Pero en la otra guerra, la guerra de las consolas, su segundo ataque ya había surtido efecto.

Cuando volvió de la ducha, Bernard, encolerizado, daba patadas a las camas y chillaba a los chicos: «¡Yo no lo he escrito! ¡Cállate!»

Por todas las consolas de los chicos desfilaba constantemente este mensaje:

TU TRASERO, DÉJAME BESARLO.
BERNARD

«¡Yo no he escrito ese mensaje!», gritaba Bernard. Al cabo de un buen rato de sus gritos apareció Dap en la puerta.

—¿Qué alboroto es este? —preguntó.

—Alguien ha estado escribiendo mensajes utilizando mi nombre —Bernard respondió con brusquedad.

—¿Qué mensaje?

—¡El mensaje no importa!

—Me importa a mí.

Dap cogió la consola más cercana, que era precisamente la del chico que ocupaba la litera de encima de Bernard. Lo leyó, esbozó una sonrisa y devolvió la consola.

—Interesante. Ya sé quién ha sido —dijo Dap.

«Sí —pensó Ender—, el sistema era demasiado fácil de vulnerar, estaba hecho para que lo infringiéramos, o por lo menos alguna sección. Saben que he sido yo.»

—Dígame quién ha sido —gritó Bernard.

—¿Me está gritando, soldado? —preguntó Dap, suavemente.

El estado de ánimo de la estancia cambió de repente.

La rabia de los amigos más cercanos de Bernard y la hilaridad apenas contenida del resto dieron paso a la más absoluta seriedad. La autoridad iba a pronunciarse.

—No, señor—dijo Bernard.

—Todo el mundo sabe que el sistema pone automáticamente el nombre del remitente.

—¡Yo no he escrito eso! —dijo Bernard.

—¿Gritando otra vez? —preguntó Dap.

—Ayer, alguien mandó un mensaje firmado con el nombre DIOS —dijo Bernard.

—¿Ah, sí? —dijo Dap—. No sabía que hubiera ingresado en el sistema.

Dap se dio la vuelta y se marchó, y el dormitorio se llenó de carcajadas.

El intento de Bernard de convertirse en el dirigente del dormitorio había fallado. Sólo unos pocos siguieron con él. Pero eran los peores. Y Ender sabía que mientras tuviera que estar alerta, su

vida allí iba a ser muy dura. De todas formas, la intromisión en el sistema había dado los resultados esperados. Había detenido a Bernard, y los chicos que merecían la pena se habían librado de él. Y Ender lo había logrado sin mandarle al hospital, eso era lo más importante. Mucho mejor así.

Luego se aplicó seriamente a la tarea de diseñar un sistema de seguridad para su propia consola, pues estaba claro que las salvaguardias incorporadas en el sistema eran inadecuadas. Si podía violarlas un niño de seis años, estaba claro que habían sido puestas ahí como un juego, que no eran un sistema de seguridad serio. «Otro juego más que nos han montado los profesores. Pero ésta es mi especialidad.»

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó Shen durante el desayuno.

Ender advirtió que era la primera vez que se sentaba a comer con él un recluta de su propia clase.

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Enviar un mensaje con un nombre falso. Y con el nombre de Bernard. Ahora le llaman Miraculos. Sólo Mirón delante de los profesores, pero todo el mundo sabe qué mira.

—Pobre Bernard —murmuró Ender—. ¡Es tan sensible!

—Venga, Ender. Tú violaste el sistema. ¿Cómo lo hiciste?

Ender negó con la cabeza y sonrió.

—Gracias por creer que soy tan brillante como para hacer eso. Dio la casualidad de que lo vi el primero, nada más.

—Vale, no tienes obligación de decírmelo —dijo Shen—. De todas formas, fue fenomenal. Comieron un rato en silencio.

—¿Meneo el culo al andar?

—No —dijo Ender—. Un poco nada más. No des pasos tan largos y ya está. Shen asintió con la cabeza.

—Bernard ha sido el único que lo ha notado —dijo Shen—. Es un cerdo.

Ender se encogió de hombros.

—Bien mirado, los cerdos no son tan malos. Shen se rió.

—Tienes razón. Era injusto con los cerdos.

Se rieron al unísono, y se les unieron otros dos reclutas. El aislamiento de Ender había terminado. La guerra estaba tan sólo empezando.

6

LA BEBIDA DEL GIGANTE

—Hemos sufrido ya muchos desengaños; perseverando año tras año, esperando que salgan adelante, y luego no lo logran. Es interesante lo de Ender: está decidido a salir frito antes de cumplir los primeros seis meses.

—¿Ah, sí?

—¿Es que no ve lo que está pasando? Está atascado en la Bebida del Gigante, en el juego. Ese chico debe de ser suicida. No me había hecho ningún comentario al respecto.

—Todos llegan al Gigante alguna vez.

—Pero Ender no le va a dejar en paz. Como Pinual

—Todos se parecen a Pinual en un momento u otro. Pero sólo Pinual se ha suicidado. No creo que tenga nada que ver con la Bebida del Gigante.

—Es mi vida lo que se está jugando en este asunto. Y fíjese lo que ha hecho con su grupo de lanzamiento. —Sabe que no es culpa suya.

—No me importa. Culpable o no, Ender está envenenando a ese grupo. Se supone que iban a formar un grupo compacto, y allá donde va se abre un abismo insalvable.

—De todas formas, no tengo intención de dejarle ahí mucho tiempo.

—Pues mejor que cambie de intención. Ese grupo de lanzamiento está enfermo, y él es la causa de la enfermedad. Seguirá ahí hasta que estén curados,

—La causa de la enfermedad soy yo. Le he aislado, y la cosa ha funcionado.

—Dele tiempo. Para ver qué hace al respecto.

—No tenemos tiempo.

—No tenemos tiempo para precipitarnos con un chico que tiene tantas posibilidades de convertirse en un monstruo como de convertirse en un genio militar,

—¿Es una orden?

—El grabador está conectado, siempre lo está, tiene las espaldas cubiertas, váyase a la mierda.

—Si es una orden...

—Es una orden. Manténgale donde está hasta que veamos cómo se desenvuelve con sus compañeros de lanzamiento. Graff, me produce dolor de estómago.

—No le dolería el estómago si dejara la escuela a mi cargo y se ocupara de la flota.

—La flota está a la espera de un comandante. No hay nada que hacer hasta que me lo dé.

Entraron uno por uno a la sala de batalla, desmañadamente, como niños que entran por primera vez a una piscina, aferrándose a los asideros de los laterales. La gravedad nula sobrecogía, desorientaba; se dieron cuenta en seguida de que si no utilizaban los pies para nada, todo iba mucho mejor.

Y para empeorar las cosas, los trajes les oprimían. Era difícil hacer movimientos precisos, pues los trajes se adaptaban con un poco de retraso, oponían más resistencia que cualquier otra ropa que habían llevado antes.

Ender se agarró al asidero y flexionó las rodillas. Notó que, además de la dilación inicial, el traje tenía un efecto amplificador del movimiento. Era difícil poner las perneras del traje en marcha, pero después seguían moviéndose, y con fuerza, cuando los músculos ya se habían parado. «Si doy un empujón con una fuerza X, el traje empujará con una fuerza doble. Me moveré con torpeza un buen rato. Mejor que empiece ya», se dijo.

En consecuencia, sin soltar el asidero, dio un fuerte empujón con los pies.

Instantáneamente, dio una voltereta sobre sí mismo, sus pies volaron por encima de la cabeza, y aterrizó golpeándose de lleno la espalda contra la pared. El rebote parecía aún más fuerte, y sus manos se desencajaron del asidero. Voló por la sala de batalla, dando tumbos de un lado a otro.

Durante un momento desazonador trató de conservar su orientación arriba-abajo, intentando ponerse boca arriba, en busca de una gravedad que no existía. Entonces se obligó a sí mismo a cambiar su punto de vista. Se precipitaba contra una pared. Por lo tanto, eso era abajo. Y una vez más recuperó el control de sí mismo. No estaba volando, estaba cayendo. Era como si hubiera saltado de un trampolín. Podía elegir la forma de chocar contra la superficie.

«Voy demasiado rápido para agarrarme a un asidero y pararme, pero puedo atenuar el impacto, puedo salir despedido en ángulo si me giro cuando choque y uso los pies.»

No resultó ni mucho menos como había pensado. Salió despedido en ángulo, pero no era el que había calculado. Tampoco tuvo tiempo de hacerse ninguna consideración. Chocó contra otra pared, esta vez demasiado pronto para estar preparado. Pero, casi por casualidad, descubrió una forma de usar los pies para controlar el ángulo de rebote. Planeaba otra vez de un lado a otro de la sala, hacia unos chicos que seguían aferrados a la pared. Esta vez, había aminorado su velocidad lo suficiente como para poder agarrarse a un barrote. Estaba en un ángulo insólito con respecto a los otros chicos, pero su orientación había cambiado una vez más y, tal como él los veía, estaban todos tendidos en el suelo, no colgando de una pared, y no era él quien estaba boca abajo, sino ellos.

—¿Qué intentas hacer, matarte? —le preguntó Shen.

—Haz la prueba —dijo Ender—. El traje impide que te hagas daño, y puedes controlar los rebotes con las piernas, así. —Y remedó el movimiento que había hecho.

Shen negó con la cabeza. No iba a intentar hacer una pirueta estúpida como ésa. Pero un chico despegó, no con tanta velocidad como lo había hecho Ender, porque no empezó dando una voltereta, pero sí con suficiente velocidad. Ender no necesitaba verle la cara para saber que era Bernard. Y, justo detrás de él, su mejor amigo, Alai.

Ender los vio cruzar la enorme sala, Bernard forcejeando para orientarse en la dirección que él consideraba el sucio, y Alai sometiéndose al movimiento y preparándose para rebotar en la pared. «No es de extrañar que Bernard se rompiera el brazo en el transbordador —pensó Ender—. Se tensa cuando vuela. Tiene pánico.» Ender se guardó la información para uso futuro.

Y más información. Alai no había tomado impulso en la misma dirección que Bernard. Se dirigía a una esquina de la sala. Sus caminos divergían más y más a medida que volaban, y mientras que Bernard hizo un aterrizaje torpe y estridente, y rebotó contra su pared, Alai rebotó oblicuamente contra las tres superficies de una esquina, y con ello conservó casi toda su velocidad y salió despedido con un ángulo inesperado. Alai dio gritos y alaridos, y lo mismo hicieron los chicos que le observaban. Algunos olvidaron que no pesaban y se soltaron de la pared para aplaudir. Ahora iban a la deriva en muchas direcciones, agitando los brazos, intentando nadar.

«Ese es otro problema —pensó Ender—. ¿Qué pasa si te quedas a la deriva? No puedes tomar impulso en ningún sitio.»

Sintió la tentación de dejarse ir a la deriva y tratar de resolver el problema haciendo la prueba. Pero observó a los otros, y no conseguía adivinar qué podía hacer que los otros no estuvieran haciendo ya.

Sujetándose al suelo con una mano, manoseaba la pistola de juguete que estaba prendida al traje por delante, justo debajo del hombro. Entonces se acordó de los cohetes de mano que utilizaban los marines cuando se lanzaban al abordaje de una estación enemiga. Sacó la pistola del traje y la examinó. Había apretado todos los botones en el dormitorio, pero la pistola no había respondido. «Quizá funcione en la sala de batalla.» No había ninguna instrucción. Ninguna etiqueta en los controles. El gatillo era obvio: como todos los niños, había tenido pistolas de juguete casi desde su infancia. Había dos botones al alcance del dedo pulgar, y varios más a lo largo de la parte inferior del cañón que eran casi inaccesibles si no se utilizaban las dos manos. Estaba claro que los dos botones cercanos al dedo pulgar estaban allí para ser utilizados.

Apuntó la pistola al suelo y apretó el gatillo. Notó que la pistola se calentaba instantáneamente; cuando soltó el gatillo, se enfrió rápidamente. Además, en la parte del suelo donde había apuntado apareció un diminuto círculo de luz.

Pulsó el botón rojo de la parte superior de la pistola y apretó el gatillo otra vez. Lo mismo que antes.

Después pulsó el botón blanco. Disparó un destello de luz potente que iluminaba una amplia zona, pero no con tanta intensidad. La pistola estaba bastante fría cuando el botón estaba apretado.

«El botón rojo la convierte en una especie de láser, pero no es un láser —había dicho Dap—, mientras que el botón blanco la convierte en una lámpara.» Ninguno de los dos sería de mucha ayuda a la hora de hacer maniobras.

«Entonces, todo depende del empujón inicial, del curso que tomes cuando partes. Eso significa que tendremos que aprender a controlar bien nuestros lanzamientos y rebotes o acabaremos flotando en medio de ninguna parte.» Ender recorrió la sala con la mirada. Unos cuantos chicos estaban a la deriva cerca de las paredes, agitando las manos para intentar agarrarse a un asidero. La mayoría estaba dándose topetazos unos contra otros y riendo; algunos estaban agarrados de la mano y dando vueltas en círculo. Sólo unos pocos, como Ender, estaban sujetos a las paredes, en calma, y observaban.

Vio que uno de ellos era Alai. Había acabado en otra pared, no demasiado lejos de Ender. Tomando impulso, Ender dio un empujón y se dirigió rápidamente hacia Alai. Una vez en el aire, se preguntó qué le diría. Alai era amigo de Bernard. ¿Qué podía decirle?

En cualquier caso, ya era demasiado tarde para cambiar de curso. Miró hacia el frente, y ensayó diminutos movimientos de las piernas y los brazos para controlar la dirección de su vuelo. Se dio cuenta demasiado tarde de que había apuntado demasiado bien. No iba a aterrizar cerca de Alai, iba a chocar contra él.

—¡Cógete a mi mano! —gritó Alai.

Ender extendió la mano. Alai absorbió el impacto y ayudó a Ender a hacer un aterrizaje suave contra la pared.

—Muy bien —dijo Ender—. Deberíamos practicar este tipo de cosas.

—Eso es lo que estaba pensando, pero éstos se están derritiendo como mantequilla —dijo Alai—. ¿Qué te parece si vamos hacia allá juntos? Podríamos impulsarles en direcciones opuestas.

—Vale.

—¿De acuerdo?

Daban por supuesto que las cosas podían no ir bien entre ellos. ¿Era correcto que hicieran algo juntos? La respuesta de Ender fue coger a Alai por la muñeca y prepararse para tomar impulso.

—¿Preparado?—dijo Alai—. ¡Ya!

Como tomaron impulso con diferente fuerza, empezaron a describir círculos uno alrededor del otro. Ender hizo unos cuantos ligeros movimientos con las manos y luego movió una pierna. Aminoraban la velocidad. Lo hizo otra vez. Dejaron de orbitar. Ahora iban a la deriva suavemente,

—Chico listo —dijo Alai. Era una gran alabanza—. Tomemos impulso antes de chocar contra ese corro.

—Y nos encontramos en aquella esquina. Ender no quería que se rompiera ese puente con el campamento enemigo.

—El último que llegue llena de pedos una botella de leche —dijo Alai.

Después, lentamente, uniformemente, maniobraron hasta que estuvieron uno frente al otro, como un águila de dos cuerpos, mano con mano, rodilla con rodilla.

—Y ahora un buen choque, ¿no? —preguntó Alai.

—Yo tampoco lo he hecho nunca —dijo Ender.

Se dieron un empujón. Les propulsó a mayor velocidad de lo que esperaban. Ender chocó contra una pareja de chicos y fue a parar a una pared que no estaba prevista. Tardó un momento en reorientarse y encontrar la esquina donde había de hallarse con Alai. Alai se dirigía ya hacia allí. Ender trazó un curso que incluiría dos rebotes pero que evitaría las mayores aglomeraciones de chicos.

Cuando llegó a la esquina, Alai había pasado los brazos por dos asideros adyacentes y hacía como que dormitaba.

—Has ganado.

—Quiero ver tu cosecha de pedos —dijo Alai.

—La he puesto en tu casillero. ¿No lo habías notado?

—Creía que eran los calcetines.

—Ya no llevamos calcetines.

—Claro.

Eso les recordaba que los dos estaban lejos de casa. Eso les robó parte de la diversión que habían obtenido por haber dominado los inicios de la navegación.

Ender sacó la pistola y le mostró lo que había descubierto sobre los dos botones del dedo pulgar.

—¿Qué hace cuando disparas contra una persona? —preguntó Alai.

—No lo sé.

—¿Por qué no lo averiguamos? Ender negó con la cabeza.

—Podríamos herir a alguien.

—Me refería a dispararnos uno al otro en el pie o algo parecido.

—Ah.

—No puede ser tan peligroso; no pondrían estas pistolas en manos de niños.

—Ahora somos soldados.

—Dispárame al pie.

—No, dispárame tú.

—Disparémonos uno al otro.

Lo hicieron. Inmediatamente, Ender sintió que la pernera del traje se volvía rígida, inmóvil, a la altura de las articulaciones del tobillo y la rodilla.

—¿Te has congelado? —preguntó Alai.

—Rígido como un poste.

—Vamos a congelar un poco —dijo Alai—. Hagamos la primera guerra. Nosotros dos contra ellos.

Ambos esbozaron una sonrisa. Entonces, Ender dijo:

—Mejor que invites a Bernard. Alai le miró con picardía.

—Oh.

—Y a Shen.

—¿A ese meneaculos de ojos de almendra? Ender llegó a la conclusión de que Alai estaba bromeando.

—Eh, no todo el mundo puede ser negro. Alai sonrió.

—Mi abuelo te habría matado por decir eso.

—El abuelo de mi abuelo lo habría vendido antes.

—Unámonos a Bernard y a Shen y congelemos a todos esos medio insectores.

Al cabo de veinte minutos estaban todos congelados, excepto Bernard, Shen, Alai y Ender. Los cuatro estaban sentados, chillando y riendo, cuando entró Dap.

—Ya veo que habéis aprendido a utilizar vuestro equipo —dijo.

Luego hizo algo con un control que llevaba en la mano y todos planearon lentamente hacia la pared donde él se encontraba. Se mezcló con los chicos congelados, tocándolos y descongelando sus trajes. Hubo un tumulto de protestas de que no había habido juego limpio y porque Bernard y Alai les hubieran disparado cuando no estaban preparados.

—¿Por qué no estabais preparados? —preguntó Dap—. Habíais tenido puesto el traje exactamente el mismo tiempo que ellos. Habíais estado aleteando por ahí como patos mareados el mismo número de minutos que ellos. Dejad de lamentaros y empezaremos.

Ender se dio cuenta de que habían asumido que Bernard y Alai eran los líderes de la batalla. Eso jugaba en su favor. Bernard sabía que Ender y Alai habían aprendido a usar las pistolas juntos. Y Ender y Alai eran amigos. Bernard podría creer que Ender se había unido a su grupo, pero no era así. Ender se había unido a un nuevo grupo. El grupo de Alai. Y Bernard se había unido también.

No estaba tan claro para todos; Bernard seguía fanfarroneando y mandando hacer recados a sus compinches. Pero Alai se movía ahora libremente por todo el dormitorio, y cuando Bernard se salía de sus casillas, podía bromear con él y calmarle. Cuando llegó el momento de elegir al líder del lanzamiento, Alai fue elegido casi por unanimidad. Bernard anduvo enfurruñado unos

cuantos días y luego volvió a estar bien, y todos se adaptaron a la nueva situación. El lanzamiento ya no estaba dividido entre el grupo integrado de Bernard y los marginados de Ender. Alai era el puente.

Ender estaba sentado en su cama con la consola en las rodillas. Era la hora de estudio privado, y Ender estaba jugando al Juego Libre. Era un tipo de juego que cambiaba sin ton ni son, en el que el ordenador de la escuela no paraba de sacar situaciones nuevas componiendo un laberinto que uno podía explorar. Se podía volver a las situaciones que le gustaban a uno, pero sólo un rato; si se las tenía ahí mucho tiempo sin hacer nada, desaparecían y otras venían a ocupar su lugar.

Algunas veces era divertido. Algunas veces excitante, y Ender tenía que ser rápido para seguir vivo. Murió muchas veces, pero eso no importaba, los juegos son eso: mueres mucho hasta que le coges el truco.

La figura que le representaba en la pantalla había empezado siendo un niño pequeño. Durante un rato había pasado a ser un oso. Ahora era un ratón grande, con manos largas y delicadas. Hizo correr su figura por debajo de gran cantidad de muebles. Había jugado mucho con el gato, pero ahora se aburría; demasiado fácil darle esquinazo, conocía todos los muebles.

«No pasaré por la ratonera esta vez —se dijo para sí—. Estoy harto del Gigante. Es un juego tonto y además no gano nunca. Elija lo que elija, siempre me equivoco.»

Pero pasó por la ratonera, y por el pequeño puente del jardín. Evitó a los patos y a los mosquitos bombarderos; había intentado jugar con ellos pero eran demasiado fáciles, y si jugaba con los patos mucho tiempo se transformaba en un pez, y eso no le gustaba. Ser un pez le recordaba demasiado a estar congelado en la sala de batalla, con todo el cuerpo rígido, a la espera de que el ejercicio terminara para que Dap le descongelara. Por lo tanto, y como siempre, se encontró subiendo a las colinas rodantes.

Comenzaron los corrimientos de tierras. Al principio había quedado atrapado una y otra vez, aplastado en medio de una enorme mancha de sangre que surgía de un montón de rocas. Ahora, sin embargo, había dominado la técnica de correr cuesta arriba en ángulo para evitar morir aplastado, en busca siempre de tierras más altas.

Y, como siempre, los corrimientos de tierras acabaron en un amasijo de rocas. La cara de la colina se cuarteó y en vez de esquisto era pan blanco, hinchado, subiendo como un bizcocho a medida que la corteza se cuarteaba y caía; era blando y esponjoso; su figura se movía con más lentitud. Y cuando saltó del pan, estaba de pie en una mesa. Detrás de él, una gigantesca rebanada de pan; a su lado, una gigantesca barra de mantequilla. Y el Gigante con la barbilla apoyada en las manos, mirándole. La figura de Ender medía aproximadamente lo mismo que la cabeza del Gigante desde la barbilla hasta la frente.

—Creo que te voy a arrancar la cabeza de un bocado —dijo el Gigante, como siempre.

Esta vez, en vez de correr o seguir allí, Ender hizo ascender su figura hasta la cara del Gigante y le dio una patada en la barbilla.

El Gigante sacó la lengua y Ender cayó al suelo.

—¿Quieres jugar a los acertijos? —preguntó el Gigante.

«O sea, que es siempre lo mismo: el Gigante sólo juega a los acertijos. Estúpido ordenador. Millones de posibles escenarios en su memoria, y el Gigante sólo puede jugar un juego estúpido...»

El Gigante, como siempre, puso en la mesa dos enormes vasos largos, que llegaban a la altura de las rodillas de Ender. Como siempre, los dos estaban llenos de líquidos distintos. El ordenador era lo suficientemente bueno como para no repetir nunca los líquidos, por lo menos que él recordara. Esta vez, uno contenía un líquido espeso, de aspecto cremoso. El otro rechiflaba y espumajeaba.

—Uno es veneno y el otro no —dijo el Gigante—. Adivina y te llevaré al País de la Fantasía.

Adivinar significaba sumergir la cabeza en uno de los vasos para beber. No acertaba nunca. Algunas veces, su cabeza se disolvía. Algunas veces se prendía fuego. Algunas veces se caía dentro

y se ahogaba. Algunas veces se caía hacia fuera, se ponía verde y se pudría. El resultado era siempre fatal, y el Gigante siempre se reía.

Ender sabía que eligiera lo que eligiera, moriría. El juego estaba amañado. A la primera muerte, su figura volvería a aparecer en la mesa del Gigante, lista para jugar otra vez. A la segunda muerte, volvería a los corrimientos de tierras. Después al puente del jardín. Después a la ratonera. Y después, si a pesar de todo volvía al Gigante y jugaba otra vez, y moría otra vez, su consola se oscurecería, desfilaría por ella la leyenda «Fin del Juego Libre», y Ender se echaría de espaldas en la cama y temblaría hasta que al final conseguiría dormirse. El juego estaba amañado, pero el Gigante seguía hablando del País de la Fantasía, algún estúpido País de la Fantasía para niños de tres años en el que probablemente habría algún estúpido Peter Pan o Pato Donald o Mickey Mouse, y al que valía la pena llegar, pero Ender tenía que encontrar la forma de batir al Gigante para llegar allí.

Bebió el líquido cremoso. Inmediatamente comenzó a inflamarse y a subir como un globo. El Gigante se reía. Estaba muerto otra vez.

Jugó otra vez, y esta vez el líquido se solidificó, como el cemento, y le inmovilizó la cabeza allí abajo mientras el Gigante lo rajaba a lo largo de la espina dorsal, se la sacaba como si fuera un pez, y se ponía a comerlo mientras él sacudía los brazos y las piernas.

Volvió a aparecer en los corrimientos de tierras y decidió no seguir adelante. Incluso dejó que le cubrieran. Pero aunque estaba sudando y sentía frío, con la siguiente vida volvió a las colinas hasta que se convirtieron en pan, y se plantó en la mesa del Gigante para que le pusiera delante los dos vasos largos.

Miró fijamente a los dos líquidos. Uno espumajeaba, el otro hacía olas como el mar. Intentó adivinar qué clase de muerte contenía cada uno. «Probablemente, del océano saldrá un pez y me comerá. El espumoso probablemente me asfixiará. Odio este juego. No es limpio. Es estúpido. Está amañado», se dijo.

Y en vez de meter la cara en uno de los líquidos, lo volcó de una patada, y luego el otro, y esquivó las enormes manos del Gigante mientras éste gritaba:

—¡Tramoso, tramoso!

Saltó a la cara del Gigante, trepó por los labios y la nariz y se puso a escarbar en su ojo. La masa salía con facilidad, como requesón, y el Gigante chillaba. La figura de Ender horadó el ojo, saltó dentro y horadó más y más.

El Gigante se desplomó hacia atrás. El escenario cambiaba mientras caía, y cuando el Gigante llegó al suelo y se paró, era un encaje de intrincados árboles. Un murciélago voló y se posó en la nariz del Gigante muerto. Ender sacó su figura del ojo del Gigante.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó el murciélago—. Aquí no viene nadie.

Naturalmente, Ender no podía responder. Por eso, se agachó, cogió un puñado de masa del ojo del Gigante y se lo ofreció al murciélago.

El murciélago lo cogió y se marchó volando, gritando mientras se iba:

—Bienvenido al País de la Fantasía.

Lo había conseguido. Debería explorar. Debería bajarse de la cara del Gigante y ver qué había conseguido por fin.

Pero, en vez de hacerlo, desconectó el programa, puso la consola en el casillero, se quitó la ropa y se cubrió con la manta. No había querido matar al Gigante. Se suponía que se trataba de un juego. No tenía más alternativa que una muerte horripilante o un asesinato incluso peor. «Soy un asesino, incluso jugando. Peter estaría orgulloso de mí.»

7

SALAMANDRA

—¿No es maravilloso saber que Ender puede hacer lo imposible?

—Las muertes de los jugadores son siempre repulsivas. Siempre he creído que la Bebida de Gigante era la parte más perversa de todo el juego, pero ir a por el ojo así... ¿Ese es el que queremos poner al mando de nuestras flotas?

—Lo que importa es que ha ganado el juego que no se podía ganar.

—Supongo que ahora le trasladará.

—Estábamos esperando a ver cómo se desenvolvía con Bernard. Se ha desarrollado perfectamente.

—Así que en cuanto resuelve una situación, le pasa a otra que no pueda resolver. ¿Podrá, descansar alguna vez?

—Seguirá uno o dos meses, quizá tres, con su grupo de lanzamiento. Eso es mucho tiempo en la vida de un niño. —¿No ha tenido nunca la impresión de que estos chicos no son niños? Cuando se fija uno en sus acciones, en sus comentarios, ¿no le da la impresión de que no son jovencitos?

—Son los niños más brillantes del mundo, cada uno a su manera.

—Pero ¿no deberían seguir actuando como niños? No son normales. Actúan como... personajes históricos. Napoleón y Wellington, César y Brutus.

—Nuestra misión es salvar el mundo, no curar corazones heridos. Eres demasiado compasivo.

—El general Levy no tiene piedad de nadie. Todos los vídeos lo confirman. Pero no haga daño a ese chico.

—¿Está bromeando?

—Quiero decir que no le haga más daño del necesario.

Alai se sentó frente a Ender a la hora de la cena.

—Por fin he conseguido descifrar cómo mandaste aquel mensaje. Usando el nombre de Bernard.

—¿Yo? —preguntó Ender.

—Venga, ¿quién si no? Seguro que no fue Bernard. Y Shen no es muy aficionado al ordenador. Y sé que no he sido yo. ¿Quién si no? No importa. He descifrado la forma de falsificar una entrada de un estudiante nuevo. Simplemente, creaste un estudiante llamado Bernard-espacio, B-E-R-N-A-R-D-espacio, y por eso el ordenador no lo rechazó por coincidir con el nombre de otro estudiante.

—Da la impresión de que puede funcionar —dijo Ender.

—Como quieras. Funciona. Pero lo hiciste casi el primer día.

—Yo o algún otro. A lo mejor lo hizo Dap, para evitar que Bernard acumulara demasiado poder.

—He descubierto algo más. No puedo hacerlo con tu nombre.

—¿No me digas?

—Todo lo que incluya el nombre de Ender es rechazado. Además, tampoco puedo meterme en tus ficheros. Has diseñado tu propio sistema de seguridad.

—Quizá.

Alai esbozó una sonrisa.

—Acabo de entrar y he destrozado los ficheros de uno. Está violando el sistema también, pegado a mis talones. Necesito protección, Ender. Necesito tu sistema.

—Si te doy mi sistema, sabrás cómo lo hago y te meterás y harás trizas mis ficheros.

—Quién, ¿yo? —preguntó Alai—. Soy el mejor amigo que tienes. Ender se rió.

—Crearé un sistema para ti.

—¿Ahora?

—¿Puedo acabar la comida?

—Tú nunca acabas la comida.

Era cierto. En la bandeja de Ender quedaba siempre comida. Ender echó una mirada a su plato y decidió que ya había terminado.

—Vamos allá.

Cuando llegaron a su cuartel, Ender se sentó de cuclillas al lado de la cama y dijo:

—Coge tu consola y tráela. Te enseñaré a hacerlo.

Pero cuando Alai trajo su consola a la cama de Ender, Ender seguía sentado, y los casilleros seguían cerrados.

—¿Qué pasa?

Como respuesta, Ender dio una palmada en su casillero. Apareció el mensaje: «Intento de Acceso no Autorizado.» No se había abierto.

—Alguien se está riendo de ti, amigo —dijo Alai—. Se te han adelantado.

—¿Estás seguro de que te sigue interesando mi sistema de seguridad?

Ender se levantó y se alejó de la cama.

—Ender —dijo Alai.

Ender se dio la vuelta. Alai tenía en la mano un trozo de papel.

—¿Qué es?

Alai levantó la vista.

—¿No lo sabes? Estaba en tu cama. Te debes haber sentado encima.

Ender lo cogió.

ENDER WIGGIN
ASIGNADO A ESCUADRA SALAMANDRA
COMANDANTE BONZO MADRID
EFECTIVO INMEDIATAMENTE
CÓDIGO VERDE VERDE MARRÓN
NO SE TRANSFIEREN PERTENENCIAS

—Eres listo, Ender, pero en la sala de batalla no eres mejor que yo.

Ender negó con la cabeza. Era lo más estúpido que se les podía haber ocurrido, ascenderle ahora. No ascendían a nadie hasta que tuviera ocho años. Ender ni siquiera tenía siete. Y los reclutas solían pasar a las escuadras juntos, para que casi todas recibieran a un chico nuevo al mismo tiempo. No había ninguna papeleta de traslado en ninguna otra cama.

Justo cuando las cosas estaban empezando a encajar. Justo cuando Bernard estaba empezando a llevarse bien con todo el mundo, incluso con Ender. Justo cuando Ender estaba encontrando en Alai a un amigo de verdad. Justo cuando su vida empezaba a ser soportable.

Ender se agachó para tirar de Alai y ayudarlo a levantarse de la cama.

—La escuadra Salamandra está en competición—dijo Alai.

Ender estaba tan furioso por la injusticia del traslado que se le saltaron las lágrimas. «No debes llorar», se dijo a sí mismo.

Alai vio las lágrimas, pero tuvo la delicadeza de no decir nada.

—Son unos pedorros, Ender, y ni siquiera te dejan llevarte tus cosas.

Ender esbozó una sonrisa y al final no lloró.

—¿Crees que debería desvestirme e ir desnudo?

Alai se rió también.

Impulsivamente, Ender le abrazó, con fuerza, casi como si fuera Valentine. Entonces pensó en Valentine y quiso irse a casa.

—No quiero ir—dijo. Alai le devolvió el abrazo.

—Te comprendo, Ender. Eres el mejor. Tal vez tengan prisa por enseñártelo todo.

—No quieren enseñármelo todo —dijo Ender—. Yo quería aprender lo que significa tener un amigo.

Alai asintió con la cabeza.

—Serás siempre mi amigo, mi mejor amigo siempre —dijo. Luego esbozó una sonrisa—. Ve a rebanar insectores.

—Claro.

Ender le devolvió la sonrisa. Alai le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído:

—Salaam.

Luego, ruborizado, se dio la vuelta y se fue a su cama, al fondo del dormitorio. Ender adivinó que ese beso y esa palabra eran algo prohibido. Una religión suprimida, quizás. O a lo mejor esa palabra sólo tenía un significado personal y fuerte para Alai. Significara lo que significase para Alai, Ender sabía que era sagrada; que Alai se había descubierto a Ender, como había hecho una vez su madre, cuando, siendo muy joven, antes de que le pusieran el monitor en la nuca, le puso las manos en la cabeza cuando creía que estaba dormido, y rezó sobre él. Ender no había hablado de ello con nadie, ni siquiera con mamá, pero se lo había guardado como un recuerdo de espiritualidad, de cómo le quería su madre cuando creía que nadie, ni incluso él mismo, podía verla ni oírla. Eso era lo que Alai le había dado; un regalo tan sagrado que ni siquiera a Ender le estaba permitido entender su significado.

Después de una cosa como ésa no se podía decir nada. Alai llegó a su cama y se dio la vuelta para mirar a Ender. Sus ojos mantuvieron una mirada cargada de comprensión. Luego, Ender se marchó.

No había nada verde verde marrón en esa parte de la escuela; tendría que ir a buscar esos colores a una de las zonas públicas. Los otros terminarían de comer muy pronto; no quería pasar cerca del comedor. La sala de juegos estaría casi vacía.

En su estado de ánimo, ninguno de los juegos le atraía. Se fue por lo tanto al banco de consolas públicas del fondo de la sala y conectó su juego privado. Llegó rápidamente al País de la Fantasía. Esta vez, el Gigante ya estaba muerto cuando llegó allí; tuvo que bajarse de la mesa con cuidado, saltar a la pata de la silla caída del Gigante, y luego dar un salto hasta el suelo. Unas ratas habían estado royendo el cuerpo del Gigante, pero Ender había matado a una con un alfiler de la camisa desgarrada del Gigante, y después de eso le habían dejado en paz.

El cadáver del Gigante había llegado al límite de su descomposición. Lo que podía haber sido descuajado por los cartoneros, había sido descuajado; los gusanos habían hecho su trabajo en los órganos; ahora era una momia disecada, vacía, con los dientes esbozando una sonrisa rígida, los ojos vacíos, los dedos retorcidos. Ender recordó haber escarbado en el ojo del Gigante cuando éste estaba vivo y era malicioso e inteligente. Furioso y frustrado como estaba, Ender deseó cometer ese asesinato otra vez. Pero ahora el Gigante formaba parte del paisaje, y por lo tanto no podía descargar su cólera contra él.

Ender había atravesado siempre el puente que llevaba al castillo de la Reina de Corazones, donde le esperaban muchos juegos; pero ninguno le atraía ahora. Rodeó el cadáver del Gigante y siguió el arroyo aguas arriba, hasta donde surgía del bosque. Había un patio de recreo, con toboganes y barras de monos, columpios y tiovivos, y una docena de niños riendo mientras jugaban. Ender entró y descubrió que allí adentro se había convertido en un niño, cuando normalmente la figura que le representaba en el juego era la de un adulto. De hecho, era más pequeño que los otros niños.

Se puso en la cola del tobogán. Los otros niños le ignoraban. Subió hasta lo alto, vio al niño que le precedía trazar vertiginosamente la larga espiral que llevaba hasta el suelo. Luego se sentó y empezó a deslizarse.

No había comenzado a deslizarse cuando cayó atravesando el tobogán y aterrizó en el suelo, debajo de la escalerilla. El tobogán no le sustentaba.

Tampoco las barras. Podía escalar agarrándose a unas cuantas, pero de repente, al azar, una barra parecía ser inmaterial y Ender caía. Podía sentarse en el columpio hasta que llegaba arriba;

entonces caía. Cuando el tiovivo iba muy rápido, no podía agarrarse a ninguna barra, y la fuerza centrífuga lo lanzaba hacia afuera.

Y los otros niños: sus risas eran estridentes, ofensivas. Daban vueltas alrededor de él y le señalaban y se reían un buen rato antes de volver a sus juegos.

Ender quería pegarles, tirarlos al arroyo. Pero en vez de hacerlo, penetró en el bosque. Encontró un sendero, que se convirtió muy pronto en un camino empedrado, casi totalmente cubierto de maleza, pero todavía transitable. Había letreros de posibles juegos situados a ambos lados del camino, pero Ender no siguió ninguno. Quena ver adonde llevaba el camino.

Llevaba a un claro, con un pozo en el medio, y un letrero que decía: «Bebe, viajero.» Ender se adelantó y echó una mirada al interior del pozo. Casi instantáneamente, oyó un gruñido. Del bosque surgió una docena de lobos con caras humanas que chorreaban baba. Ender les reconoció, eran los niños del patio de recreo. Pero ahora sus dientes podían desgarrar; Ender, desarmado, fue devorado rápidamente.

Su siguiente figura salió, como siempre, en el mismo sitio, y fue comida otra vez, aunque Ender intentó bajarse por el pozo.

Sin embargo, en la siguiente aparición estaba en el patio de recreo. Ahora los niños se reían de él. «Reíd cuanto queráis —pensó Ender—. Sé lo que sois.» Dio un empujón a una niña, que echó a correr detrás de él, enfurecida. Ender la condujo hasta el tobogán. Naturalmente, cayó atravesándolo; pero esta vez, pisándole los talones, también ella cayó. Cuando chocó contra el suelo, se convirtió en una loba y quedó tendida, muerta o aturdida.

Uno por uno, Ender hizo caer a todos los demás en una trampa. Pero antes de que hubiera acabado con el último, los lobos empezaron a volver en sí, y ya no eran niños. Ender fue descuartizado otra vez.

Esta vez, agitado y sudoroso, Ender encontró su figura revivida en la mesa del Gigante. «Debería dejarlo —se dijo a sí mismo—. Debería ir a mi nueva escuadra.»

Pero hizo que su figura saltara de la mesa y rodeara el cuerpo del Gigante en dirección al patio de recreo.

Esta vez, en cuanto un niño se golpeaba contra el suelo y se convertía en lobo, Ender arrastraba el cuerpo al arroyo y lo tiraba dentro. Cada vez que lo hacía, el cuerpo chisporroteaba como si el agua fuera ácido; el lobo se consumía y del arroyo surgía una oscura nube de humo que se perdía en la lejanía. Despachó sin problemas a los niños, aunque al final empezaron a perseguirle de dos en dos o de tres en tres. Ender no se encontró a ningún lobo esperándole en el claro, y bajó al pozo por la cuerda del balde.

La luz de la caverna era mortecina, pero podía ver montones de joyas. Pasó delante de ellos, adviniendo que, detrás de él, entre las gemas, destellaban unos ojos. Una mesa llena de comida no despertó su interés. Atravesó un grupo de jaulas que colgaban del techo de la cueva, cada una con una criatura exótica de aspecto amistoso. «Jugaré con vosotros más tarde», pensó Ender. Al final llegó a una puerta con esta leyenda formada por esmeraldas refulgentes:

EL FIN DEL MUNDO

No vaciló. Abrió la puerta y dio un paso adelante. Se detuvo en una pequeña cerca, en lo alto de un acantilado que dominaba un terreno de bosque cerrado, verde y brillante, con pinceladas de color otoño y parcelas de tierra desbrozada aquí y allá, con arados tirados por bueyes y pequeñas aldeas, un castillo levantado en una elevación distante, y nubes que cabalgaban en corrientes de aire por debajo de él. Por encima, el cielo era el techo de una vasta caverna, con cristales colgantes que formaban estalactitas brillantes.

La puerta se cerró tras él; Ender estudió el escenario atentamente. Era tal su belleza que se preocupaba menos que de costumbre por su supervivencia. Le importaba muy poco, por el momento, en qué consistía el juego en ese lugar. Lo había encontrado y verlo era su recompensa. Así, sin detenerse a pensar en las consecuencias, saltó la cerca.

Caía vertiginosamente hacia un río de aguas tumultuosas y rocas peladas; pero una nube se interpuso entre él y el suelo en su caída, y lo recogió, y se lo llevó. Lo llevó a la torre del castillo, y atravesó la ventana abierta, depositándolo en el interior. Lo dejó allí, en una habitación con ninguna puerta visible en el suelo ni en el techo, y con ventanas que daban a un abismo indudablemente fatal.

Un momento antes se había arrojado despreocupadamente desde la cerca; ahora vacilaba.

La pequeña alfombra que había delante del juego se destejió convirtiéndose en una serpiente larga y delgada con dientes perversos.

—Soy tu única escapatoria —le dijo—. La muerte es tu única escapatoria.

Ender echó una mirada a la habitación en busca de un arma, cuando, súbitamente, la pantalla se oscureció. A lo largo del borde de la consola brillaban intermitentemente estas palabras:

PRESÉNTETE A SU COMANDANTE
INMEDIATAMENTE.
LLEGA TARDE.
VERDE VERDE MARRÓN

Irritado, Ender apartó violentamente la consola y se dirigió a la pared de colores, donde encontró la banda verde verde marrón, la tocó y la siguió a medida que se iluminaba delante de él. El verde oscuro, el verde claro y el marrón de la banda le recordaban el reino otoñal que había encontrado en el juego. «Tengo que volver allí —se dijo—. La serpiente es una cuerda larga; puedo descolgarme de la torre y encontrar la forma de volver a ese lugar. A lo mejor se llama el fin del mundo porque es el fin de los juegos, porque puedo ir a una de esas aldeas y convertirme en uno de los niños que trabajan y juegan allí, sin que haya nada que matar y sin que nada me mate, simplemente vivir ahí.»

Pero no conseguía hacerse una idea de lo que podría ser «simplemente vivir». No lo había hecho en toda su vida. Pero quería hacerlo ahora.

Las escuadras eran más grandes que los grupos de lanzamiento, y los dormitorios-cuarteles de las escuadras también eran más grandes. Éste era largo y estrecho, con literas a ambos lados; tan largo que se podía apreciar la curvatura del suelo en la elevación de la otra punta; una porción de la rueda de la Escuela de Batalla.

Ender se quedó en la puerta. Unos cuantos chicos que estaban cerca de la puerta le miraron, pero eran mayores, y parecía como si ni le hubieran visto. Siguieron con sus conversaciones, tumbados o sentados en las literas. Naturalmente, estaban comentando batallas; los chicos mayores siempre estaban comentando batallas. Eran mucho más altos que Ender. Los de diez y once años parecían torres; incluso el más joven tenía ya ocho años, y Ender no era muy alto para su edad.

Intentó ver cuál de ellos era el comandante, pero casi todos estaban vestidos de una forma intermedia entre el traje de batalla y lo que los soldados llamaban siempre su uniforme de noche: desnudos de la cabeza a los pies. Muchos habían sacado sus consolas, pero pocos estaban estudiando.

Ender entró en el dormitorio. Su presencia fue advertida inmediatamente.

—¿Qué quieres? —le preguntó el chico que ocupaba la litera superior más próxima a la puerta. Era el más alto. Ender se había fijado antes en él, un joven gigante con pelusilla que le crecía desigualmente por la barbilla—. Tú no eres un Salamandra.

—Parece ser que sí, creo —dijo Ender—. Verde verde marrón, ¿no? He sido trasladado.

Mostró su papel al chico, obviamente el centinela.

El centinela alargó la mano hacia el papel. Ender lo retiró, justo lo necesario para ponerlo fuera de su alcance.

—Parece ser que tengo que entregárselo a Bonzo Madrid.

Otro chico se sumó a la conversación, un chico más pequeño, pero de todas formas más alto que Ender.

—No Ben-zoe idiota. Bonzo. Es un nombre español. Bonzo Madrid. Aquí nosotros hablamos español, señor Gran Fedor.

—Tú debes ser Bonzo entonces —preguntó Ender, pronunciando el nombre correctamente.

—No, simplemente un políglota con talento. Petra Arkanian. La única chica de la escuadra Salamandra. Con más huevos que todos los de este dormitorio.

—Mamá Petra me ha hablado —dijo uno de los chicos—. Me ha hablado, me ha hablado. Otro chico replicó:

—Mea hablado, mea hablado, mea hablado. Unos cuantos se rieron.

—Que quede entre tú y yo —dijo Petra—. Si tuvieran que poner una lavativa a la Escuela de Batalla, se la pondrían a verde verde marrón.

Ender se desesperaba. No tenía nada que le avalase: sin ningún tipo de preparación, pequeño, sin experiencia, expuesto a los resentimientos de los demás por su temprano ascenso. Y por si no fuera suficiente, ahora, por casualidad, entablaba amistad precisamente con quien menos le convenía. Una marginada de la escuadra Salamandra, que los demás iban a asociar con él. ¡Qué día! Durante un momento, mientras recorría con la mirada sus caras sarcásticas, se imaginó sus cuerpos cubiertos de pelo, sus dientes puntiagudos preparados para desgarrar. «¿Soy yo el único ser humano de este lugar? ¿Son los demás animales, a la espera de devorar?»

Entonces se acordó de Alai. Seguramente, en todas las escuadras habrá por lo menos uno que merece la pena conocer.

De repente, aunque nadie dijo que se callaran, las risas pararon y el grupo quedó en silencio. Ender se dio la vuelta y miró a la puerta. Había allí un chico alto, oscuro y delgado, de bellos ojos negros y labios finos que insinuaban refinamiento. «Seguiría a esta beldad a cualquier parte —dijo algo dentro de Ender—. Vería lo que ven esos ojos.»

—¿Quién eres? —preguntó el chico sin levantar la voz.

—Ender Wiggin, señor —dijo Ender esgrimiendo las órdenes—. Trasladado de grupo de lanzamiento a la escuadra Salamandra.

El chico cogió el papel con un movimiento seguro y veloz, sin tocar la mano de Ender.

—¿Cuántos años tienes, Wiggin? —le preguntó.

—Casi siete.

Con el mismo tono de voz que antes, le dijo:

—He preguntado cuántos años tienes, no cuántos años casi tienes.

—Tengo seis años, nueve meses y doce días.

—Cuánto tiempo has estado haciendo prácticas en la sala de batalla.

—Unos pocos meses. Intento mejorar.

—¿Algún tipo de preparación en maniobras de batalla? ¿Has formado parte de un batallón alguna vez? ¿Has realizado alguna vez algún ejercicio conjunto?

Ender no había oído hablar de todas esas cosas. Negó con la cabeza.

Madrid le miró impávidamente.

—Ya veo. No tardarás en descubrir que los oficiales al mando de la escuela, y notablemente el mayor Anderson, que está a cargo de los juegos, son muy aficionados a los ardides. La escuadra Salamandra está empezando a salir de una oscuridad indecente. Hemos vencido en doce de los últimos veinte juegos. Hemos sorprendido a Rata, Escorpión y Sabueso, y estamos preparados para luchar por el liderazgo de la clasificación. Naturalmente, por eso se me da tal espécimen de subdesarrollo como tú, sin utilidad, sin experiencia y sin esperanza.

Petra dijo en voz baja:

—No está encantado de conocerte.

—Cállate, Arkanian —dijo Madrid—. A una prueba añadimos ahora otra. Pero cualquiera que sean los obstáculos que nuestros oficiales decidan sembrar en nuestro camino, seguimos siendo...

—¡Salamandra! —gritaron los soldados, como un solo hombre.

Instintivamente, la idea que Ender se había hecho de estos acontecimientos cambió. Era una ceremonia, un ritual. Madrid no tenía intención de herirle, sólo quería mantener bajo control un acontecimiento inesperado y utilizarlo para reforzar su control de la escuadra.

—Somos el fuego que les consumirá, vientre e intestinos, cabeza y corazón, muchas llamas pero un solo fuego.

—¡Salamandra! —volvieron a gritar.

—Ni siquiera éste nos debilitará. Por un momento, Ender abrió la puerta a la esperanza.

—Trabajaré duro y aprenderé rápidamente —dijo.

—No te he dado permiso para hablar —respondió Madrid—. Tengo la intención de intercambiarte en cuanto pueda. Probablemente, para librarme de ti tendré que desprenderme de algún elemento valioso, pero, siendo tan pequeño, eres peor que inútil. Un congelado más en cada batalla, eso es lo que eres, y en la situación en que estamos ahora, cada soldado congelado tiene consecuencias en la clasificación. Nada personal, Wiggin, pero estoy seguro que puedes formarte a expensas de algún otro.

—Es todo corazón —dijo Petra.

Madrid se acercó a la chica y le cruzó la cara con el revés de la mano. No sonó mucho, pues la había golpeado con las uñas de los dedos. Pero en la mejilla aparecieron unas señales rojas, cuatro, y otras tantas gotas de sangre marcaban los puntos donde habían dado las puntas de las uñas.

—Éstas son tus instrucciones, Wiggin. Y espero que ésta sea la última vez que tengo que hablar contigo. Te mantendrás aparte mientras nos entrenamos en la sala de batalla. Naturalmente, tienes que estar ahí, pero no pertenecerás a ningún batallón y no tomarás parte en ninguna maniobra. Cuando se nos llame a una batalla, te vestirás rápidamente y te presentarás en la puerta como todos los demás. Pero no atravesarás la puerta hasta que hayan pasado cuatro minutos desde el comienzo del juego, y entonces permanecerás en la puerta, sin desenfundar ni disparar tu arma, hasta que el juego termine.

Ender asintió con la cabeza. Así que iba a ser nadie. Anheló que el intercambio tuviera lugar pronto.

Se dio cuenta también de que Petra no había hecho nada parecido a gritar de dolor o llevarse la mano a la mejilla, aunque una de las gotas de sangre había comenzado a correr dibujando una veta que llegaba a la mandíbula. Podía ser una marginada, pero ya que Bonzo Madrid no iba a ser su amigo, entablaría amistad con Petra.

Se le asignó una litera al fondo del dormitorio. La litera superior, desde la que, estando tumbado, ni siquiera podía ver la puerta; la curva del techo la bloqueaba. Había otros chicos cerca de él, chicos con aspecto cansado y gesto taciturno, los menos valiosos. No tenían ninguna palabra de bienvenida que decir a Ender.

Ender intentó abrir su casillero palmándolo, pero no pasó nada. Entonces se dio cuenta de que los casilleros no tenían ningún seguro. Los cuatro tenían tiradores para abrirlos. Ahora, en una escuadra, nada era privado.

Había un uniforme en el casillero. No era el verde pálido de los reclutas, sino el uniforme verde oscuro con guarniciones naranja de la escuadra Salamandra. No le iba bien. Pero, claro, era probable que nunca se hubiesen visto en la necesidad de entregar un uniforme así a un chico tan joven.

Estaba empezando a sacarlo cuando advirtió que Petra caminaba por el pasillo en dirección a su cama. Se dejó caer de la litera y se puso en pie para saludarla.

—Tranquilo —dijo—. No soy un oficial.

—Eres jefe de batallón, ¿no?

Alguien que estaba cerca le interrumpió:

—¿Qué te ha hecho pensar eso, Wiggin?

—Ocupas una litera delante.

—Mi litera está delante porque soy el tirador más certero de la escuadra Salamandra, y porque Bonzo tiene miedo de que haga una revolución si los jefes de batallón no me vigilan. Como

si se pudiera hacer algo con chicos como éstos. —Señaló a los chicos de gesto taciturno de las literas cercanas.

¿Qué intentaba hacer? ¿Empeorar aún más la situación?

—Todos son mejores que yo —dijo Ender intentando disociarse del desprecio de Petra hacia los chicos que, al fin y al cabo, iban a ser sus compañeros de litera.

—Soy una chica —dijo—, y tú eres un meón de seis años. Tenemos mucho en común. ¿Por qué no somos amigos?

—No pienso hacer tus deberes —dijo. Por un momento, Petra creyó que era un chiste.

—Alto —dijo—. Cuando estás en el juego todo es militar. La escuela no es para nosotros como para los reclutas. Historia y estrategia, y tácticas e insectores y matemáticas y estrellas, las cosas que necesitarás saber cuando seas piloto o comandante. Ya lo verás.

—O sea, que eres mi amigo. ¿Qué gano con ello? —preguntó Ender imitando su forma de hablar, desmesuradamente jactanciosa, como si no le importara nada.

—Bonzo no te va a dejar hacer prácticas. Te va a obligar a llevarte la consola a la sala de batallas para que estudies. Bien mirado, no es tan malo; no quiere que un niño sin ninguna clase de entrenamiento eche a perder sus maniobras de precisión. —Se puso a hablar en giria, la jerga que imitaba el inglés pidgin de la gente no cultivada.

Bonzo, él exacto, él tan cuidadoso, él mea en plato y nunca salpica.

Ender esbozó una sonrisa.

—La sala de batalla está abierta continuamente. Si quieres, te llevaré allí en las horas libres y te enseñaré algo de lo que sé. No soy un gran soldado, pero sí bastante bueno, y estoy segura que mejor que tú.

—Si quieres... —dijo Ender.

—Empezaremos mañana por la mañana después del desayuno.

—¿Y si hay alguien utilizando la sala? Los de mi lanzamiento íbamos siempre nada más terminar de desayunar.

—No te preocupes. En realidad, hay nueve salas de batallas.

—No había oído hablar de las otras.

—Las nueve tienen la misma entrada. Todo el centro de la escuela, el cubo de la rueda, son salas de batalla. No giran con el resto de la estación. Esa es la razón de su gravedad cero, de su no gravedad: están quietas. Si no hay rotación, no hay abajo. Pero se las arreglan para que haya siempre una sala de batalla dando al corredor de entrada que usamos todos. Una vez que estás dentro, mueven el cubo y ponen otra sala de batalla en esa posición.

—Ah.

—Tal como dije. Nada más terminar de desayunar.

Se puso a andar.

—Petra —dijo Ender. Se dio la vuelta.

—Gracias.

Sin decir nada, se dio la vuelta otra vez y se fue por el pasillo.

Ender volvió a saltar a su litera y acabó de sacar el uniforme. Estaba desnudo en la cama, jugueteando con su nueva consola, intentando averiguar si habían hecho algo con sus códigos de acceso. Efectivamente, habían borrado su sistema de seguridad. Aquí no podía poseer nada, ni siquiera su consola.

Las luces se atenuaron un poco. Se acercaba la hora de dormir. Ender no sabía qué cuarto de baño tenía que utilizar.

—A la izquierda de la puerta —dijo el chico de la litera contigua—. Lo compartimos con Rata, Cóndor y Ardilla.

Ender le dio las gracias y comenzó a andar.

—Eh —dijo el chico—. No puedes ir así. En uniforme siempre que estés fuera de este dormitorio.

—¿Incluso para ir al lavabo?

—Especialmente. Y te está prohibido hablar con nadie de cualquier otra escuadra. En las comidas o en el lavabo. Puedes saltártelo algunas veces en la sala de batalla, y, naturalmente, cuando un profesor te lo diga. Pero si Bonzo te pilla, estás muerto. ¿Entendido?

—Gracias.

—Otra cosa. Bonzo se sale de sus casillas si estás desnudo delante de Petra.

—Estaba desnuda cuando llegué, ¿no?

—Ella hace lo que quiere, pero tú te vistes. Órdenes de Bonzo.

Era estúpido. Petra parecía todavía un chico, era una regla estúpida. La discriminaba, la hacía diferente, dividía a la escuadra. Estúpido. Estúpido. ¿Cómo llegó Bonzo a ser comandante si no sabía cosas así? Alai sería mejor comandante que Bonzo. Sabía aglutinar a un grupo.

«También yo sé aglutinar a un grupo —pensó Ender—. A lo mejor soy comandante algún día.»

En el lavabo, estaba lavándose las manos cuando alguien se dirigió a él.

—Eh. ¿Es que ahora meten bebés en los uniformes de Salamandra?

Ender no contestó. Se limitó a secarse las manos.

—Eh, mirad. ¡Salamandra está fichando bebés! Mirad esto. Podría pasar entre mis piernas sin rozarme los huevos.

—Porque no tienes, Dink, por eso —respondió alguien.

Cuando Ender salía, oyó a alguien decir:

—Es Wiggin. Ya sabes, el listillo de la sala de juegos.

Caminó por el corredor sonriendo. Podía ser pequeño, pero conocían su nombre. Por la sala de juegos, claro, lo que no quería decir nada. Pero ya verían. Iba a ser un gran soldado también. Todos conocerían su nombre, y pronto. Quizá no en la escuadra Salamandra, pero pronto.

Petra estaba esperando en el corredor que llevaba a la sala de batalla.

—Espera un poco —dijo a Ender—. Acaba de entrar la escuadra Conejo, y hay que esperar unos minutos hasta que cambie la sala de batalla.

Ender se sentó a su lado.

—El canje de sala de batalla implica algo más que simplemente cambiarla por la siguiente —dijo—. Por ejemplo, ¿por qué hay gravedad en el corredor justo antes de entrar a la sala?

Petra cerró los ojos.

—Y si las salas de batalla son realmente ingravidas, ¿qué pasa cuando una está conectada? ¿Por qué no se mueve siguiendo la rotación de la escuela?

Ender asintió con la cabeza.

—Esos son los misterios —dijo Petra con un susurro ronco—. No metas la nariz en esos asuntos. Al último soldado que lo intentó le pasaron cosas terribles. Lo encontraron colgando de los pies del techo del lavabo, con la cabeza hundida en el váter.

—Así que no soy el primero que hace esa pregunta.

—No olvides esto, pequeño —dijo pequeño con un tono que parecía amistoso, no despreciativo—. Nunca te dicen más de lo que tienen que decirte. Pero cualquier chico con cabeza sabe que la ciencia ha cambiado bastante desde los días de Mazer Rackham y la Flota Victoriosa. Está claro que ahora podemos controlar la gravedad. Conectarla y desconectarla, cambiar su dirección, a lo mejor incluso reflejarla. He estado pensando en la cantidad de cosas que se podrían hacer teniendo armas gravitacionales y energía gravitacional en las astronaves. Y piensa cómo se podrían mover las astronaves en las cercanías de los planetas. Podrían incluso desgajar pedazos enormes del planeta reflejando sobre el planeta su propia gravedad, pero en otra dirección, y concentrándola en un punto pequeño. Pero no nos dicen nada.

Ender entendió más de lo que Petra había dicho. La manipulación de la gravedad era una cosa; el engaño de los oficiales era otra; pero el mensaje más importante era éste: el enemigo son los adultos, no las otras escuadras. No nos dicen la verdad.

—Ven, pequeño —dijo Petra—. La sala de batalla está lista. La mano de Petra no tiembla. El enemigo está muerto. —Emitió una risilla—. Me llaman Petra el poeta.

—También dicen que estás más loca que un cencerro.

—Mejor que te lo creas, culo de bebé.

Llevaba en una bolsa diez pelotas que harían de blanco. Ender agarraba su traje con una mano y la pared con la otra, para retenerla cuando lanzaba las pelotas, con fuerza, en diferentes direcciones. En la gravedad nula, cada una rebotó en una dirección.

—Suéltame —le dijo Petra.

Zarpó girando sobre sí misma; haciendo diestros movimientos con las manos, se detuvo, y comenzó a disparar a las pelotas una detrás de otra. Cuando acertaba a una, su resplandor cambiaba de blanco a rojo. Ender sabía que el cambio de color duraba menos de dos minutos. Sólo una pelota había vuelto a ser blanca cuando acertó a la última.

Rebotó con precisión en una pared y volvió a gran velocidad hacia Ender. Ender la agarró y le ayudó a contrarrestar su rebote: era una de las primeras técnicas que le habían enseñado siendo recluta.

—Eres muy buena —dijo.

—Nadie mejor que yo. Y vas a aprender a hacerlo.

Petra le enseñó a extender el brazo totalmente, a apuntar con todo el brazo.

—La mayoría de los soldados no se dan cuenta de que cuanto más lejos está el blanco, más tiempo hay que mantener el rayo en un círculo de aproximadamente dos centímetros. Es simplemente la diferencia entre una décima de segundo y medio segundo, pero en batalla eso es mucho tiempo. Muchos soldados creen que han errado el tiro, cuando en realidad estaban dando justo en el blanco pero se retiraban antes de tiempo. No se puede utilizar la pistola como una espada, zas-zas y cortar por la mitad. Tienes que apuntar.

Se sirvió del llama-pelotas para atraer los blancos, y luego los lanzó otra vez lentamente, uno por uno. Ender les disparó. Falló casi todos los tiros.

—Muy bien —dijo Petra—. No tienes ningún hábito malo.

—Tampoco tengo ninguno bueno —subrayó Ender.

—En eso te doy la razón.

No consiguieron mucho esa primera mañana. Casi todo fue hablar. Cómo pensar mientras se está disparando. Tienes que retener en la cabeza al mismo tiempo tu movimiento y el movimiento del enemigo. Tienes que mantener el brazo derecho y apuntar con el cuerpo para que, si te congelan el brazo, puedas seguir disparando. Averigua en qué punto del recorrido del gatillo se dispara la pistola, para que no tengas que apretar el gatillo hasta el fondo cada vez que disparas. Relaja el cuerpo, no te tenses, hace que tiembles.

Esa fue la única práctica que Ender hizo ese día. En los ejercicios que hizo la escuadra por la tarde, a Ender se le ordenó que trajera su consola e hiciera sus deberes, sentado en un rincón de la sala. Bonzo tenía obligación de tener a todos sus soldados en la sala de batalla, pero no tenía obligación de utilizarlos.

De todas formas, Ender no hizo sus deberes. Si no podía hacer ejercicios como soldado, podía estudiar a Bonzo como comandante. La escuadra Salamandra estaba dividida en los cuatro batallones estándar de diez soldados cada uno. Algunos comandantes distribuían sus batallones de forma que el batallón A tenía los mejores soldados y el D los peores. Bonzo los había mezclado y todos tenían soldados buenos y soldados flojos.

Con la diferencia de que el B sólo tenía nueve chicos. Ender se preguntó quién habría sido transferido para dejarle su sitio. En seguida se puso de manifiesto que el jefe del batallón B era nuevo. No era extraño que Bonzo estuviera tan disgustado: había perdido un jefe de batallón para dar cabida a Ender.

Y Bonzo tenía razón en otra cosa: Ender no estaba preparado. Estuvieron toda la práctica haciendo maniobras. Batallones que no podían verse entre sí hacían operaciones precisas con una sincronización perfecta; los batallones hacían prácticas apoyándose los unos en los otros para hacer cambios súbitos de dirección sin romper la formación. Todos esos soldados daban por sabidas técnicas que Ender no conocía. La técnica de hacer un aterrizaje suave y absorber el impacto. Vuelos precisos. Corrección de la dirección utilizando a los soldados congelados que flotaban por

la sala. Balanceos, giros, regates. Deslizamientos por las paredes, una maniobra muy difícil y a la vez una de las más útiles, pues impide que el enemigo pueda ponerse detrás.

Aunque Ender aprendió muchas cosas que no sabía, también vio cosas que se podían mejorar. Las formaciones perfectamente ensayadas eran un error. Permitían a los soldados obedecer instantáneamente las órdenes, pero eso significaba también que eran previsibles. Además, los soldados disfrutaban de muy poca iniciativa individual. Una vez establecido un modelo, tenían que seguirlo hasta el final. No había lugar para hacer reajustes en función de lo que hiciera el enemigo contra la formación. Ender estudió las formaciones de Bonzo como lo haría un comandante enemigo, buscando las formas de romperlas.

Esa noche, durante las horas de juego libre, Ender pidió a Petra que hiciera prácticas con él.

—No —le dijo—. Quiero llegar a ser comandante algún día y tengo que jugar en la sala de juegos.

Estaba extendida la creencia de que los profesores rastreaban los juegos y escogían allí a los potenciales comandantes. Ender lo dudaba. Los jefes de batallón tenían más posibilidades de demostrar lo que podrían hacer siendo comandantes que ningún jugador de vídeos.

Pero no discutió con Petra. La práctica que siguió al desayuno fue más que generosa. De todas formas, tenía que practicar. Y no podía practicar solo, con excepción de unas pocas técnicas básicas. La mayoría de las técnicas más difíciles requerían compañeros o equipos. Si por lo menos siguiera teniendo a Alai o a Shen para hacer prácticas con ellos...

¿Y por qué no podía practicar con ellos? No había oído nunca que un soldado hiciera prácticas con los reclutas, pero no había ninguna norma en contra. Simplemente, no lo había hecho nadie; había demasiado desprecio hacia los reclutas. Y de todas formas, a Ender se le seguía tratando como a un recluta. Necesitaba a alguien con quien practicar, y a cambio podría ayudarle a aprender las cosas que veía hacer a los chicos mayores.

—¡Atención, vuelve el gran soldado! —dijo Bernard.

Ender se detuvo en la puerta de su anterior cuartel. Sólo había estado fuera un día, pero le parecía ya un sitio extraño, y los chicos de su lanzamiento eran también extraños. Estuvo a punto de dar la vuelta y marcharse. Pero estaba Alai, que había convertido su amistad en algo sagrado. Alai no era un extraño.

Ender no hizo ningún esfuerzo para ocultar el trato que recibía en la escuadra Salamandra.

—Y tienen razón —dijo—. Soy más inútil que un estornudo en un traje espacial.

Alai se echó a reír, y otros reclutas comenzaron a rodearle. Ender propuso el trato. Juego libre, todos los días, trabajo duro en la sala de batalla, bajo su dirección. Ellos aprenderían cosas de las escuadras, de las batallas que pudiera ver Ender; y él podría hacer las prácticas que necesitaba para desarrollar sus técnicas de soldado.

—Nos formaremos juntos. Muchos chicos querían ir.

—De acuerdo —dijo Ender—. Pero aquí se viene a trabajar. El que se dedique a hacer el tonto, será expulsado. No tengo tiempo que perder.

No perdieron el tiempo. Ender mostró considerables dosis de torpeza al intentar describir lo que había visto, al intentar descifrar la forma de hacerlo. Pero para cuando terminó el tiempo del juego libre, habían aprendido algo. Estaban cansados, pero estaban cogiendo el truco a algunas técnicas.

—¿Dónde estabas? —preguntó Bonzo. Ender se puso firme junto a la litera de su comandante.

—Haciendo prácticas en la sala de batalla.

—He oído que te llevaste contigo a unos cuantos de tu antiguo grupo de lanzamiento.

—No podía hacer prácticas solo.

—No voy a permitir que ningún soldado de la escuadra Salamandra ande por ahí con los reclutas. Ahora eres un soldado.

Ender le miró en silencio.

—¿Me has oído, Ender Wiggin?

—Sí, señor.

—No más prácticas con esos pedorros.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —preguntó Ender.

Era una petición que los comandantes estaban obligados a conceder. Bonzo dejó traslucir su irritación en la cara, y condujo a Ender al corredor.

—Escucha, Wiggin, no quiero que estés aquí, estoy intentando librarme de ti, pero no me des problemas o te estamparé contra la pared.

«Un buen comandante —pensó Ender— no tiene necesidad de lanzar amenazas estúpidas.»

Bonzo se enfureció ante el silencio de Ender.

—Oye, me has pedido que saliera, habla entonces.

—Señor, hizo bien en no ponerme en ningún batallón. No sé hacer nada.

—No necesito que me digas lo que hago bien.

—Pero voy a convertirme en un buen soldado. No echaré a perder sus ejercicios regulares, pero voy a hacer prácticas, y voy a hacer prácticas con la única gente que está dispuesta a hacer prácticas conmigo, y esa gente es mi lanzamiento.

—Tú harás lo que yo te diga, imbécil.

—De acuerdo, señor. Cumpliré todas las órdenes que esté autorizado a darme. Pero el juego libre es libre. Nadie puede obligarme a hacer nada. Nada. Nadie.

Podía ver cómo se acaloraba Bonzo. El acaloramiento era malo. Ender era frío, y sabía aprovecharlo. Bonzo se acaloraba, luego lo aprovecharía.

—Señor, tengo que pensar en mi carrera. No interferiré en sus entrenamientos ni en sus batallas, pero alguna vez tengo que aprender. No le pedí que me pusiera en su escuadra, está intentando intercambiarme en cuanto pueda. Pero nadie me querrá si no sé hacer nada, ¿no? Permítame aprender algo y así se podrá librar de mí antes y conseguir a cambio un soldado que pueda servirle.

Bonzo no era tan estúpido como para que la ira le impidiera reconocer lo que tenía sentido cuando lo oía. De todas formas, no podía borrar su ira inmediatamente.

—Mientras estés en la escuadra Salamandra, obedecerás.

—Si intenta controlar mi tiempo de juego libre, puedo hacer que le frían.

Era probable que no fuera cierto. Pero era posible. Indudablemente, si Ender armaba jaleo, era concebible que Bonzo corriera el riesgo de perder su condición de comandante por interferir con el juego libre. Además, estaba claro que los oficiales veían algo en Ender, por algo le habían ascendido. A lo mejor tenía suficientes influencias entre los profesores para freír a alguien.

—¡Cabrón! —dijo Bonzo.

—No es culpa mía que me haya dado esa orden delante de todos —dijo Ender—. Pero si quiere, haré como que usted ha ganado. Y mañana podrá decirme que ha cambiado de idea.

—No necesito que me digas lo que tengo que hacer.

Bonzo le odiaba, por su generosidad. Era como si Ender le estuviera obedeciendo como haciéndole un favor. Con descaro, y sin embargo no tenía alternativa. Ninguna alternativa. No se le ocurrió pensar que era por su culpa, por haber dado a Ender una orden que no era razonable. Lo Único que sabía era que Ender le había derrotado y que luego le había pasado la derrota por las narices mostrándose magnánimo.

—Algún día te pillaré —dijo Bonzo,

—Probablemente —dijo Ender.

Las luces se apagaron y la sirena sonó. Ender entró en el dormitorio con expresión de abatimiento. Derrotado. Irritado. Los demás chicos sacaron la conclusión obvia.

Y por la mañana, cuando Ender iba a desayunar, Bonzo le detuvo y le habló en voz alta:

—He cambiado de idea, renacuajo. A lo mejor aprendes algo haciendo prácticas con tus reclutas y puedo intercambiarte más fácilmente. Cualquier cosa con tal de librarme de ti cuanto antes.

—Gracias, señor—dijo Ender.

—De nada —susurró Bonzo—. Espero que salgas frito.

Ender sonrió agradecido y salió del dormitorio. Después del desayuno, practicó de nuevo con Petra. Se pasó la tarde observando los ejercicios de Bonzo e imaginando formas de destruir su escuadra. Durante el juego libre, él y Alai y los demás trabajaron hasta el agotamiento. «Puedo hacerlo —pensó Ender echado en la cama, con calambres en los músculos—. Puedo conseguirlo.»

La escuadra Salamandra tenía una batalla cuatro días después. Ender siguió a los soldados de verdad que corrían al trote por los corredores que llevaban a la sala de batalla. Había dos bandas en las paredes, la verde verde marrón de Salamandra y la negra blanca negra de Cóndor. Cuando llegaron al lugar donde había estado siempre la sala de batalla, hoy el corredor se dividía en dos, con la señalización verde verde marrón indicando hacia la izquierda y la negra blanca negra a la derecha. Otro giro a la derecha, y la escuadra se detuvo frente a una pared desnuda.

Los batallones formaron en silencio. Ender se quedó atrás. Bonzo estaba dando sus instrucciones.

—A se agarra a los asideros y sube. B a la izquierda, C a la derecha, D abajo.

Comprobó que los batallones estaban orientados siguiendo sus instrucciones, y luego añadió:

—Y tú, renacuajo, espera cuatro minutos y luego límitate a atravesar la puerta. Ni siquiera saques la pistola del traje.

Ender asintió con la cabeza. De repente, la pared que había detrás de él se hizo transparente. No era por lo tanto una pared, sino un campo de fuerza. La sala de batalla era diferente también. En el aire estaban suspendidas enormes cajas marrones, obstruyendo parcialmente la visión. Luego éstos eran los obstáculos que los soldados llamaban estrellas. Parecían estar distribuidas al azar. A Bonzo parecía no preocuparle dónde estaban. Aparentemente, los soldados ya sabían cómo desenvolverse con las estrellas.

Pero Ender, sentado observando la batalla desde el corredor, no tardó en darse cuenta de que no sabían desenvolverse con las estrellas. No sabían aterrizar con suavidad en una y utilizarla como cobertura, ni la táctica para asaltar la posición del enemigo en una estrella. No mostraron el más mínimo conocimiento de qué estrellas eran importantes. Se empeñaron en asaltar estrellas que podían haber pasado por alto deslizándose por las paredes hasta una posición más avanzada.

El otro comandante se aprovechaba del error estratégico de Bonzo. La escuadra Cóndor obligaba a los Salamandras a emprender costosos asaltos. Cada vez había menos Salamandras sin congelar para emprender el ataque a la siguiente estrella. Al cabo de cinco o seis minutos, estaba claro que la escuadra Salamandra no podría derrotar al enemigo atacándole.

Ender atravesó la puerta. Planeó ligeramente hacia abajo. Las salas de batalla en las que había hecho prácticas siempre tenían la puerta y el suelo al mismo nivel. En las batallas reales, sin embargo, la puerta estaba en el centro de la pared, a la misma distancia del suelo que del techo.

De golpe, se sintió reorientado, como había pasado en el transbordador. Lo que había estado abajo estaba ahora arriba, y ahora a un lado. En gravedad cero no había razón para seguir orientado de la misma forma que en el corredor. Mirando a las puertas perfectamente cuadradas, era imposible decir qué dirección era antes arriba. Y no importaba. Porque ahora Ender había dado con la orientación que tenía sentido. La puerta del enemigo estaba abajo. El objeto del juego era caer sobre la sede del enemigo.

Ender realizó los movimientos que le orientaran en su nueva dirección. En vez de estar totalmente desplegado, presentando todo su cuerpo al enemigo, Ender iba ahora con las piernas apuntando hacia el enemigo. Era un blanco mucho más pequeño.

Alguien lo vio. Al fin y al cabo, iba a la deriva en el espacio abierto. Instintivamente, levantó las piernas. En ese momento le irradiaron, y las perneras de su traje se congelaron en esa posición. Sus brazos seguían descongelados, pues sin un impacto directo en el cuerpo sólo se congelaban los miembros que habían sido acertados. Ender se dio cuenta de que si no hubiera presentado sus piernas al enemigo, le habrían dado en el cuerpo. Habría quedado inmobilizado.

Como Bonzo le había ordenado no sacar el arma, Ender siguió a la deriva, sin mover la cabeza ni los brazos, como si le hubieran congelado también. El enemigo le ignoraba y concentraba el fuego en los soldados que estaban disparando. Era una batalla amarga. Inferior en número ahora,

la escuadra Salamandra cedía terreno poco a poco. La batalla se desintegró en una docena de enfrentamientos individuales. La disciplina de Bonzo daba ahora sus frutos, pues cada Salamandra congelado se llevaba por delante por lo menos un enemigo. Nadie corrió o se dejó llevar por el pánico, todos permanecían en calma y apuntaban con cuidado.

Petra era especialmente mortífera. La escuadra Cóndor se dio cuenta y puso todo su empeño en congelarla. Congelaron primero el brazo con que disparaba, y su retahíla de maldiciones sólo fue interrumpida cuando la congelaron totalmente y su casco se cerró sobre su mandíbula. En unos minutos, todo había acabado. La escuadra no ofrecía más resistencia.

Ender advirtió con placer que Cóndor sólo podía reunir los cinco soldados mínimos necesarios para abrir la puerta a la victoria. Cuatro de ellos tocaron con sus cascos los puntos iluminados de las cuatro esquinas de la puerta de Salamandra, mientras el quinto atravesaba el campo de fuerza. Aquello ponía fin al juego. Las luces volvieron a brillar con la luminosidad máxima, y Anderson salió por la puerta de profesores.

«Podía haber sacado la pistola —pensó Ender— cuando el enemigo se acercaba a la puerta. Podía haber sacado la pistola y disparado a uno de ellos, y no habrían quedado suficientes. El juego podía haber acabado en empate. Sin cuatro nombres para tocar las cuatro esquinas y un quinto hombre para atravesar la puerta, Cóndor no habría conseguido la victoria. Bonzo, estúpido de mierda, te podía haber salvado de esta derrota. A lo mejor incluso la habría convertido en una victoria, pues estaban sentados ahí, blancos fáciles, y al principio no habrían sabido de dónde venían los tiros. No soy tan mal tirador como para no hacer eso.»

Pero las órdenes eran las órdenes, y Ender había prometido obedecer. Le produjo cierta satisfacción el hecho de que el recuento oficial de la escuadra Salamandra presentaba, no los esperados cuarenta y un eliminados o inutilizados, sino cuarenta eliminados y un dañado. Bonzo no lo entendía, hasta que consultó el libro de Anderson y descubrió quién era. «Dañado, Bonzo —pensó Ender—. Todavía podía disparar.» Esperaba que Bonzo se le acercara y le dijera: «La próxima vez, si pasa lo mismo, puedes disparar.» Pero Bonzo no le dijo absolutamente nada hasta la mañana siguiente, después del desayuno. Naturalmente, Bonzo comió con el grupo de comandantes, pero Ender estaba bien seguro que el extraño marcador causaría tanto revuelo allí como había causado en el comedor de los soldados. En todos los juegos que no terminaban en empate, todos los miembros del equipo perdedor quedaban eliminados (totalmente congelados) o inutilizados, lo que significaba que seguían teniendo algunas partes del cuerpo sin congelar pero no podían disparar o infligir ningún daño al enemigo. La escuadra Salamandra era la única escuadra vencida con un hombre en la clasificación Dañados pero Activos. Ender no adelantó ninguna explicación, pero los otros miembros de la escuadra Salamandra hicieron público por qué había ocurrido eso. Y cuando le preguntaron por qué no había desobedecido las órdenes y disparado, respondió con calma: «Yo obedezco las órdenes.»

Después del desayuno, Bonzo le miró.

—La orden sigue en pie —dijo—, y no lo olvides.

«Lo pagarás caro, idiota. Puedo no ser un buen soldado, pero sí puedo ayudar y, no hay ninguna razón para que no me lo permitas», se dijo Ender.

Ender no dijo nada.

Un interesante efecto secundario de la batalla fue que Ender subió a la cabeza de la lista de eficacia de los soldados. Como no había disparado ningún tiro, tenía un resultado perfecto en el tiro: ningún fallo. Y como no había sido eliminado ni inutilizado, su porcentaje en este aspecto era excelente. No había nadie cerca de él. Esto hizo que muchos chicos se rieran, y que otros se enfadaran, pero en la lista de eficacia, Ender era ahora el líder.

Siguió sentado fuera durante las sesiones prácticas de la escuadra, y siguió trabajando duro por su cuenta, con Petra por la mañana y con sus amigos por la noche. Ahora se les unían más reclutas, no por divertirse sino porque veían resultados: mejoraban día a día. De todas formas, Ender y Alai seguían siendo mejores. En parte, porque Alai continuaba probando cosas nuevas, lo que obligaba a Ender a pensar en nuevas tácticas para hacerles frente. En parte, porque seguían cometiendo errores estúpidos, que sugerían cosas que ningún soldado que se preciara de serlo

habría probado nunca. Muchas de las cosas que probaban resultaban ser inútiles. Pero siempre era divertido, siempre era excitante, y consiguieron suficientes cosas que sabían que servían para algo. Las últimas horas de la tarde eran las mejores del día.

Las dos batallas siguientes fueron fáciles victorias de Salamandra; Ender entró al cabo de cinco minutos y siguió sin ser tocado por el enemigo derrotado. Ender empezó a pensar que la escuadra Cóndor, que les había vencido, era especialmente buena; la escuadra Salamandra, por débil que fuera la capacidad estratégica de Bonzo, era uno de los mejores equipos, y subía ininterrumpidamente en la clasificación, disputando la cuarta plaza a la escuadra Rata.

Ender cumplió los siete años. No había gran afición a las fechas y los calendarios en la Escuela de Batalla, pero Ender había dado con la forma de hacer visible la fecha en su consola, y se acordó de su cumpleaños. La escuela también se acordó; le tomaron las medidas y le dieron un nuevo uniforme Salamandra y un nuevo traje refulgente para la sala de batalla. Volvió al cuartel con la ropa nueva puesta. Se sentía extraño y holgado, como si su piel ya no le ajustara bien.

Quiso detenerse en la litera de Petra y hablarle de su casa, de cómo solían celebrar su cumpleaños, o simplemente decirle que era su cumpleaños, para que le felicitara. Pero nadie comentaba los cumpleaños. Era infantil. Era lo que hacían los terrícolas. Tartas y costumbres tontas. Valentine le hizo la tarta el día de su sexto cumpleaños. Se cayó y fue terrible. Ya nadie sabía cocinar, era el tipo de cosas que sólo a Valentine se le podía ocurrir hacer. Todo el mundo hizo chanzas a cuenta de la tarta, pero Ender guardó un trozo en el armario. Luego le quitaron el monitor y se marchó, y, por lo que sabía, seguía estando allí, un trocito de polvo amarillo grasoso. Nadie hablaba de su casa, nunca entre soldados; antes de la Escuela de Batalla no había habido vida. Nadie recibía cartas, y nadie escribía. Todos hacían como que no les importaba.

«Pero a mí me importa —pensó Ender—. La única razón por la que estoy aquí es para que ningún insector le pegue a Valentine un tiro en el ojo, para que le vuelen la cabeza como a los soldados de los vídeos de las primeras batallas con los insectores. Para que no le atraviesen la cabeza con un rayo tan caliente que el cerebro reviente el cráneo y se derrame como un bizcocho cuando se hincha, como pasaba en mis peores pesadillas, en mis peores noches, cuando me despertaba temblando pero en silencio, debo guardar silencio u oírán que echo de menos a mi familia, que quiero irme a casa.»

Por la mañana se sintió mejor. Su casa era sólo un dolor sordo en la parte posterior de su memoria. Un cansancio en los ojos. Esa mañana Bonzo entró cuando se estaban vistiendo.

—¡Trajes refulgentes! —gritó.

Iba a haber una batalla. El cuarto juego de Ender.

El enemigo era la escuadra Leopardo. Sería fácil. Leopardo era nueva, y estaba siempre en el último cuarto de la clasificación. Había sido organizada sólo seis meses antes, con Pol Slattery como comandante. Ender se puso su nuevo traje de batalla y se alineó; Bonzo le sacó a empujones de la línea y le hizo desfilar el último: «No necesitabas hacer esto —dijo Ender en silencio—. Podías haberme dejado estar en la línea.»

Ender observó desde el corredor. Pol Slattery era joven, pero era listo, tenía algunas ideas nuevas. Mantuvo a sus soldados en movimiento, saltando de una estrella a otra, deslizándose por las paredes para ponerse por detrás o por encima de los imperturbables Salamandra. Ender sonrió. Bonzo estaba irremediablemente confundido, y también sus hombres. Leopardo parecía tener hombres en todos sitios. De todas formas, la batalla no fue tan desigual como parecía. Ender se dio cuenta de que Leopardo también estaba perdiendo muchos hombres; su temeraria táctica les exponía demasiado. Lo que importaba sin embargo era que Salamandra se sentía derrotada. Habían cedido totalmente la iniciativa. Aunque todavía estaban igualados con el enemigo, se apretaban unos contra otros como el último superviviente de una masacre, como si esperaran que el enemigo se olvidara de ellos en la carnicería que se avecinaba.

Ender se deslizó lentamente por la puerta, orientado de forma que la puerta del enemigo estuviera abajo, y planeó lentamente en dirección este hasta una esquina donde no fuera advertido. Incluso se disparó a las piernas para mantenerlas en la posición de rodillas, que le ofrecía la mejor

protección. Parecía, a cualquier mirada casual, como cualquier otro soldado congelado que estaba a la deriva fuera del campo de batalla.

Con la escuadra Salamandra esperando miserablemente su destrucción, la escuadra Leopardo no tenía más remedio que destruirla. Les quedaban nueve chicos cuando Salamandra dejó por fin de disparar. Formaron y comenzaron a abrir la puerta de Salamandra.

Ender apuntó cuidadosamente con el brazo extendido, como Petra le había enseñado. Antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando, congeló a tres de los soldados que estaban a punto de apretar sus cascos contra las esquinas iluminadas de la puerta. Entonces, los otros le apuntaron y dispararon, pero al principio sólo acertaron en sus piernas ya congeladas. Le dio tiempo de acertar a los otros dos de la puerta. A Leopardo le quedaban sólo cuatro hombres sin congelar cuando, al final, dieron a Ender en el brazo y le inutilizaron. El juego había acabado en empate, y todavía no le habían dado en el cuerpo. Pol Slattery estaba furioso, pero no había habido juego sucio. Todos los de la escuadra Leopardo dieron por supuesto que había sido una estrategia de Bonzo, dejar a un hombre hasta el último minuto. No se les ocurrió pensar que el pequeño Ender había disparado contraviniendo las órdenes. Pero la escuadra Salamandra lo sabía. Bonzo lo sabía, y Ender vio en la mirada de su comandante que le odiaba por salvarle de una derrota total. «No me importa—se dijo Ender—. Hará que sea más fácil lograr el intercambio, y, además, no bajarás demasiado en la clasificación. Intercámbiame. He aprendido todo lo que puedo aprender de ti. Perder con clase, eso es lo único que sabes hacer, Bonzo.»

«¿Qué he aprendido hasta ahora? —Ender enumeró varias cosas en voz baja mientras se desvestía al lado de la litera—. La puerta del enemigo está abajo. Usar las piernas como escudo. Dejar una pequeña reserva hasta el final del juego puede ser decisivo. Y algunas veces los soldados pueden tomar decisiones más inteligentes que las órdenes que han recibido.»

Desnudo, estaba a punto de saltar de la cama cuando Bonzo vino hacia él, con la cara rígida y tensa. «He visto a Peter así —pensó Ender—, en silencio y con la muerte en los ojos. Pero Bonzo no es Peter. Bonzo tiene más miedo.»

—Wiggin, por fin te he intercambiado. He conseguido persuadir a la escuadra Rata de que tu increíble posición en la lista de eficacia es algo más que un accidente. Te vas con ellos mañana.

—Gracias, señor —dijo Ender.

Quizá sonó demasiado agradecido. Súbitamente, Bonzo se inclinó hacia él y le dio una bofetada feroz en la mandíbula. Ender trastabilló hacia un lado y estuvo a punto de caer en la litera. Entonces, Bonzo le pegó un puñetazo en el estómago. Ender cayó de rodillas.

—Me has desobedecido —dijo Bonzo, en voz alta para que le oyeran todos—. Un buen soldado no desobedece nunca.

Incluso mientras gritaba de dolor, Ender no pudo evitar sentir el placer de la venganza en los murmullos que se levantaron por el cuartel. «Eres idiota, Bonzo. No estas imponiendo disciplina, la estás destruyendo. Saben que he convertido una derrota en un empate. Y ahora ven cómo me recompensas. Te has comportado de una forma estúpida a la vista de todos los demás. ¿Cuánto vale tu disciplina ahora?»

El día siguiente, Ender dijo a Petra que, por su propio bien, debían poner fin a las prácticas de tiro de la mañana. No convenía que Bonzo viera en ello algo que le pareciera un reto, y por eso era mejor que se mantuviera alejada de Ender durante un tiempo. Lo entendió perfectamente.

—Además —dijo—, estás muy cerca de llegar a tu cúspide como tirador.

Dejó la consola y el traje refulgente en el casillero. Elevaría su uniforme Salamandra hasta que pudiera ir a intendencia y cambiarlo por el marrón y negro de la escuadra Rata. No había traído ninguna pertenencia; no se llevaría ninguna. No había nada que llevarse: todo lo que tenía de valor estaba en el ordenador de la escuela o en su cabeza y en sus manos.

Utilizó una de las consolas públicas de la sala de juego para inscribirse en un curso de combate cuerpo a cuerpo en gravedad terrestre, durante la hora inmediatamente posterior al desayuno. No tenía la intención de vengarse de Bonzo por haberle golpeado. Pero sí tenía la intención de procurar que nadie pudiera hacerle lo mismo otra vez.

8

RATA

—Coronel Graff, los juegos han sido siempre limpios. Con las estrellas en distribución aleatoria o simétrica.

—La limpieza es un atributo maravilloso, mayor Anderson. Pero no tiene nada que ver con la guerra.

—El juego quedará en entredicho. Las clasificaciones comparativas no tendrán ningún significado.

—¿Qué le vamos a hacer!

—Nos llevará meses, años, desarrollar las nuevas salas de batalla y ejecutar las simulaciones.

—Por eso se lo pido ahora. Para que empiece. Sea creativo. Piense todas las posibles distribuciones de estrellas., desiguales, insólitas, amañadas. Piense todas las formas posibles de violar las reglas. Notificaciones a última hora. Fuerzas desiguales. Luego ejecute las simulaciones y vea cuáles son las más difíciles y cuáles las más fáciles. Queremos una progresión inteligente. Queremos que Ender haga toda la travesía.

—Cuándo piensa hacerle comandante. ¿Cuando tenga ocho años?

—Claro que no. Todavía no he reunido a su escuadra.

—¿También va a amañar su escuadra?

—Se está encariñando demasiado con el juego, Anderson. Olvida que sólo es un ejercicio de adiestramiento.

—Es también status, identidad, objetivo, nombre; lo que hace que esos chicos sean quienes son procede del juego. Cuando se sepa que se puede manipular, desequilibrar, trucar, se habrá echado a perder toda la escuela. No exagero.

—Ya lo sé.

—Espero que Ender Wiggin sea el indicado, porque usted, coronel Graff, habrá descalabrado nuestro método de adiestramiento por mucho tiempo.

—Si Ender no es el indicado, si su cima de brillantez militar no coincide con la llegada de nuestras flotas a los mundos de los insectores, en tal caso no importa lo que nuestro método de adiestramiento sea o deje de ser.

—Espero que me perdone, coronel Graff, pero creo que debo transmitir sus órdenes y mi opinión sobre las consecuencias al Estrategos y al Hegemon.

—¿Y por qué no a nuestro querido Polemarch?

—Todo el mundo sabe que le tiene en el bolsillo.

—Qué hostilidad, mayor Anderson. Creía que éramos amigos.

—Lo somos, Y creo que puede tener razón respecto a Ender. Simplemente no creo que usted sólo, sólo usted, deba decidir el destino del mundo.

—Creo que ni siquiera tengo derecho a decidir el destino de Ender Wiggin,

—¿No le importa entonces que lo notifique?

—Claro que me importa, estúpido entrometido. Esto es algo que sólo debe decidir la gente que sabe lo que se lleva entre manos, no esos políticos asustados que han obtenido el cargo simplemente porque da la casualidad de que son políticamente fuertes en el país de donde proceden,

—Pero entiende por qué lo hago,

—Porque eres un estúpido burocratilla sin ideas, que cree que necesita ponerse a cubierto por si las cosas salen mal. Si las cosas salen mal, todos seremos carne de insector. Confíe en mí esta vez, Anderson, y no haga que se me atragante toda la Hegemonía. Lo que estoy haciendo ya es suficientemente duro.

—Oh. ¿Es injusto? ¿Está todo en su contra? Puede poner todo en contra de Ender pero no puede aceptar que le hagan lo mismo, ¿no?

—Ender Wiggin es cien veces más listo y más fuerte que yo. Lo que le estoy haciendo sacará a relucir su genialidad. Si yo tuviera que pasar por todo eso, me baria pedazos. Mayor Anderson, sé que estoy hundiendo el juego, y sé que usted le aprecia más que cualquiera de los que lo juegan. Ódieme si quiere, pero no me detenga.

—Me reservo el derecho de comunicarme con Hegemon y Estrategos en cualquier momento. Pero por ahora, haga lo que quiera.

—Oh, gracias por su desmedida amabilidad.

—Ender Wiggin, el pequeño pedorro que encabeza la clasificación, ¡qué placer tenerte con nosotros! —El comandante de la escuadra Rata estaba tirado en una litera inferior, con su consola como única vestimenta—. Estando tú, ¿cómo puede perder una escuadra?

Algunos chicos que estaban cerca se echaron a reír. No podía haber dos escuadras más opuestas que Salamandra y Rata. Era un dormitorio destartado, desordenado y bullicioso. Tras su experiencia con Bonzo, Ender pensaba que un poco de indisciplina no le vendría mal. En cambio, se encontró con que se había acostumbrado a que reinara la paz y el orden, y este desorden le hacía sentirse incómodo.

—Nosotros bien, Ender. Servidor, Rose de Nose, un judío extraordinario, y tú nada, un renacuajo gilipollas. No lo olvides.

Desde que se formó la F.I., el Estrategos de las fuerzas armadas había sido siempre judío. Se había extendido el mito de que los generales judíos no perdían ninguna guerra. Y hasta ahora era verdad. Eso daba cierto prestigio a todos los chicos judíos de la Escuela de Batalla y hacía que todos ellos soñaran con ser Estrategos. También era causa de resentimientos. A la escuadra Rata se la llamaba por ahí la Fuerza Kike, mitad como alabanza mitad como parodia de la Fuerza de Choque de Mazer Rackham. A muchos les gustaba recordar que durante la Segunda Invasión, aunque un judío americano, el presidente, era Hegemon de la alianza, un judío israelí era Estrategos en jefe de la F.I. y un judío ruso era Polemarch de la flota, estaba también Mazer Rackham, un neozelandés medio-maorí casi desconocido, que había sido llevado por dos veces ante cortes marciales y cuya Fuerza de Choque hizo pedazos y finalmente destruyó a la flota insectora en la acción que tuvo lugar en torno a Saturno.

Si Mazer Rackham pudo salvar al mundo, qué importa ser judío o no, decía la gente.

Pero importaba, y Rose el Narizotas¹ lo sabía. Se burlaba de sí mismo para adelantarse a los comentarios burlones de los antisemitas (casi todos a los que derrotaba en una batalla se convertían, por lo menos durante cierto tiempo, en enemigos de los judíos), pero también se aseguraba de que todos supieran que lo era. Su escuadra ocupaba el segundo lugar de la clasificación, en pugna por el primero.

—Te he recogido, nene, porque no quiero que la gente se crea que les gano porque tengo grandes soldados. Quiero que sepan que les gano incluso con una mierdecita de soldado como tú. Aquí sólo tenemos tres reglas. Haz lo que yo te diga y no te mees en la cama.

Ender asintió con la cabeza. Sabía que Rose quería que le preguntara cuál era la tercera regla y así lo hizo.

—Eso eran tres reglas. Aquí no somos muy amantes de las matemáticas.

El mensaje era claro. Vencer es lo único importante.

—Tus sesiones prácticas con esos reclutillas medio tontos se han acabado, Wiggin. Acabado. Ahora estás en una escuadra de chicos grandes. Te voy a poner en el batallón de Dink Meeker. De ahora en adelante, Dink Meeker es Dios para ti.

—Entonces, ¿quién eres tú?

—El oficial que alquila los servicios de Dios. —Rose esbozó una sonrisa—. Y te está prohibido volver a usar la consola hasta que hayas congelado a dos soldados enemigos en la misma batalla. Esta orden es a título de defensa propia. He oído por ahí que eres un genio de la programación. No quiero que te pongas a joder con mi consola.

¹ Juego de palabras intraducible; el apellido «de Nose» se pronuncia igual que «the Nose», el Narizotas. (N. del T.)

Estalló una carcajada general. Ender comprendió por qué en seguida. Rose había programado su consola de forma que presentara y animara una imagen de unos genitales masculinos de tamaño mayor que el real, que coleaban hacia delante y hacia atrás cuando Rose apoyaba la consola en su regazo desnudo. «Este tenía que ser el tipo de comandante con el que me mandaría Bonzo —pensó Ender—. ¿Cómo es posible que gane batallas un chico que se pasa el tiempo así?»

Ender encontró a Dink Meeker en la sala de juegos, no jugando, sino sentado y observando.

—Un chico me ha dicho que eras tú —dijo Ender—. Soy Ender Wiggin.

—Ya lo sé —dijo Meeker.

—Soy de tu batallón.

—Ya lo sé —volvió a decir.

—No tengo mucha experiencia. Dink levantó la vista hacia él.

—Escucha, Wiggin, sé todo eso. ¿Por qué te crees que le pedí a Rose que te fichara?

Así que no se habían deshecho de él, alguien le había fichado, habían pedido su traspaso. Meeker le quería tener en su batallón.

—¿Por qué? —preguntó Ender.

—He estado observando tus sesiones prácticas con los reclutas. Creo que se puede sacar algo de ti. Bonzo es estúpido, y quiero que tengas una formación mejor que la que puede darte Petra. Lo único que sabe hacer es disparar.

—Necesitaba aprender a disparar.

—Sigues moviéndote como si tuvieras miedo de mearte en los pantalones.

—Pues enseñame.

—Pues aprende.

—No voy a dejar mis sesiones prácticas del tiempo libre.

—Ni yo quiero que las dejes.

—Rose el Narizotas sí.

—Rose el Narizotas no puede impedírtelo. Y tampoco puede impedir que uses tu consola.

—Creía que los comandantes podían hacer lo que quisieran.

—Pueden ordenar a la Luna que se vuelva azul, pero no por eso cambiará de color. Escucha, Ender, los comandantes tienen la autoridad que tú les permitas tener. Cuanto más obedeces, más poder tienen sobre ti.

—¿Qué les puede impedir hacerme daño? —Ender se acordaba del puñetazo de Bonzo.

—Creía que estabas yendo a clases de defensa personal por eso.

—Me tienes controlado, ¿no? Dink no respondió.

—No quiero que Rose el Narizotas me haga la vida imposible. Quiero tomar parte en las batallas ya, estoy cansado de esperar sentado hasta que se acaben.

—Tu puntuación bajará.

Esta vez fue Ender el que no respondió.

—Escucha, Ender, mientras formes parte de mi batallón, tomarás parte en las batallas.

Ender supo pronto por qué Dink entrenaba a su batallón aparte del resto de la escuadra Rata, con disciplina y vigor; nunca consultaba nada a Rose el Narizotas, y muy pocas veces hacía maniobras conjuntas con toda la escuadra. Era como si Rose mandara una escuadra y Dink mandara otra mucho más pequeña, y que las dos, como por casualidad, hicieran práctica en la sala de batalla a la misma hora.

Dink comenzó la primera práctica pidiendo a Ender que hiciera una demostración de su posición de ataque con los pies por delante. A los otros chicos no les gustó.

—¿Cómo vamos a atacar tumbados boca arriba? —preguntaron.

Para sorpresa de Ender, Dink no les corrigió, no les dijo: «No estáis atacando tumbados boca arriba, estáis cayendo hacia ellos.» Había visto lo que hacía Ender pero no había comprendido el cambio de orientación que implicaba. Ender no tardó en darse cuenta de que aunque Dink era muy bueno, su apego a la orientación de la gravedad del corredor, en vez de pensar que la puerta del enemigo estaba abajo, limitaba su claridad de ideas.

Hicieron prácticas de ataque a una estrella ocupada por el enemigo. Antes de probar el método de los pies por delante de Ender, siempre se habían dirigido hacia allí en posición vertical, ofreciendo todo su cuerpo a los disparos del enemigo. Por si fuera poco, cuando llegaban a la estrella atacaban al enemigo por un solo sitio. «Por arriba», gritaba Dink, y por arriba iban. En honor a Ender, Dink mandó repetir el ejercicio diciendo: «Otra vez, ahora boca abajo.» Pero la insistencia de los chicos en creer en una gravedad que no existía, hacía que se movieran con torpeza, como si el vértigo les maniatara.

Odiaban el ataque con los pies por delante. Dink insistió en que lo hicieran así. En consecuencia, odiaban a Ender.

—¿Nos va a enseñar a combatir un recluta?

—refunfuñó uno de ellos, asegurándose de que Ender le oía.

—Sí—respondió Dink.

Y siguieron trabajando.

Y aprendieron. Las escaramuzas prácticas les hicieron darse cuenta de lo difícil que era acertar a un enemigo que atacaba con los pies por delante. En cuanto se hubieron convencido de ello, practicaron la maniobra con mejor disposición.

Esa noche fue la primera vez que Ender fue a una sesión práctica tras toda una tarde de trabajo. Estaba cansado.

—Ahora que estás en una escuadra de verdad —dijo Alai—, no necesitas seguir haciendo prácticas con nosotros.

—Vosotros me podéis enseñar cosas que no sabe nadie —dijo Ender.

—Dink Meeker es el mejor. He oído decir que es tu jefe de batallón.

—Manos a la obra entonces. Os enseñaré lo que me ha enseñado hoy.

Hizo que Alai y dos docenas más ejecutaran los mismos ejercicios que le habían ocupado toda la tarde. Pero puso nuevos toques en las acciones, hizo que los chicos intentaran maniobrar con una pierna congelada, con las dos piernas congeladas, o que utilizaran a otros chicos congelados como punto de apoyo para cambiar de dirección.

A mitad de la práctica, Ender divisó a Petra y Dink juntos, en la puerta, observando. Después, cuando volvió a mirar, ya se habían ido.

«Así que me están observando, y se sabe lo que hacemos...», se dijo. No estaba seguro de que Dink fuera su amigo; creía que Petra lo era, pero allí nada era seguro. Podía molestarles que hiciera algo que se suponía que sólo podían hacer los comandantes y los jefes de batallón: adiestrar y entrenar soldados. Podría ofenderles que un soldado estuviera tan estrechamente unido a los reclutas. Le ponía nervioso que hubiera chicos mayores mirando.

—Creí que te había dicho que no jugaras con la consola. —Rose el Narizotas estaba de pie junto a la litera de Ender.

Ender no levantó la vista.

—Estoy terminando los deberes de trigonometría de mañana.

Rose golpeó con la rodilla la consola de Ender.

—Te dije que no la usaras.

Ender dejó la consola en la litera y se levantó.

—La trigonometría me hace más falta que tú.

Rose le llevaba a Ender más de cuarenta centímetros. Pero Ender no estaba demasiado preocupado. «No llegará a la violencia física, y si lo hace —pensó Ender— sabré arreglármelas.» Rose era flojo, y no conocía ningún tipo de lucha cuerpo a cuerpo.

—Ahora bajarás puestos en la clasificación, nene —dijo Rose.

—Eso espero. Sólo encabezaba la lista por la forma estúpida en que Salamandra me usaba.

—¿Estúpida? La estrategia de Bonzo le ha hecho ganar un par de juegos claves.

—La estrategia de Bonzo no ganaría a un muerto. Cada vez que yo disparaba, lo hacía violando órdenes.

Rose no lo sabía, y eso le molestó.

—Así que todo lo que dijo Bonzo sobre ti era mentira. No sólo eres pequeño e incompetente, sino que además eres un subordinado.

—Pero convertí una derrota en unas tablas, yo solo.

—Ya veremos qué haces tú solo la próxima vez.

Rose se fue.

Uno de los compañeros de batallón de Ender movió la cabeza despreciativamente.

—Eres más tonto que mandarte hacer de encargo.

Ender miró a Dink, que estaba jugueteando con su consola. Dink levantó la vista, advirtió la mirada de Ender, y le miró a su vez fijamente. Ni una palabra. Nada. «De acuerdo —pensó Ender—, puedo cuidarme solo.»

La batalla llegó dos días más tarde. Era la primera vez que Ender luchaba formando parte de un batallón; estaba nervioso. El batallón de Dink se alineó contra la pared derecha del corredor y Ender tuvo mucho cuidado de no apoyarse, de no inclinarse hacia los lados. «Mantente en equilibrio...»

—¡Wiggin! —gritó Rose el Narizotas.

Ender sintió que el terror le recorría desde la cabeza a los pies, como un hormiguelo que le hizo estremecerse. Rose lo vio.

—¿Tiemblas? ¿Tiritas? No te cagues en los pantalones, reclutilla. —Rose enganchó un dedo en la culata de la pistola de Ender y tiró de él hacia el campo de fuerza que ocultaba la visión de la sala de batalla—. Ahora veremos lo bueno que eres, Ender. En cuanto se abra la puerta, saltas y vas derecho hacia la puerta del enemigo.

Suicidio. Autodestrucción sin sentido, sin objeto. Pero ahora tenía que seguir las órdenes, esto era una batalla, no la escuela. Durante un momento Ender se dejó llevar por la ira, pero se calmó pronto.

—Excelente, señor —dijo—. Sólo tengo que disparar la pistola contra su principal contingente de tropas.

Rose se rió.

—No tendrás tiempo de disparar nada, renacuajo.

La pared se esfumó. Ender dio un salto hacia arriba, se agarró a los asideros del techo y se arrojó al interior, hacia abajo, dirigiéndose a toda velocidad hacia la puerta del enemigo.

Era la escuadra Ciempiés, y casi no habían empezado a aparecer por su puerta cuando Ender estaba ya en el centro de la sala de batalla. Muchos pudieron ponerse a cubierto rápidamente detrás de estrellas, pero Ender tenía las piernas dobladas y, sujetando la pistola en la ingle, disparaba entre las piernas y congelaba a muchos a medida que salían.

Irradiaron sus piernas, pero dispuso de tres preciosos segundos antes de que le dieran en el cuerpo y le pusiera fuera de combate. Congeló a unos cuantos más y luego extendió los brazos en la misma dirección pero en sentidos opuestos. La mano que sujetaba la pistola acabó apuntando hacia el núcleo central de la escuadra Ciempiés. Disparó a la masa de enemigos, y entonces le congelaron.

Un segundo más tarde chocó contra el campo de fuerza de la puerta del enemigo y rebotó con una rotación inusitada. Aterrizó contra un grupo de soldados enemigos que estaban detrás de una estrella. Le empujaron hacia afuera y giró a mayor velocidad todavía. Rebotó de un lado a otro del campo de batalla, fuera de control, aunque la fricción del aire le hacía perder velocidad poco a poco. No había forma de saber cuántos soldados había congelado antes de que le helaran, pero sí pudo darse cuenta de que la escuadra Rata ganaba otra vez, como siempre.

Después de la batalla, Rose no le dirigió la palabra. Ender seguía siendo el primero de la clasificación, pues había congelado a tres, inutilizado a dos y dañado a siete. No se habló más de subordinación ni de que Ender pudiera usar o no su consola. Rose permaneció en su parte del cuartel y le dejó en paz.

Dink Meeker comenzó a practicar la salida instantánea del corredor: el ataque de Ender contra el enemigo cuando aún estaba saliendo por la puerta había sido devastador. «Si un solo hombre puede hacer tanto daño, imaginaos lo que puede hacer un batallón entero.» Dink consiguió

que el mayor Anderson dejara abierta una puerta del centro de la pared incluso durante las sesiones prácticas, en vez de la puerta situada a nivel del suelo, y pudieron hacer prácticas de lanzamiento en las condiciones de batalla. Se corrió la voz. De ahora en adelante nadie podría demorarse en el corredor cinco, diez o quince segundos para hacer los últimos preparativos. El juego había cambiado.

Más batallas. Esta vez Ender desempeñó el papel de un soldado normal de un batallón. Cometió errores. Se perdieron escaramuzas. Descendió del primer lugar de la clasificación al segundo, y después al cuarto. Después cometió menos errores y empezó a sentirse a gusto en el entramado del batallón, y volvió a ocupar el tercer lugar, después el segundo, después el primero.

Una tarde se quedó en la sala de batalla después de la práctica. Había advertido que Dink Meeker solía llegar tarde a cenar, y supuso que se quedaba haciendo prácticas adicionales. Ender no tenía mucha hambre y quería ver lo que hacía Dink cuando nadie lo veía.

Pero Dink no hacía ningún ejercicio. Se quedó junto a la puerta, mirando a Ender.

Ender se quedó en el interior de la sala, mirando a Dink.

Ninguno de los dos habló. Estaba claro que Dink esperaba a que Ender se marchara. Y estaba igual de claro que Ender estaba diciendo no.

Dink dio la espalda a Ender, se quitó metódicamente su traje refulgente y, con suavidad, tomó impulso en el suelo y despegó. Planeó a la deriva lentamente hacia el centro de la sala, muy lentamente, con el cuerpo casi totalmente relajado, como si sus brazos y sus manos estuvieran ceñidas por corrientes de aire casi imperceptibles.

Tras la velocidad y tensión de la práctica, tras tanto agotamiento, tanta alerta, era relajante verle planear. Tardó unos diez minutos en llegar a otra pared. Entonces tomó impulso casi con brusquedad, volvió a su traje refulgente y se lo puso.

—Vamos —dijo a Ender.

Fueron al cuartel. El dormitorio estaba vacío, pues todos los chicos estaban cenando. Cada uno se fue a su litera y se puso su uniforme normal. Ender se dirigió a la litera de Dink y esperó hasta que estuviera listo para salir.

—¿Por qué esperabas? —preguntó Dink.

—No tenía hambre.

—Ahora ya sabes por qué no soy comandante.

Ender se lo había preguntado.

—En realidad, me ascendieron dos veces, y me negué.

—¿Te negaste?

—Se llevaron mi casillero, mi litera y mi consola, me asignaron una cabina de comandante y me dieron una escuadra. Pero me quedé en la cabina hasta que se dieron por vencidos y me volvieron a poner en la escuadra de otro.

—¿Por qué?

—Porque no les voy a permitir que me lo hagan. No me puedo creer que te hayas dejado cegar por toda esta porquería, Ender. De todas formas, eres demasiado joven. El enemigo no son las otras escuadras. El enemigo son los profesores. Nos obligan a pelearnos unos con otros, a odiarnos unos a otros. El juego lo es todo. Vencer, vencer, vencer. No lleva a nada. Nos estamos matando, nos estamos volviendo locos intentando vencernos unos a otros, y, mientras tanto, esos desgraciados nos observan, nos estudian, descubren nuestros puntos débiles, deciden si somos suficientemente buenos o no. Buenos, ¿para qué? Tenía seis años cuando me trajeron aquí. ¿Qué podía saber a esa edad? Ellos decidieron que yo era bueno para el programa, pero nadie me preguntó si el programa era bueno para mí.

—¿Por qué no te vas a casa entonces? Dink sonrió tortuosamente.

—Porque no puedo dejar el juego. —Dio un manotazo a su traje refulgente, tirado en la litera—. Porque amo esto.

—¿Por qué no ser comandante entonces? Dink negó con la cabeza.

—Nunca. Mira lo que le está haciendo a Rose. Ese chico está loco. Rose de Nose duerme con nosotros en vez de dormir en su cabina. ¿Por qué? Porque le asusta estar solo, Ender. Le asusta la oscuridad.

—¿A Rose?

—Pero le hicieron comandante y tiene que actuar como tal. No sabe lo que hace. Gana, pero eso es lo que más le asusta, porque no sabe por qué gana, excepto que yo tengo algo que ver con ello. Alguien podría averiguar en cualquier momento que Rose no es el mágico general israelí que siempre vence. No sabe por qué se gana o se pierde. Nadie lo sabe.

—Eso no quiere decir que esté loco.

—Ya veo, sólo has estado aquí un año y te crees que esta gente es normal. Pues no lo es. No lo somos. He mirado en la biblioteca, he consultado libros en mi consola. Libros antiguos, porque no nos dejan ver nada reciente, pero me he hecho una idea de lo que es un niño, y nosotros no somos niños. Los niños pierden de vez en cuando, y a nadie le preocupa. Los niños no están en escuadras, no son comandantes, no mandan a más de cuarenta chicos, eso es más de lo que un niño puede soportar sin volverse loco.

Ender intentó recordar cómo eran los otros niños, los de su clase de la escuela, allá en la ciudad. Pero sólo se acordaba de Stilson.

—Tengo un hermano. Un chico normal. Lo único que le importa son las chicas. Y volar. Quería volar. Solía jugar a la pelota con los chicos. Un juego de velocidad, lanzar pelotas a una canasta, driblar a los otros chicos por los corredores hasta que los encargados de mantener el orden te confiscaban la pelota. Nos lo pasábamos muy bien. Me estaba enseñando a driblar cuando me trajeron aquí.

Ender se acordó de su propio hermano, y sus recuerdos no eran agradables.

Dink confundió la expresión de la cara de Ender.

—Eh, ya sé que no se debe hablar de casa. Pero venimos de algún sitio. La Escuela de Batalla no nos ha creado, ya lo sabes. La Escuela de Batalla no crea nada. Sólo destruye. Y todos nos acordamos de cosas de nuestra casa. Tal vez no sean cosas agradables, pero nos acordamos y entonces mentimos y fingimos que... Escucha, Ender, ¿por qué nadie habla de casa, nunca? ¿No te dice eso que es importante? Que nadie admita nunca que... ¡Dios mío!

—Tienes razón —dijo Ender—. Precisamente estaba pensando en Valentine. Mi hermana.

—No quería ponerte triste.

—Estoy bien. No pienso mucho en ella, porque siempre me pongo... así.

—¿Por qué no lloramos nunca? ¡Dios!, no había pensado en eso. Aquí no llora nadie. Intentamos ser adultos. Igual que nuestros padres. Juraría que tu padre era corno tú. Juraría que era tranquilo y lo aguantaba todo, y luego explotaba.

—No soy como mi padre.

—Entonces, puede que esté equivocado. Pero fíjate en Bonzo, tu anterior comandante. Es un caso grave de honor español. No puede permitirse ninguna debilidad. Ser mejor que él es un insulto. Ser más fuerte que él es como cortarle los huevos. Por eso te odia, porque no sufriste cuando te castigó. Te odia por eso, y quiere matarte. Está loco. Todos están locos.

—¿Y tú no?

—Loco también, amiguito, pero cuando estoy demasiado loco, floto en el espacio, solo, y la locura sale a flote y se va, se pega a las paredes y no sale hasta que hay una batalla y los niños pequeños chocáis contra las paredes y salpicáis la locura.

Ender se rió.

—Y tú también estás loco —dijo Dink—. Venga, vamos a comer.

—Tal vez puedas ser comandante y no volverte loco. Sí sabes lo que es la locura, tal vez no caigas en ella.

—No voy a permitir que esos desgraciados me dirijan, Ender. También a ti te tienen en sus manos, y no tienen intención de tratarte con mucha amabilidad. Mira lo que te han hecho hasta ahora.

—Lo único que han hecho es ascenderme.

—Y con eso y un bizcocho, a ser feliz, ¿no? Ender se rió y negó con la cabeza.

—A lo mejor tienes razón.

—Crean que te tienen a su merced. No se lo permitas.

—Pero vine por eso —dijo Ender—. Para que me convirtieran en un instrumento. Para salvar al mundo.

—No me puedo creer que sigas creyendo todo eso.

—¿Creerme qué?

—La amenaza de los insectores. Salvar el mundo. Escucha, Ender, si los insectores tuvieran intención de venir a por nosotros, ya estarían aquí. No nos van a invadir otra vez. Les vencimos y se han ido para siempre.

—Pero los vídeos...

—Todos son de la Primera y Segunda Invasión. Tus abuelos no habían nacido cuando Mazer Rackham les borró del mapa. Observa. Todo es falso. No hay ninguna guerra. Nos están tomando el pelo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque mientras la gente tenga miedo a los insectores, la F.I. seguirá en el poder, y mientras la F.I. siga en el poder, ciertos países podrán mantener su hegemonía. Pero sigue mirando los vídeos, Ender. La gente descubrirá el juego muy pronto y habrá una guerra civil que acabe con todas las guerras. Esa es la amenaza, Ender, no los insectores. Y en esa guerra, cuando llegue, tú y yo no seremos amigos. Porque tú eres norteamericano, como nuestros queridos profesores, y yo no.

Fueron al comedor y comieron mientras hablaban de otras cosas. Pero Ender no podía dejar de pensar en lo que había dicho Dink. La Escuela de Batalla era tan absorbente, el juego era tan importante en las mentes de los niños que Ender había olvidado que había un mundo exterior. Honor español. Guerra civil. Política. La Escuela de Batalla era sólo un puntito, ¿no?

Pero Ender no llegó a las mismas conclusiones que Dink. Los insectores eran reales. La amenaza era real. F.I. controlaba muchas cosas, pero no controlaba los vídeos ni las redes. No donde Ender se había criado. En casa de Dink, en los Países Bajos, tras tres generaciones bajo la hegemonía rusa, quizás estuviera controlado todo, pero Ender sabía que las mentiras no duraban mucho en Norteamérica. Eso creía.

Lo creía, pero la semilla de la duda estaba ahí, y permaneció, y de vez en cuando echaba una pequeña raíz. Esa semilla que crecía lo cambió todo. Hizo que Ender prestara más atención a lo que la gente quería decir, no a lo que decía. Le hizo más sabio.

No había muchos chicos en la práctica nocturna, ni siquiera la mitad.

—¿Dónde está Bernard? —preguntó Ender. Alai esbozó una sonrisa. Shen cerró los ojos y puso cara de meditación trascendental.

—¿No te has enterado? —dijo otro chico, un recluta de un grupo de lanzamiento más reciente—. Se ha corrido la voz de que los reclutas que vengan a tus sesiones prácticas nunca llegarán a ser nada en ninguna escuadra. Se ha corrido la voz de que los comandantes no quieren soldados que hayan sido estropeados por tu entrenamiento. Ender negó con la cabeza.

—Pero tal como yo lo veo —dijo el recluta—, si hago todo lo que pueda para ser un buen soldado, a los comandantes les importará un bledo, me ficharán, ¿a que sí?

—Sí—dijo Ender con determinación.

Siguieron haciendo prácticas. Aproximadamente media hora después, cuando estaban probando colisiones con soldados congelados, entraron varios comandantes de diferentes uniformes. Anotaron ostensiblemente sus nombres.

—Eh —gritó Alai—. Asegúrate que escribes bien mi nombre.

La noche siguiente había todavía menos chicos. Y Ender empezó a oír historias: reclutas abofeteados en los lavabos, o que habían sufrido accidentes en el comedor y en la sala de juegos, o con sus ficheros violados por chicos mayores que habían roto el primitivo sistema de seguridad que guardaba las consolas de los reclutas.

—Esta noche no hay práctica —dijo Ender.

—¿Cómo que no? —dijo Alai.

—Dejémoslo por unos días. No quiero que ningún chico salga herido.

—Si lo dejas, aunque sólo sea una noche, se creerán que este tipo de cosas da resultado. Como si no le hubieras parado los pies a Bernard cuando se estaba portando como un guarro.

—Además —dijo Shen—, no tenemos miedo y nos importa un rábano; tenemos que seguir adelante, nos lo debes. Necesitamos las prácticas, y tú también.

Ender recordó lo que había dicho Dink. El juego era trivial comparado con el mundo... ¿Por qué entregar todas las noches de tu vida a ese juego tan estúpido?

—De todas formas, no avanzamos mucho —dijo Ender. Hizo ademán de irse. Alai le detuvo.

—¿Te han asustado también? ¿Te han abofeteado en el cuarto de baño? ¿Te han metido la cabeza en el váter? ¿Te han puesto una pistola en el pecho?

—No —dijo Ender.

—¿Eres mi amigo? —preguntó Alai, más calmado.

—Sí.

—Entonces soy tu amigo, Ender, y estoy aquí y hago prácticas contigo.

Los chicos mayores volvieron, pero muy pocos eran comandantes. La mayoría eran miembros de un par de escuadras. Ender reconoció los uniformes Salamandra. También a un par de Ratas. Esta vez no tomaron nombres. Se limitaron a burlarse y a gritar y ridiculizar a los reclutas cuando intentaban dominar técnicas difíciles con músculos no fortalecidos. Eso comenzó a afectar a unos cuantos chicos.

—Escuchadles —dijo Ender a los chicos—. Aprended de memoria lo que dicen. Si alguna vez queréis que vuestros enemigos pierdan los estribos, gritadles cosas así. Les hace hacer tonterías, les hace perder el control. Pero nosotros no perdemos el control.

Shen cogió la idea al dedillo, y tras cada mofa de los chicos mayores, hacía que un grupo de reclutas recitara lo que habían dicho, en voz alta, cinco o seis veces. Cuando comenzaron a cantar las pullas como si fueran estribillos, unos cuantos chicos mayores se despegaron de la pared y se dirigieron hacia ellos en busca de pelea.

Los trajes refulgentes estaban diseñados para guerras de rayos inofensivos; ofrecían muy poca protección y obstaculizaban considerablemente el movimiento si se llegaba al cuerpo a cuerpo en gravedad nula. De todas formas, la mitad de los chicos estaban irradiados y no podían pelear; pero la rigidez de sus trajes les hacía potencialmente útiles. Ender ordenó rápidamente a sus reclutas que se reunieran en la otra esquina de la sala. Los chicos mayores se rieron de ellos con incluso más saña, y, viendo al grupo de Ender en retirada, algunos que se habían quedado en la pared vinieron a unirse al ataque.

Ender y Alai decidieron arrojar un recluta congelado a la cara de un enemigo. El recluta congelado golpeó al otro en el casco, y los dos rebotaron como bolas de billar. El chico mayor se llevó las manos al pecho, donde le había dado el casco, y emitió un grito de dolor.

El tiempo de las burlas había pasado. Los demás chicos mayores se lanzaron a la batalla. Ender no tenía muchas esperanzas de que sus chicos salieran sanos y salvos. Pero el enemigo venía a la buena de Dios, descoordinadamente; no habían actuado nunca juntos, mientras que los de la pequeña escuadra de prácticas de Ender, aunque ahora eran sólo una docena, se conocían bien y sabían actuar juntos.

—¡Adelante nova! —gritó Ender.

Los demás chicos se rieron. Se unieron en tres grupos, con los pies juntos, los cuerpos en cuclillas y las manos unidas formando pequeñas estrellas contra la pared negra.

—Les eludiremos y nos dirigiremos todos a la puerta. ¡Ahora!

A esta señal, las tres estrellas estallaron, y cada chico salió lanzado en una dirección diferente pero con un ángulo que le permitiera rebotar en una pared y poner rumbo a la puerta. Como todos los enemigos estaban en el centro de la sala, donde era mucho más difícil cambiar de curso, fue una maniobra fácil de llevar a cabo.

Ender se había colocado de forma que cuando saliera lanzado se encontrara con el soldado congelado que acababa de usar como misil. El chico ya no estaba congelado y dejó que Ender le agarrara, le volteara y le enviara hacia la puerta. Desafortunadamente, el resultado inevitable de esta acción fue que Ender quedó apuntando en la dirección opuesta, y a una velocidad reducida. Separado de sus soldados, planeaba muy lentamente, y hacia el extremo de la sala de batalla donde estaban reunidos los chicos mayores. Se giró lo suficiente para ver que todos sus soldados estaban reunidos y a salvo en la pared opuesta.

Mientras tanto, el enemigo, desorganizado y furioso, acababa de divisarle. Ender calculó el tiempo que tardaría en llegar a la pared, desde la que podría lanzarse otra vez. No llegaría a tiempo. Varios enemigos habían rebotado ya y se dirigían hacia él. Ender se sobresaltó al ver la cara de Stilson entre ellos. Luego se encogió de hombros y pensó que se había equivocado. De todas formas, la situación era la misma, pero esta vez no se iban a quedar quietos mientras uno de ellos arreglaba cuentas con Ender. Por lo que había podido ver, no tenían ningún líder, y todos esos chicos eran mucho más grandes que él.

De todas formas, en las clases de defensa personal había aprendido algunas cosas sobre los movimientos corporales y las leyes físicas de los objetos en movimiento. En las batallas casi nunca se llegaba al combate cuerpo a cuerpo; no se chocaba nunca contra un enemigo que no estuviera congelado. Por lo tanto, en los pocos segundos de que disponía, Ender intentó colocarse en la mejor posición para recibir a sus invitados.

Afortunadamente, eran tan inexpertos como él en la lucha en gravedad nula, y los pocos que intentaron golpearle con los puños se encontraron con que lanzar un puñetazo era bastante ineficaz cuando el cuerpo se desplaza hacia atrás con la misma velocidad con que el puño se mueve hacia adelante. Pero había en el grupo unos cuantos con cara de querer romper huesos, y Ender lo vio en seguida. Pero no tenía ninguna intención de quedarse ahí.

Aferró el brazo de uno de los boxeadores y lo arrojó con todas sus fuerzas. Esta acción lanzó a Ender lejos del resto del primer contingente, aunque no por eso estaba más cerca de la puerta.

—¡Quedaos ahí—gritó a sus amigos, que estaban formando para salir en su rescate—. ¡Quedaos ahí quietos!

Uno de los otros agarró a Ender por el pie. El fuerte apretón proporcionó a Ender un punto de apoyo que le permitió patear con fuerza el hombro y el oído del otro chico, haciendo que gritara y le soltara. Si el chico le hubiera soltado en el preciso momento en que Ender le daba la patada, le habría hecho mucho menos daño y habría permitido a Ender utilizar esa maniobra como lanzamiento. Pero el chico se había colgado demasiado bien; tenía la oreja desgarrada, esparciendo sangre por el aire, y Ender planeaba con incluso menos velocidad.

«Lo estoy haciendo otra vez —pensó Ender—. Estoy lastimando a la gente otra vez, y sólo para salvarme. ¿Por qué no me dejarán en paz y así no tendré que lastimarles?»

Tres chicos más convergían ahora hacia él, y esta vez actuaban al unísono. De todas formas, para lastimarlo tenían que agarrarlo. Rápidamente, Ender se colocó de forma que dos de ellos pudieran cogerle por los pies, dejando sus manos libres para ocuparse del tercero.

Efectivamente, se tragarón el anzuelo. Ender se aferró a los hombros de la camisa del tercer chico y tiró de él hacia arriba con fuerza para darle un cabezazo en la cara con el casco. Gritos y chorros de sangre otra vez. Los dos chicos que le tenían agarrado por las piernas se las retorcían. Ender arrojó al chico que sangraba por la nariz contra uno de ellos; se enredaron y la pierna de Ender quedó libre. No resultó difícil utilizar al otro chico como punto de apoyo para darle una patada en la ingle y luego utilizarle para tomar impulso y salir despedido en dirección a la puerta. No le salió un lanzamiento muy brillante, y su velocidad no era nada del otro mundo, pero no importaba. Nadie le seguía.

Se encontró con sus amigos en la puerta. Le agarraron y tiraron de él. Se reían y le daban azotes en broma.

—Por malo —decían—. Por fiero. Por violento.

—Hemos terminado por hoy —dijo Ender.

—Volverán mañana —dijo Shen.

—Yo de ellos no lo haría —dijo Ender—. Si vienen sin trajes haremos lo mismo otra vez y si vienen con trajes les irradiaremos.

—Además —dijo Alai—, los profesores no permitirán que vuelva a ocurrir.

Ender se acordó de lo que Dink le había dicho, y se preguntaba si Alai estaba en lo cierto.

—Eh, Ender—gritó uno de los chicos mayores mientras Ender se iba de la sala de batalla—. ¡No vales nada, imbécil! ¡No eres nada!

—Mi anterior comandante Bonzo —dijo Ender—. Creo que no le gusto.

Esa noche, Ender repasó los partes en su consola. En el informe médico salían cuatro chicos. Uno con las costillas contusionadas, uno con los testículos contusionados, uno con una oreja desgarrada y uno con la nariz rota y un diente menos. La causa de las heridas era la misma en todos los casos:

COLISIÓN ACCIDENTAL EN G NULA

Si los profesores permitían que el informe oficial dijera eso, estaba claro que no tenían intención de castigarles por participar en esa sucia escaramuza. «¿No van a hacer nada? ¿No les importa lo que pasa en la escuela?», pensaba Ender perplejo.

Como había vuelto al cuartel antes que de costumbre, Ender llamó a su consola el juego de fantasía. Había pasado bastante tiempo desde que jugó por última vez. Tanto, que va no salió el escenario que había dejado. Ahora estaba en el cadáver del Gigante. Con la diferencia de que ahora era difícil decir que se trataba de un cadáver, a no ser que le mirara de lejos detenidamente. La erosión había convertido el cuerpo en una colina, cubierta de hierbas y vides entrelazadas. Sólo la cresta de la cara del Gigante era todavía visible, y era de hueso blanco, como una protuberancia caliza de una montaña triste y marchita.

Ender no quería luchar otra vez con los niños-lobos, pero, para su sorpresa, no estaban allí. A lo mejor, muertos una vez, se habían ido para siempre. Eso le puso triste.

Hizo su anterior recorrido bajo tierra, a través de los túneles, hasta llegar a la cornisa del acantilado que daba a aquel hermoso bosque. También ahora se arrojó al vacío, y también ahora lo recogió una nube y lo llevó a la sala de la torre del castillo.

La serpiente comenzó a destejarse de la alfombra otra vez, pero esta vez Ender no vaciló. Le pisó la cabeza y la aplastó con el pie. Se retorció y removía bajo su pie, y a modo de respuesta, Ender la apisonó y la sepultó aún más en el suelo de piedra. Finalmente, se quedó quieta. Ender la recogió y la agitó hasta que se destejió del todo y desapareció la forma de la alfombra. Luego, arrastrando la serpiente, se puso a buscar una salida.

Pero encontró un espejo. Y en el espejo vio una cara que reconoció fácilmente. Era Peter, con la barbilla goteando sangre y una cola de serpiente saliendo por una comisura de su boca.

Ender gritó y arrojó la consola. El ruido alarmó a los pocos chicos que había en el cuartel, pero se excusó y les dijo que no era nada. Se alejaron. Miró otra vez a su consola. Su figura seguía allí, con la vista fija en el espejo. Intentó coger un mueble para romper el espejo, pero no podía moverlo. Tampoco podía arrancar el espejo de la pared. Al final, Ender arrojó la serpiente contra él. El espejo se hizo añicos, dejando al descubierto un agujero en la pared. Por el agujero salieron docenas de pequeñas serpientes, que mordieron rápidamente la figura de Ender una y otra vez. Arrancando serpientes de su cuerpo frenéticamente, la figura cayó y murió en medio de un bullicioso montón de pequeñas serpientes.

La pantalla se borró y salió la leyenda:

¿JUEGAS OTRA VEZ?

Ender desconectó el programa y dejó la consola.

Al día siguiente, varios comandantes, unos personalmente y otros a través de soldados, se dirigieron a Ender para decirle que no se preocupara, que la mayoría pensaba que las sesiones prácticas adicionales eran una buena idea, que debía seguir con ellas. Y para asegurarse de que no

les molestaría nadie, le mandaban unos cuantos soldados que necesitaban prácticas adicionales. «Son tan grandes como la mayoría de los insectores que os atacaron la noche pasada. Se lo pensaran dos veces.»

En vez de una docena de chicos, esa noche eran cuarenta y cinco, más de una escuadra, y ya sea por la presencia de chicos mayores junto a Ender o porque con lo de la noche anterior ya habían tenido suficiente, no apareció ningún enemigo.

Ender no volvió al juego de fantasía. Pero el juego vivió en sus sueños. Siguió rememorando lo que sintió cuando mató a la serpiente triturándola, cuando desgarró la oreja a aquel chico, cuando destrozó a Stilson, cuando rompió el brazo a Bernard. Y luego se vio irguiéndose, con el cadáver de su enemigo en la mano, y encontró la cara de Peter mirándole desde el espejo. «Este juego sabe demasiado sobre mí. Este juego dice asquerosas mentiras. Yo no soy Peter. No llevo el asesinato en el corazón...»

Y después el miedo peor, que era un asesino, incluso más experto que Peter; que era este rasgo suyo lo que más gustaba a sus profesores...

«Asesinos es lo que necesitan en las guerras contra los insectores. Gente que pueda pulverizar la cara del enemigo y rociar el espacio con su sangre...

»De acuerdo, yo soy vuestro hombre. Soy el sanguinario asesino que esperabais cuando hicisteis que me engendraran. Soy vuestro instrumento. ¿Qué más da que odie la parte de mí mismo que más necesitáis? ¿Qué más da que cuando las pequeñas serpientes me mataban en el juego, yo no me opusiera y me alegrara?

9

LOCKE Y DEMÓSTENES

—No le he hecho venir para perder el tiempo. ¿Cómo diablos se las ha arreglado el ordenador para hacer eso?

—No lo sé.

—¿Cómo pudo coger una fotografía del hermano de Ender e introducirla en los gráficos de la rutina del País de la Fantasía?

—Cuando programaron el ordenador, yo no estaba presente, coronel Graff. Lo único que sé es que, hasta ahora, el ordenador nunca había llevado a nadie a ese lugar. Llegar al País de la Fantasía es ya bastante extraño, pero ya no es el País de la Fantasía. Está más allá del Fin del Mundo y...

—Conozco los nombres de los lugares, lo que no conozco son sus significados.

—El País de la Fantasía estaba programado en el ordenador. Se le menciona en algunos sitios. Pero en ningún sitio se habla del Fin del Mundo. No tenemos ninguna experiencia con él.

—No me gusta que el ordenador torture de esa forma la mente de Ender. Peter Wiggin es la persona más fuerte de su vida, exceptuando, tal vez, a su hermana Valentine.

—Además, el juego está diseñado para ayudarles a desarrollarse, para ayudarles a encontrar mundos en los que puedan sentirse bien.

—¿Es que no lo entiende, mayor Imbu? No quiero que Ender se sienta bien con el fin del mundo. Nuestro trabajo no consiste en hacer que se sienta bien con el fin del mundo.

—El Fin del Mundo del juego no es necesariamente el fin de la humanidad en una guerra contra los insectores. Tiene un significado personal para Ender.

—¿Ah sí? ¿Qué significado?

—No lo sé, señor. No soy el chico. Pregúnteselo a él.

—Mayor Imbu, se lo pregunto a usted.

—Podría tener mil significados.

—Dígame uno.

—Usted ha aislado al muchacho. Tal vez esté deseando que llegue el fin de este mundo, la Escuela de Batalla. O tal vez se refiera al fin del mundo en el que creció, a su hogar, a su vida aquí. O tal vez es su forma de enfrentarse con el hecho de haber destrozado aquí a tantos chicos. Ya sabe que Ender es un chico muy sensible y ha infligido mucho daño físico a algunas personas; puede que esté deseando que llegue el fin de ese mundo.

—O de ninguno de ellos.

—El juego establece una relación entre el muchacho y el ordenador. Juntos crean historias. Las historias son verdaderas, en el sentido en que reflejan la realidad de la vida del muchacho. Eso es lo único que sé.

—Le diré lo que sé yo, mayor Imbu. Esa fotografía de Peter Wiggin no se ha podido sacar de los ficheros de esta escuela. No tenemos ninguna información sobre él, electrónica o no, desde que Ender vino. Y esa fotografía es más reciente.

—Sólo ha transcurrido un año y medio> señor. ¿Cuanto puede haber cambiado el muchacho?

—Ahora lleva un peinado totalmente distinto. Le rehicieron la boca con ortopedia dental He conseguido en la Tierra una fotografía reciente y la he comparado. La única posibilidad que tenía el ordenador de la Escuela de Batalla para conseguir esa fotografía era requisarla en un ordenador de la Tierra. Y además tenía que ser uno que no esté conectado con la F.I. Para eso hace falta un permiso de requisición. No se puede ir sin más ni más al condado de Guilford, Carolina del Norte, y arrancar una fotografía de los ficheros de la escuela. ¿Autorizó alguien de esta escuela ese acceso?

—No lo entiendo, señor. Nuestro ordenador de la Escuela de Batalla es sólo una parte de la red de la F.I. Si nosotros queremos una fotografía, tenemos que conseguir una requisitoria, pero si el juego decide que la fotografía es necesaria...

—Puede ir y cogerla.

—No siempre. Sólo cuando es por el bien del muchacho.

—De acuerdo, es por su bien. Pero ¿por qué? Su hermano es peligroso, su hermano fue rechazado para este programa porque es uno de los peores seres humanos que han pasado por nuestras manos, ¿Por qué es tan importante para Ender? ¿Por qué, después de tanto tiempo?

—Sinceramente, no lo sé, señor. Y el programa del juego está diseñado de forma que no nos lo puede decir. En realidad, cabe que ni él mismo lo sepa. Estamos en un terreno inexplorado.

—¿Quiere decir que el ordenador inventa cosas a medida que avanza?

—Puede decirlo así.

—Bueno, eso hace que me sienta mejor, Creía que era el único.

Valentine celebraba sola el octavo cumpleaños de Ender, en el patio trasero con cerca de madera de su nueva casa de Greensboro. Limpió de agujas de pino y de hojas una pequeña parcela de suelo, y con una astilla grabó en la tierra el nombre de Ender. Luego hizo un pequeño tepee con astillas y agujas de pino, y encendió un fuego. Salió humo que se entretejió con las ramas y las agujas del pino. «Directo al espacio —dijo en silencio—. Directo a la Escuela de Batalla.»

No había llegado ninguna carta y, por lo que sabían, tampoco él había recibido ninguna. Cuando se lo llevaron, su padre y su madre se sentaban en la mesa y tecleaban largas cartas cada dos o tres días. Pronto, sin embargo, fue una vez a la semana, y cuando vieron que no recibían contestación, una vez al mes. Ahora hacía dos años que se había ido, y no había cartas, ninguna, y ningún recuerdo en su cumpleaños. «Está muerto —pensó con amargura—, porque le hemos olvidado.»

Pero Valentine no le había olvidado. No dejó que sus padres lo supieran y sobre todo nunca insinuó a Peter lo asiduamente que pensaba en Ender, lo asiduamente que le escribía cartas que sabía que no contestaría. Y cuando su padre y su madre les anunciaron que iban a dejar la ciudad para trasladarse a Carolina del Norte, precisamente a Carolina del Norte, Valentine comprendió que nunca confiaron en volver a ver a Ender. Dejaban el único lugar donde él podía encontrarlos. ¿Cómo los iba a encontrar Ender aquí, entre estos árboles, bajo este cielo variable y pesado? Había vivido toda su vida en la profundidad de los pasillos, y si todavía estaba en la Escuela de Batalla, allí incluso había menos contacto con la naturaleza. ¿Qué impresión le causaría este lugar?

Valentine sabía por qué se había trasladado aquí. Era por Peter, para que la vida entre árboles y animales pequeños, para que la naturaleza en la forma más cruda que papá y mamá podían concebir, ejerciera una influencia dulcificadora en su extraño y terrible hijo. Y, en cierta forma, la ejerció. Peter se adaptó rápidamente. Largos paseos al aire libre, atajando por bosques y saliendo al campo abierto. Algunas veces, para pasar todo el día, llevaba sólo un bocadillo o dos, compartiendo con su consola el espacio de la mochila que portaba en la espalda, y una pequeña navaja en el bolsillo.

Pero Valentine lo sabía. Había visto una ardilla medio despellejada, con sus manitas y pies empaladas en astillas clavadas en la tierra. Se imaginó a Peter atrapándola, empalándola, y separando y despellejando la piel sin abrirle las tripas, mirando los músculos retorcer y contraerse. ¿Cuánto tiempo habría tardado la ardilla en morir? Y Peter estuvo sentado todo ese tiempo cerca de ella, apoyado en el árbol donde a lo mejor había anidado la ardilla, jugando con la consola mientras la vida de la ardilla se escurría.

Al principio se horrorizó, y en la cena estuvo a punto de devolver, viendo a Peter comer con tanto vigor y hablar con tanta alegría. Pero más tarde pensó en ello y comprendió que quizá fuera para Peter una especie de magia, algo parecido a sus pequeños fuegos; un sacrificio que de alguna forma aplacaba a los oscuros dioses que iban a la caza de su alma. Mejor torturar ardillas que niños. «Peter ha sido siempre un labrador de dolor, que lo siembra, lo alimenta, y lo devora con avidez

cuando está maduro; mejor que lo tome en estas dosis pequeñas e intensas que con sombría crueldad en los niños de la escuela», se decía la muchacha.

—Un estudiante modelo —decían los profesores—. Ojalá tuviéramos en la escuela cien como él. Estudia continuamente, entrega todos sus trabajos a tiempo. Le gusta aprender.

Pero Valentine sabía que era un fraude. A Peter le gustaba aprender, es cierto, pero los profesores nunca le habían enseñado nada. Hacía sus estudios con la consola que tenía en casa, conectando con las bibliotecas y las bases de datos, estudiando y pensando y, sobre todo, hablando con Valentine. Y sin embargo, en la escuela actuaba como si las pueriles lecciones del día le sedujeran.

—Oh, es formidable, no tenía ni idea de que las ranas fueran así por dentro —decía.

Y después estudiaba en casa la unión de las células para formar los organismos a través de la colación filótica del ADN. Peter era un maestro en el arte de la adulación, y todos sus profesores le creían.

No obstante, estaba bien. Peter no volvió a pelearse, no volvió a intimidar a nadie. Se llevaba bien con todo el mundo. Era un nuevo Peter.

Todo el mundo lo creía. Su padre y su madre así lo decían, y eso hacía que a Valentine le entraran con frecuencia ganas de gritarles: «¡No es un Peter nuevo! ¡Es el mismo Peter, sólo que más listo!»

«¿Muy listo? Más listo que tú, padre. Más listo que tú, madre. Más listo que ninguna persona que hayáis conocido.»

«Pero no más listo que yo.»

—He estado pensando —dijo Peter— si matarte o no.

Valentine se apoyó contra el tronco del pino. Su pequeño fuego eran ahora unas pocas ascuas que se consumían.

—También yo te quiero a ti, Peter.

—Sería tan fácil. Siempre haces esos fuegucitos estúpidos. Es sólo cuestión de derribarte y quemarte. Eres una pirómana.

—He estado pensando en castrarte mientras dormías.

—No, no es cierto. Sólo piensas esas cosas cuando estoy contigo. Saco a relucir lo mejor de ti. No, Valentine he decidido no matarte. He decidido que me vas a ayudar.

—¿De veras?

Unos años antes, Valentine se habría aterrorizado ante las amenazas de Peter. Ahora, sin embargo, no tenía tanto miedo. No es que dudara de que fuera capaz de matarla. No podía imaginar nada tan terrible que Peter fuera incapaz de hacer. Sin embargo, sabía también que Peter no era un demente, por lo menos no en el sentido de que no tuviera control sobre sí mismo. Tenía más control sobre sí mismo que ninguna otra persona que ella conociera. Excepto, tal vez, ella misma. Peter podía aplazar cualquier deseo tanto como fuera necesario; podía ocultar cualquier emoción. Y por consiguiente, Valentine sabía que Peter nunca le haría daño en un ataque de ira. Sólo lo haría si las ventajas compensaban los riesgos. Y no era éste el caso. En cierta forma, prefería a Peter antes que a otra gente precisamente por eso. Siempre, siempre, actuaba guiado por un egoísmo inteligente. Y por lo tanto, para mantenerse a salvo, lo único que tenía que hacer era estar segura de que a Peter le interesaba más dejarla viva que tenerla muerta.

—Valentine, las cosas están llegando a un punto crítico. He estado siguiendo los movimientos de tropas en Rusia.

—¿De qué hablas?

—Del mundo, Val. ¿Sabes qué es Rusia? ¿Y el gran imperio? ¿Y el Pacto de Varsovia? ¿Y los gobernantes de Euroasia desde los Países Bajos al Pakistán?

—No hacen públicos sus movimientos de tropas, Peter.

—Claro que no, pero sí publican los horarios de los trenes de pasajeros y mercancías. He hecho que mi consola analice esos horarios y descifre cuándo circulan en secreto trenes de tropas por las mismas vías. He analizado retrospectivamente los tres últimos años. En los últimos seis meses han aumentado, se están preparando para la guerra. Una guerra por tierra.

—Pero ¿y la Liga? ¿Y los insectores?

Valentine no sabía qué pretendía insinuar Peter, pero a menudo sacaba discusiones de este tipo, discusiones prácticas sobre los acontecimientos del mundo. La utilizaba para probar sus ideas, para refinarlas. En el proceso, también ella refinaba sus propias ideas. Descubrió que aunque raramente estaba de acuerdo con Peter sobre lo que debería ser el mundo, raramente estaban en desacuerdo en lo que era el mundo en realidad. Se habían hecho bastante diestros en tamizar información precisa de las historias de los simplones, desesperadamente ignorantes, redactores de noticias. El rebaño de las noticias, como Peter los llamaba.

—El Polemarch es ruso, ¿no? Y él sabe lo que está pasando con la flota. O han descubierto que, después de todo, los insectores no son una amenaza, o estamos a punto de tener una gran batalla. De una forma o de otra, la guerra contra los insectores está próxima a su fin. Se están preparando para después de la guerra.

—Si están trasladando tropas debe de ser bajo la dirección de los Estrategas.

—Todo es interno, limitado al Pacto de Varsovia.

Eso era perturbador. La fachada de paz y cooperación no había sido perturbada casi desde que comenzaron las guerras contra los insectores. Lo que Peter había detectado era una perturbación fundamental del orden mundial. Ella tenía una imagen mental, tan nítida como la memoria, sobre lo que había sido el mundo antes de que la amenaza de los insectores les trajera la paz entre ellos.

—Así que volvemos a lo de antes.

—Con algunos cambios. Gracias a los escudos nadie se preocupa ya de las armas nucleares. Tenemos que matarnos de mil en mil, no de millones en millones. —Peter esbozó una sonrisa—. Val, tenía que suceder. Ahora mismo existen un ejército y una flota internacional enormes, bajo la hegemonía americana. Cuando finalicen las guerras contra los insectores, todo ese poder se desvanecerá, porque todo se ha basado en el miedo a los insectores. De repente, miraremos alrededor y descubriremos que las viejas alianzas han desaparecido, muerto y desaparecido, excepto una, al Pacto de Varsovia. Y será el dólar contra cinco millones de láseres. Nosotros tendremos el cinturón de asteroides, pero ellos tendrán la Tierra, y, sin la Tierra, allí te quedas sin pasas ni apios con bastante rapidez.

Lo que más perturbaba a Valentine era que Peter no parecía nada preocupado.

—Peter, ¿por qué tengo la impresión de que estás viendo todo ese asunto como si se tratara de una oportunidad de oro para Peter Wiggin?

—Para los dos, Val.

—Peter, tienes doce años. Yo tengo diez. Hay un nombre para las personas de nuestra edad. Nos llaman niños y nos tratan como a ratones.

—Pero nosotros no pensamos como los demás niños, ¿verdad, Val? No hablamos como los demás niños. Y sobre todo, no escribimos como los demás niños.

—Para ser una discusión que se inició con amenazas de muerte, me parece, Peter, que nos hemos desviado del tema.

Sin embargo, Valentine descubrió que estaba entusiasmada. Escribir era una de las cosas que Val hacía mejor que Peter. Los dos lo sabían. Incluso, Peter lo mencionó una vez, cuando dijo que él siempre veía lo que los otros odiaban más de sí mismos para intimidarlos, mientras que Val siempre veía lo que los otros apreciaban más de sí mismos, para adularlos. Era una forma cínica de decirlo, pero era verdad. Valentine podía inculcar su punto de vista a los demás; podía convencerles de que querían lo que ella quería que quisieran. Peter, por otro lado, sólo podía hacerles temer lo que él quería que temieran. La primera vez que Peter se lo señaló, se sintió ofendida. Quería creer que persuadía a la gente porque tenía razón, no porque era lista. Pero a pesar de las veces que se repitió a sí misma que nunca quiso explotar a la gente de la forma en que lo hacía Peter, disfrutaba sabiendo que podía, a su manera, controlar a los demás. Y no sólo controlar lo que hacían. Podía controlar, en cierta forma, lo que querían hacer. Estaba avergonzada de haber experimentado placer con este poder y, sin embargo, se sorprendía a sí misma empleándolo algunas veces. Consiguiendo que los profesores y otros estudiantes hicieran lo que quería. Consiguiendo que su padre y su madre vieran las cosas a su manera. Algunas veces, era capaz de persuadir incluso a Peter bastante bien,

que podía conectar con él lo suficiente como para entrar en él por ese camino. Había más de Peter en ella de lo que podía admitir, aunque, de todas formas, algunas veces se atrevía a pensarlo. Esto es lo que pensaba mientras Peter hablaba: «Sueñas con el poder, Peter, pero a mi manera soy más poderosa que tú.»

—He estudiado Historia —dijo Peter—, he estado aprendiendo cosas sobre las pautas del comportamiento humano. Hay períodos en que el mundo se reestructura, y en esos períodos las palabras precisas pueden cambiar el mundo. Piensa en lo que hizo Pericles en Atenas, y Demóstenes...

—Sí, se las arreglaron para destruir Atenas dos veces.

—Pericles, sí, pero Demóstenes tenía razón en lo de Filipo...

—O le provocó...

—¿Lo ves? Eso es lo que hacen los historiadores, hacen juegos con la causa y el efecto, cuando el asunto es que hay períodos en los que el mundo cambia, y la voz precisa en el lugar preciso puede mover el mundo. Thomas Paine y Ben Franklin, por ejemplo. Bismarck. Lenin.

—No son casos exactamente paralelos, Peter.

Ahora, discrepaba por seguir la costumbre; veía adonde pretendía llegar y pensaba que quizá fuera posible.

—No esperaba que lo entendieras. Sigues pensando que los profesores saben algo que merece la pena aprender.

—Entiendo más de lo que crees, Peter. ¿Así que te ves a ti mismo como Bismarck?

—Me veo a mí mismo sabiendo insertar ideas en la opinión pública. ¿No has pensado nunca una frase, Val, algo inteligente que decir, y lo has dicho, y luego, al cabo de dos semanas o un mes, oyes a un adulto decírselo a otro adulto, desconocidos los dos? ¿O la ves en un vídeo o la captas en una red de comunicaciones?

—Siempre creí que la había oído antes y pensé que tan sólo la estaba recordando.

—Estabas equivocada. Hermanita, hay, quizá, dos o tres mil personas en el mundo tan inteligentes como nosotros. La mayoría se está ganando la vida en algún sitio. En la enseñanza, pobres desgraciados, o en la investigación. Muy pocos ocupan realmente posiciones de poder.

—Creo adivinar que somos de esos pocos.

—Muy divertido, Val, tanto como un conejo saltando a la pata coja.

—De los que, sin duda, hay muchos en estos bosques.

—Saltando en pequeños círculos. Valentine se rió ante lo grotesco de la imagen y se odió a sí misma por encontrarlo divertido.

—Val, podemos decir las palabras que todos los demás repetirán dentro de dos semanas. Podemos hacerlo. No tenemos que esperar a ser mayores y a que nos pongan a labrarnos una carrera con porvenir.

—Peter, tienes doce años.

—No, en las redes, no. En las redes puedo llamarme como quiera, y tú también.

—En las redes estamos identificados como estudiantes y ni siquiera podemos participar en las discusiones reales excepto como oyentes, lo que de cualquier manera significa que no podemos decir nada.

—Tengo un plan.

—Siempre tienes alguno. Pretendía indiferencia pero escuchaba con atención.

—Podemos acceder a las redes como adultos de pleno derecho, con el nombre de red que queramos adoptar, si papá nos incluye en su acceso de ciudadano.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Ya tenemos el acceso de estudiante. ¿Qué le vas a decir? ¿Necesito el acceso de ciudadano para apoderarme del mundo?

—No, Val. No le diré nada. Tú le vas a decir que estás muy preocupada por mí. Que me estoy esforzando en hacerlo bien en la escuela, pero que sabes que me estoy volviendo loco porque no puedo hablar nunca con alguien inteligente, que todo el mundo me habla con condescendencia porque soy joven. Que no puedo conversar con mis iguales. Que tú puedes probar que la tensión me está agobiando.

Valentine pensó en el cuerpo de la ardilla del bosque y comprendió que incluso ese descubrimiento formaba parte del plan de Peter. O, como mínimo, que lo había hecho formar parte de su plan después de que sucediera.

—De este modo consigues que nos autorice a compartir su acceso de ciudadano. Para adoptar nuestras identidades, para ocultar quiénes somos, a fin de que la gente nos trate con el respeto intelectual que merecemos.

Valentine podía desafiarle en ideas, pero nunca en cosas como ésta. No podía decir: «¿Qué te hace creer que mereces respeto?» Había leído algo sobre Adolfo Hitler. Se preguntaba cómo era cuando tenía doce años. No tan listo, no tanto como Peter, pero insaciable, probablemente eso. Y ¿qué habría pasado con el mundo si hubiera sido engullido por una trilladora o pateado por un caballo cuando era niño?

—Val —dijo Peter—, sé lo que piensas de mí. Piensas que no soy una buena persona, eso es lo que piensas.

Valentine le lanzó una aguja de pino.

—Una flecha se ha clavado en tu corazón.

—Durante mucho tiempo he estado planeando venir a hablar contigo. Pero tenía miedo.

Se puso una aguja de pino en la boca y se la tiró. Cayó directamente hacia abajo.

—Otro lanzamiento fallido. ¿Por qué fingir ser débil?

—Val, tenía miedo de que no me creyeras. De que no me creyeras capaz.

—Peter, creo que eres capaz de hacer cualquier cosa, y probablemente lo harás.

—Pero tenía más miedo aún de que me creyeras e intentaras detenerme.

—¿Amenazando de nuevo con matarme, Peter?

¿Se creía de verdad que su papel de chico humilde y bueno podría engañarla?

—Así que tengo un sentido negro del humor. Lo siento, te estaba tomando el pelo. Necesito tu ayuda.

—Eres justo lo que el mundo necesita. Un muchacho de doce años que solucione todos nuestros problemas.

—No es culpa mía que sólo tenga doce años precisamente ahora. Y no es culpa mía que precisamente ahora se presente la oportunidad. Precisamente ahora es el momento en que puedo dar forma a los acontecimientos. En tiempos de inestabilidad, el mundo es siempre una democracia, y el hombre que tenga la mejor voz ganará. Todo el mundo piensa que Hitler llegó al poder gracias a sus ejércitos, porque estaban dispuestos a matar, y eso en parte es verdad, porque en el mundo real el poder siempre se erige sobre la amenaza de muerte y de deshonor. Pero, sobre todo, llegó al poder por las palabras, por las palabras precisas en el momento preciso.

—Precisamente, estaba pensando en compararte con él.

—No odio a los judíos, Val. No quiero destruir a nadie. Y tampoco quiero la guerra. Quiero que el mundo se mantenga unido ¿Es eso tan malo? No quiero que volvamos a los viejos tiempos. ¿Has leído algo sobre las guerras mundiales?

—Sí.

—Podemos volver otra vez a esa situación. O peor. Podernos vernos dentro del Pacto de Varsovia. No es una idea alentadora.

—Peter, somos niños, ¿no puedes entenderlo? Estamos yendo al colegio, estamos creciendo.

Pero aunque se resistía, quería que la persuadiera. Había querido que la persuadiera desde el principio.

Pero Peter no sabía que ya había ganado.

—Si me creo eso, si acepto eso, tendré que sentarme y ver cómo se desvanecen todas las oportunidades y luego, cuando sea mayor, será demasiado tarde. Val, escúchame. Sé lo que sientes con respecto a mí, lo que siempre has sentido. He sido un hermano depravado y repugnante. He sido cruel contigo y peor con Ender, hasta que se lo llevaron. Pero no te odiaba. Os quería a los dos, sólo que tenía que ser... tenía que tener el control, ¿lo entiendes? Es lo más importante para mí, es mi mayor don, puedo ver dónde están los puntos débiles de los demás, puedo ver cómo llegar a ellos y utilizarlos, así de sencillo; veo esas cosas sin siquiera intentarlo. Podría convertirme en un

hombre de negocios y dirigir alguna sociedad importante, lucharía y maquinaría hasta llegar arriba del todo, y ¿qué tendría? Nada. Voy a gobernar, Val. Voy a tener control sobre algo. Pero quiero que sea algo que merezca la pena gobernar. Una Pax Americana en todo el mundo. Para que cuando venga algún otro, después de que venzamos a los insectores, cuando venga algún otro a derrotarnos, descubra que nos hemos extendido por mil mundos, que estamos en paz con nosotros mismos y es imposible destruirnos. ¿Lo entiendes? Quiero salvar a la raza humana de su autodestrucción.

Nunca le había visto hablar con tal sinceridad. Sin un indicio de burla, sin un rastro de mentira en su voz. Estaba mejorando. O a lo mejor estaba rozando la verdad.

—¿Así que un muchacho de doce años y su hermana pequeña van a salvar el mundo?

—¿Qué edad tenía Alejandro Magno? No lo voy a hacer de la noche a la mañana. Simplemente, voy a comenzar ahora. Si tú me ayudas.

—No creo que lo que hiciste a aquellas ardillas formara parte de una representación. Creo que lo hiciste porque te gusta hacerlo.

De repente, Peter se llevó las manos a la cara y lloró. Val dio por sentado que estaba fingiendo, pero comenzó a cuestionárselo. ¿No era posible que la quisiera y que en esa oportunidad aterradora estuviera dispuesto a {laquear delante de ella para conquistar su amor? «Me está manipulando —pensó—, pero eso no significa que no sea sincero.» Cuando retiró las manos, tenía las mejillas, mojadas, los ojos enrojecidos.

—Lo sé —dijo—, eso es lo que más me asusta, que realmente pueda ser un monstruo. No quiero ser un asesino pero no puedo evitarlo.

Nunca le había visto mostrar tal debilidad. «Eres muy listo, Peter. Reservaste tu debilidad para poder utilizarla para conmovirme ahora», pensó ella. Y, sin embargo, la conmovió. Porque si era verdad, aunque fuera sólo en parte, entonces Peter no era un monstruo y ella podría satisfacer su propia ansia de poder, similar a la de Peter, sin miedo a convertirse en un monstruo. Sabía que Peter era astuto, que incluso ahora estaba calculando, pero creía que debajo de los cálculos estaba diciendo la verdad. Había estado oculta bajo muchas capas, pero la había sondeado hasta conseguir la confianza de Valentine.

—Val, sí no me ayudas, no sé en qué me convertiré. Pero si estás conmigo, si eres mi compañera en todo, puedes impedir que me convierta... en eso. Como los malos.

Ella asintió con la cabeza. «Sólo estás fingiendo compartir el poder conmigo —pensó ella—, pero en realidad tengo poder sobre ti, aunque no lo sepas.»

—Te ayudaré.

En cuanto su padre les introdujo en su acceso de ciudadano, comenzaron a analizar el terreno. Se mantuvieron alejados de las redes que exigían utilizar un nombre real. Eso no era difícil, porque los nombres reales sólo estaban relacionados con asuntos de dinero. No necesitaban dinero. Necesitaban respeto, y eso podían ganárselo. Con falsos nombres en las redes adecuadas, podían ser cualquier persona. Ancianos, mujeres de mediana edad, cualquier persona, mientras tuvieran cuidado en la forma de escribir. Lo único que los demás podían ver eran sus palabras, sus ideas. En las redes, todos los ciudadanos comenzaban igual.

En sus primeros esfuerzos utilizaban nombres para usar una sola vez, no las identidades que Peter planeaba hacer famosas e influyentes. Por supuesto, no eran invitados a participar en los foros políticos internacionales y nacionales importantes. Allí sólo podían estar como oyentes, hasta que fueran invitados o elegidos para participar. Pero se conectaban y miraban, leían algunos de los ensayos publicados por los nombres importantes, presenciaban los debates que salían en sus consolas.

Y en las conferencias menores, donde la gente normal hacía comentarios sobre los grandes debates, comenzaron a insertar sus comentarios. En un principio, Peter insistió en que fueran deliberadamente inflamatorios.

—No podemos ver los resultados de nuestro estilo a menos que obtengamos respuestas; y si somos blandos, no responderá nadie.

No fueron blandos, y la gente respondió. Las respuestas enviadas a las redes públicas eran avinagradas; las respuestas enviadas por carta para que Peter y Valentine las leyera en privado, eran venenosas. Pero descubrieron qué atributos de su estilo eran considerados infantiles e inmaduros. Y mejoraron.

Cuando Peter estuvo satisfecho de que sabían dar la impresión de adultos, mató las viejas identidades y empezaron a prepararse para atraer una atención real.

—Tenemos que dar la sensación de que no tenemos nada que ver el uno con el otro. Escribiremos sobre cosas diferentes en momentos diferentes. Nunca nos referiremos uno al otro. Tú actuarás en las redes de la costa oeste y yo actuaré en el sur. Problemas regionales también. Así que haz los deberes.

Hicieron los deberes. Su padre y su madre se preocupaban algunas veces de que Peter y Valentine estuvieran constantemente juntos, con las consolas bajo el brazo. Pero no podían quejarse; sus

notas eran buenas y Valentine era una influencia buena para Peter. Había cambiado completamente su actitud hacia todo. Peter y Valentine se sentaban juntos en los bosques, cuando hacía buen tiempo, y en restaurantes portátiles y en parques interiores cuando llovía, y componían sus comentarios políticos. Peter diseñaba cuidadosamente los dos personajes para que ninguno tuviera todas sus ideas; había incluso algunas identidades de recambio que utilizaban para dejar caer las opiniones de un tercero.

—Dejemos que ambos encuentren los partidarios que puedan —dijo Peter.

Una vez, cansada de escribir y volver a escribir hasta que Peter estuvo satisfecho, Val se desesperó y dijo:

—Escríbelo tú mismo, entonces.

—No puedo —respondió él—. No pueden dar la impresión de ser iguales. Nunca. Olvidas que algún día seremos suficientemente famosos como para que alguien comience a hacer estudios. Tenemos que parecer personas distintas.

En consecuencia, lo escribió. Su principal identidad en las redes era Demóstenes. Peter eligió el nombre. El se bautizó con el nombre de Locke. Estaba claro que eran seudónimos, pero eso formaba parte del plan.

—Con un poco de suerte, empezarán a intentar adivinar quiénes somos.

—Si llegamos a ser suficientemente famosos, el gobierno puede acceder a la red y descubrir quiénes somos en realidad.

—Cuando eso suceda, estaremos demasiado protegidos para sufrir grandes pérdidas. A la gente le puede chocar que Demóstenes y Locke sean dos niños, pero ya estarán acostumbrados a escucharnos.

Comenzaron a componer debates para sus personajes. Valentine prepararía una declaración de principios y Peter inventaría un nombre de usar y tirar para responderle. Su respuesta sería inteligente y el debate sería vivo, lleno de ingeniosas inventivas y de buena retórica política. Valentine tenía habilidad para la aliteración, que hacía que sus frases fueran memorables. Luego introducirían los debates en la red, separados por un período de tiempo razonable, como si estuvieran componiéndolos sobre el terreno. A veces, algunos usuarios de las redes interpondrían comentarios, pero Peter y Val les ignorarían o modificarían sólo ligeramente sus propios comentarios para acomodarlos a lo que se había dicho.

Peter tomaba nota de las frases más memorables y, de vez en cuando, hacía búsquedas para descubrir si esas frases se usaban en otros lugares. No todas se usaban pero la mayoría eran repetidas aquí y allí, y algunas aparecían incluso en los debates importantes de las redes de prestigio.

—Nos están leyendo —dijo Peter—. Nuestras ideas se están filtrando.

—Más bien nuestras frases.

—Esa es precisamente la medida. Estamos teniendo cierta influencia. Nadie nos cita todavía por el nombre, pero están discutiendo los puntos que hemos planteado. Estamos ayudando a establecer la agenda. Lo estamos consiguiendo.

—¿No deberíamos intentar acceder a los debates importantes?

—No. Esperaremos a que nos lo pidan.

Habían pasado sólo siete meses cuando una de las redes de la costa oeste envió a Demóstenes un mensaje. Una oferta de una columna semanal en una red de noticias bastante buena.

—No puedo hacer una columna semanal —dijo Valentine—. Ni siquiera me ha venido el período.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —dijo Peter.

—Para mí, sí. Todavía soy una niña.

—Diles que sí, pero como prefieres que tu verdadera identidad no salga a la luz, quieres que te paguen en tiempo de red, quieres un código de acceso nuevo a través de su identidad corporativa.

—Así, cuando el gobierno me siga el rastro...

—Serás simplemente una persona que puede conectar a través de CalNet. El acceso de ciudadano de papá no se verá implicado. Lo que no acabo de entender es por qué prefieren a Demóstenes y no a Locke.

—El talento siempre triunfa.

Como juego era divertido, pero a Valentine no le gustaban algunas posiciones que Peter hacía tomar a Demóstenes. Demóstenes comenzaba a revelarse como un escritor anti-Pacto de Varsovia totalmente paranoico. Le preocupaba porque Peter era el único que sabía explotar el miedo en sus escritos; ella tenía que recurrir constantemente a él en busca de ideas para hacerlo. Mientras tanto, su Locke seguía las moderadas estrategias empalicas de ella. Tenía sentido, en cierta forma. Hacer que ella escribiera como Demóstenes significaba que también Demóstenes tendría cierta empatía, y, por la misma razón, Locke también podría jugar con los miedos de los demás. Pero el efecto principal era mantenerla indefectiblemente atada a Peter. No podría dejarle y utilizar a Demóstenes con sus propios fines. No sabría utilizarlo. De todas formas, eso era recíproco. Peter no podría escribir como Locke sin ella. ¿O sí?

—Peter, creí que la idea era unificar el mundo. Si escribo tal como dices que debo hacerlo, estoy haciendo una llamada clara a la guerra para hacer pedazos al Pacto de Varsovia.

—No tanto como la guerra, sólo redes abiertas y prohibición de interceptación. Libre movimiento de información. Sometimiento a las reglas de la Liga, ¡por Dios!

Sin pretenderlo, Valentine comenzaba a hablar con la voz de Demóstenes, aunque, naturalmente, no expresaba las opiniones de Demóstenes.

—Todo el mundo sabe que el Pacto de Varsovia tenía que ser considerado desde el principio como una entidad individual, en lo concerniente a esas reglas. El movimiento libre internacional está todavía abierto. Pero entre las naciones del Pacto de Varsovia estas cosas son asuntos internos. Por eso estaban dispuestos a permitir la hegemonía americana en la Liga.

—Estás hablando como Locke, Val. Confía en mí. Tú tienes que pedir que el Pacto de Varsovia pierda el estatus oficial. Tienes que conseguir poner realmente furiosa a mucha gente. Después, más adelante, cuando comiences a reconocer la necesidad de un compromiso...

—Entonces dejarán de escucharme y se irán a hacer la guerra.

—Val, confía en mí. Sé lo que hago.

—¿Cómo lo sabes? No eres más listo que yo y tampoco habías hecho esto antes.

—Tengo trece años y tú diez.

—Casi once.

—Y sé cómo funcionan estas cosas.

—Está bien, lo haré a tu manera. Pero no diré nada de eso de libertad o muerte.

—También lo dirás.

—Y algún día, cuando nos cojan y se pregunten por qué tu hermana era tan belicosa, apuesto a que les dirás que me ordenabas hacerlo.

—¿Estás segura de que no tienes el período, mujercita?

—Te odio, Peter Wiggin.

Lo que más molestó a Valentine fue que, cuando su columna se asoció con otras redes de noticias regionales, su padre comenzó a leerla y a citarla en la mesa.

—Por fin, un hombre con un poco de sentido común—dijo.

Luego citó algunos de los pasajes que Valentine odiaba más.

—Acepto que trabajemos con esos hegemónistas rusos estando los insectores ahí fuera, pero después de que hayamos vencido, no puedo concebir que dejemos a la mitad del mundo civilizado como virtuales ilotas. ¿Qué opinas, querida?

—Creo que te estás tomando todo esto demasiado en serio —dijo la madre.

—Me gusta este Demóstenes. Me gusta su forma de pensar. Me sorprende que no esté en las redes importantes. Le he buscado en los debates sobre relaciones internacionales y nunca ha tomado parte en ninguno.

Valentine perdió el apetito y se marchó de la mesa, Peter la siguió tras un respetable intervalo.

—Así que no te gusta mentir a papá —dijo—. ¿Y qué? No le estás mintiendo. No sabe que eres Demóstenes y Demóstenes no dice lo que en realidad crees. Las dos cosas se anulan, quedan en nada.

—Este es el tipo de razonamiento que hace de Locke un estúpido.

Pero lo que en realidad le molestaba no era estar mintiendo a su padre, era que su padre estuviera de acuerdo con Demóstenes. Había creído que sólo los locos podrían seguirle.

Unos días más tarde, Locke fue fichado por una columna de una red de noticias de New England, con el objetivo específico de emitir una opinión contraria a la de la popular columna de Demóstenes.

—No está mal para dos niños que juntos apenas tienen más de ocho pelos en el pubis —dijo Peter.

—Hay un largo camino entre escribir una columna en una red de noticias y gobernar el mundo —le recordó Valentine—. Es un camino tan largo que nadie lo ha hecho nunca.

—Lo han hecho, sin embargo. O su equivalente moral. Voy a decir cosas sucias sobre Demóstenes en mi primera columna.

—Bueno, Demóstenes ni siquiera va a reparar en la existencia de Locke. Nunca.

—Por ahora.

Ahora, con sus identidades totalmente sustentadas por los ingresos procedentes de la redacción de columnas, sólo utilizaban el acceso de su padre para las identidades de usar y tirar. Su madre observó que pasaban demasiado tiempo en las redes.

—Mucho trabajo y poco juego hacen de Jack un chico soso —recordó a Peter.

Peter dejó que la mano le temblara un poco, y dijo:

—Si piensas que debería dejarlo, creo que esta vez podré conservar el control de mí mismo, de verdad.

—No, no —dijo la madre—. No quiero que lo dejes. Sólo que... ten cuidado, eso es todo.

—Tengo cuidado, mamá.

Nada era diferente, nada había cambiado en un año. Ender estaba seguro de ello, y sin embargo todo parecía haberse vuelto amargo. Seguía siendo el soldado número uno y ahora ninguno dudaba de que se lo merecía. A los nueve años era jefe de batallón en la escuadra Fénix, con Petra Arkanian como comandante. Seguía dirigiendo sus sesiones prácticas nocturnas y ahora asistía a ellas un grupo de soldados de élite, designados por sus comandantes, aunque todavía podían ir los reclutas que quisieran. Alai también era jefe de batallón en otra escuadra, y seguían siendo buenos amigos; Shen no era jefe, pero eso no era ninguna barrera. Dink Meeker había aceptado finalmente ser comandante y sucedió a Rose el Narizotas en el mando de la escuadra Rata.

Todo estaba yendo bien, muy bien. No podía pedir nada mejor.

«Entonces ¿por qué odio mi vida?», pensaba.

Pasó las etapas de las prácticas y de los juegos. Le gustaba enseñar a los muchachos de su batallón, y ellos le seguían con lealtad. Tenía el respeto de todos, y en sus prácticas nocturnas era tratado con deferencia. Los comandantes venían para estudiar lo que hacía. Otros soldados se

aproximaban a su mesa en el comedor y pedían permiso para sentarse. Incluso los profesores eran respetuosos.

Tenía tanto maldito respeto que quería gritar.

Miraba a los chicos jóvenes de su escuadra, recién llegados de sus grupos de lanzamiento, observaba cómo jugaban, cómo se burlaban de sus jefes cuando creían que nadie les veía. Observaba la camaradería de los viejos amigos que se habían conocido durante años en la Escuela de Batalla, que reían y hablaban de las viejas batallas y de los comandantes y soldados que se habían graduado hacía tiempo.

Pero con sus viejos amigos no había risas, no había recuerdos. Sólo trabajo. Sólo inteligencia y excitación en el juego, pero nada más. Esa noche se había llegado a un punto crucial en las prácticas nocturnas. Ender y Alai estaban discutiendo los matices de las maniobras en espacio abierto cuando Shen se acercó y escuchó durante unos instantes, y luego, de repente, cogió a Alai por los hombros y gritó:

—¡Nova! ¡Nova! ¡Nova!

Alai se echó a reír y por un instante Ender les vio recordar juntos la batalla en que la maniobra en espacio abierto había sido real y habían esquivado a los chicos mayores, y...

De pronto se acordaron que Ender estaba allí.

—Perdona, Ender —dijo Shen. ¿Perdona? ¿Por qué? ¿Por ser amigos?

—Yo también estaba allí, ya lo sabes —dijo Ender.

Y se disculparon de nuevo. De vuelta al trabajo. De vuelta al respeto. Ender comprendió que no se les había ocurrido incluirle en sus risas, en su amistad.

«¿Cómo iban a pensar que yo también formaba parte? ¿Acaso me reí? ¿Acaso participé? Me limitaba a estar allí, observando, como un profesor...

»Así es cómo me ven. Profesor. Soldado legendario. No uno de ellos. No alguien a quien abrazas y susurras salaam en la oreja.» Eso sólo duró mientras Ender seguía pareciendo vulnerable. Ahora era el soldado principal y estaba completa, totalmente solo.

«Compadécete de ti, Ender.»

Tumbado en la litera, escribió en la consola POBRE ENDER. Entonces se rió de sí mismo y borró esas palabras. No había ningún chico o chica en esa escuela que no quisiera cambiar su sitio por el suyo.

Conectó el Juego de Fantasía. Caminó, como hacía frecuentemente, por la aldea que los enanitos habían construido en la colina formada por el cadáver del Gigante. Fue fácil construir fuertes paredes con las costillas ya curvadas justo a la medida, dejando entre ellas el espacio exacto suficiente para hacer ventanas. El cadáver fue cortado en apartamentos, abiertos al camino que formaba la columna vertebral del Gigante. El anfiteatro público estaba esculpido en la taza de la pelvis, y la manada comunal de ponies pastaba entre las piernas del Gigante. Ender nunca sabía con seguridad qué estaban haciendo los enanitos siempre ocupados en sus cosas, pero como le dejaban caminar en paz por la aldea, él tampoco les hacía ningún daño.

Saltó el hueso pélvico de la base de la plaza pública y caminó por los pastos. Los ponies se alejaron asustados. No les persiguió. Ender ya no se acordaba de cómo funcionaba el juego. En los viejos tiempos, antes de haber ido por primera vez al Fin del Mundo, solo había combates y rompecabezas que resolver, derrotar al enemigo antes de que te mate, descifrar la forma de salvar el obstáculo. Sin embargo, ahora nadie atacaba, no había guerra, y fuera donde fuera, no encontraba ningún obstáculo.

Exceptuando, por supuesto, la habitación del palacio del Fin del Mundo. Era el único lugar peligroso que quedaba. Y Ender, a pesar de que juraba a menudo que no iría, siempre volvía allí, siempre mataba a la serpiente, siempre miraba a su hermano cara a cara, y siempre, hiciera lo que hiciera a continuación, moría.

Esta vez no fue diferente. Intentó usar el cuchillo de la mesa para hacer palanca en el mortero y sacar una piedra de la pared. Tan pronto como rompió el sello de mortero, comenzó a borbotear un chorro de agua por la grieta, y Ender miraba la consola mientras su figura, ahora fuera de su control, luchaba desesperadamente por sobrevivir, por evitar morir ahogada. Las ventanas de la

habitación habían desaparecido, el agua subía, y su figura se ahogó. Mientras ocurría todo eso, la cara de Peter Wiggin seguía en el espejo mirándole.

«Estoy atrapado —pensó Ender—, atrapado en el Fin del Mundo sin ninguna salida.» Y conoció por fin el amargo sabor que le había apesadumbrado, a pesar de todos sus éxitos en la Escuela de Batalla. Era desesperación.

Había hombres uniformados en las entradas de la escuela cuando llegó Valentine. No estaban firmes como guardias, sino más bien holgazaneando como si estuvieran esperando a que alguien de dentro finalizara sus asuntos. Vestían uniformes de marines de la F.I., los mismos uniformes que todo el mundo veía en los sangrientos combates de los vídeos. Daba un aire de aventura al día; todos los niños estaban excitados.

Valentine no lo estaba. Por un lado le hacía pensar en Ender. Y por el otro, le asustaba. Alguien había publicado recientemente un feroz comentario sobre las obras completas de Demóstenes. El comentario, y por consiguiente su trabajo, habían sido discutidos en la conferencia abierta de la red de relaciones internacionales, y algunas de las personas más importantes de la actualidad atacaban y defendían a Demóstenes. Lo que más le preocupaba era el comentario de un señor inglés: «Tanto si le gusta como si no, Demóstenes no puede permanecer en el anonimato eternamente. Ha encolerizado a demasiados sabios y ha contentado a demasiados locos como para continuar oculto más tiempo detrás de su seudónimo tan apropiado. O se desenmascara él mismo para asumir el liderazgo de las fuerzas de la estupidez que ha despertado, o sus enemigos le desenmascararán para poder entender mejor la enfermedad que ha producido una mente tan retorcida y perversa.»

Peter había estado encamado, podía estarlo. Valentine tenía miedo de que la perversa personalidad de Demóstenes hubiera molestado a demasiadas personas poderosas; de que, en efecto, la localizaran. La F.I. lo podía hacer, aunque el gobierno americano estuviera constitucionalmente obligado a no hacerlo. Y aquí estaban las tropas de la F.I. reunidas en la Escuela de Western Guildford, precisamente aquí. Y no exactamente con la intención normal de reclutar marines para la F.I.

Así que no se sorprendió al encontrar un mensaje desfilando por su consola en cuanto la conectó.

POR FAVOR DESCONECTE Y VAYA
INMEDIATAMENTE
A LA OFICINA DE LA DRA. LINEBERRY

Valentine esperó nerviosamente a la puerta de la oficina de la subdirectora hasta que la doctora Lineberry abrió la puerta y le indicó con señas que entrara. Su última duda desapareció cuando vio al hombre barrigudo con uniforme de coronel de la F.I. sentado en el único sillón confortable de la habitación.

—Tú eres Valentine Wiggin —dijo.

—Sí—susurró.

—Soy el coronel Graff. Nos hemos visto antes.

«¿Antes? ¿Cuándo había tenido tratos con la EL?»

—He venido para hablarte confidencialmente, de tu hermano.

«No sólo soy yo —pensó—. Tienen a Peter. ¿O es algo nuevo? ¿Ha hecho alguna locura? Creía que había dejado de hacer locuras.»

—Valentine, pareces asustada. No hay ningún motivo. Por favor, siéntate. Te aseguro que tu hermano está bien. Ha cumplido de sobra nuestras expectativas.

Y ahora, con una gran efusión interna de alivio, comprendió que habían venido por Ender. Ender. No era para castigarla, era el pequeño Ender, que había desaparecido hacía tanto tiempo, que, ahora, ya no formaba parte de las intrigas de Peter. «Tú fuiste el afortunado, Ender. Te fuiste lejos antes de que Peter te pudiera enredar en su conspiración.»

—Valentine, ¿cómo te sientes respecto a tu hermano?

—¿Ender?

—Claro.

—¿Cómo me voy a sentir? No le he visto ni he tenido noticias de él desde que tenía ocho años.

—Doctora Lineberry, ¿le importaría dejarnos solos?

Lineberry estaba molesta.

—Pensándolo bien, doctora Lineberry, creo que Valentine y yo tendremos una conversación mucho más productiva si damos un paseo. Lejos de los dispositivos de grabación que su director ha colocado en esta habitación.

Era la primera vez que Valentine había visto a la doctora Lineberry quedarse sin habla. El coronel Graff levantó un cuadro de la pared y despegó una membrana sensible al sonido, junto con su pequeña unidad de transmisión.

—Barato —dijo Graff—, pero efectivo. Creí que lo sabía.

Lineberry cogió el dispositivo y se sentó pesadamente en el escritorio. Graff condujo a Valentine afuera.

Se dirigieron al campo de rugby. Los soldados les seguían a una distancia discreta; se desplegaron y formaron un gran círculo, para protegerles desde el perímetro más amplio posible.

—Valentine, necesitamos que ayudes a Ender.

—¿Qué clase de ayuda?

—No estamos ni siquiera seguros de eso. Necesitamos que nos ayudes a resolver cómo nos puedes ayudar.

—Bien, ¿cuál es el problema?

—Eso es parte del problema. No lo sabemos. Valentine no pudo evitar reír.

—¡No le he visto en tres años! ¡Lo han tenido ahí arriba con ustedes todo este tiempo!

—Valentine, mi vuelo a la Tierra y la vuelta a la Escuela de Batalla cuesta más dinero del que tu padre ganará en toda su vida. No hago este viaje todos los días.

—El rey tuvo un sueño —dijo Valentine—, pero se le olvidó, así que dijo a sus sabios que interpretaran el sueño o morirían. Sólo Daniel pudo interpretarlo, porque era un profeta.

—¿Lees la Biblia?

—Este año estamos estudiando a los clásicos en inglés avanzado. No soy un profeta.

—Ojalá pudiera decirte todo lo relativo a la situación de Ender. Pero tardaría horas, tal vez días, y después tendría que ponerte en reclusión preventiva porque una gran parte es estrictamente confidencial. Así que veamos qué podemos hacer con una información limitada. Hay un juego que nuestros alumnos desarrollan con el ordenador. Le hablé del Fin del Mundo, de la habitación cerrada y de la imagen de Peter en el espejo.

—Es el ordenador el que pone la imagen allí, no Ender. ¿Por qué no se lo preguntan al ordenador?

—El ordenador no lo sabe.

—¿Y se supone que lo tengo que saber yo?

—Esta es la segunda vez desde que Ender está con nosotros que ha llevado este juego a un punto muerto. A un punto que parece no tener salida.

—¿Lo resolvió la primera vez?

—Con tiempo.

—Entonces, denle tiempo y probablemente resolverá éste de nuevo.

—No estoy seguro. Valentine, tu hermano es un muchachito muy infeliz.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—No sabe mucho, ¿verdad? Valentine pensó por un momento que el hombre se podía enfadar. Sin embargo, decidió reírse.

—No, no demasiado. Valentine, ¿por que Ender sigue viendo a su hermano Peter en el espejo?

—No debería. Es estúpido.

—¿Por qué es estúpido?

—Porque si alguna vez ha habido alguien que fuera opuesto a Ender, ése es Peter.

—¿Cómo?

Valentine no conseguía pensar una respuesta que no fuera peligrosa. Demasiadas preguntas sobre Peter podían conducir al problema real. Valentine sabía lo suficiente sobre la gente para saber que nadie tomaría en serio los planes de Peter para dominar el mundo, un peligro para los gobiernos actuales. Pero podían decidir que estaba loco y que necesitaba tratamiento para su megalomanía.

—Te estás preparando para mentirme —dijo Graff.

—Me estoy preparando para no hablar con usted nunca más —respondió Valentine.

—Y tienes miedo. ¿Por qué tienes miedo?

—No me gustan las preguntas sobre mi familia. Dejemos a mi familia fuera de esto.

—Valentine, estoy intentando dejar a tu familia fuera de esto. Recorro a ti para no tener que comenzar una batería de pruebas con Peter e interrogar a tus padres. Estoy intentando resolver este problema ahora, con la persona a la que Ender más quiere y en la que más confía, tal vez la única persona a quien quiere y en la que confía algo. Si no lo podemos solucionar de esta forma, secuestraremos a tu familia y haremos lo que nos plazca. Esto no es un problema trivial, y no me iré así, sin más ni más.

La única persona a la que Ender quiere y en la que confía algo. Sintió una profunda puñalada de dolor, de remordimiento, de vergüenza de que ahora fuera a Peter a quien estaba unida, de que fuera Peter el centro de su vida. «A ti, Ender, te encendí fuegos en tu cumpleaños. A Peter le ayudo a satisfacer todos sus sueños.»

—Nunca pensé que fuera un hombre bueno. Ni cuando vino a llevarse a Ender, ni ahora.

—No pretendas ser una niñita ignorante. Seguí tus pruebas cuando eras pequeña y de momento no hay demasiados profesores de colegio que puedan ponerse a tu altura.

—Ender y Peter se odiaban.

—Ya lo sabía. Dijiste que eran opuestos. ¿Por qué?

—Peter... puede ser odioso algunas veces.

—¿Odioso en qué sentido?

—Ruín, simplemente ruín, eso es todo.

—Valentine, por el bien de Ender, dime qué hace Peter cuando es ruín.

—Amenaza de muerte a la gente. No lo dice en serio. Pero cuando éramos pequeños, Ender y yo siempre le teníamos miedo. Nos dijo que nos mataría. En realidad, dijo que mataría a Ender.

—Vimos algo de eso por el monitor.

—Era a causa del monitor.

—¿Nada más? Háblame más de Peter.

Le habló de los niños de todas las escuelas a las que había asistido Peter. Nunca les golpeaba, pero, de todas formas, les torturaba. Averiguaba qué era lo que más les avergonzaba y se lo decía a la persona cuyo respeto apreciaban más. Averiguaba qué era lo que más temían y se aseguraba de que tropezaran con ello a menudo.

—¿Hizo eso con Ender? Valentine negó con la cabeza.

—¿Estás segura? ¿No tenía Ender un punto débil? Alguna cosa que temiera más, o de la que se sintiera más avergonzado.

—Ender nunca hizo nada de qué avergonzarse.

Y de repente, profundamente avergonzada por haber olvidado y traicionado a Ender, se puso a llorar.

—¿Por qué lloras?

Negó con la cabeza. No sabía explicar cómo se sentía al pensar en su hermano pequeño, que era tan bueno, al que había protegido durante tanto tiempo, y acordarse luego de que ahora era aliada de Peter, la ayudante de Peter, la esclava de Peter en un plan que estaba totalmente fuera de

su control. «Ender nunca se rindió a Peter, pero yo he cambiado, me he convertido en una parte de él, lo que Ender nunca fue.»

—Ender nunca se dio por vencido —dijo.

—¿A quién?

—A Peter. A ser como Peter.

Caminaron en silencio por la línea de meta.

—¿Cómo puede Ender llegar alguna vez a ser como Peter?

Valentine se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho.

—Pero Ender nunca hizo ese tipo de cosas. Era sólo un niño.

—Sin embargo, los dos llegamos a desearlo. Llegamos a desear... matar a Peter.

—¡Ah!

—No, no es verdad. Nunca lo dijimos. Ender nunca dijo que quisiera hacerlo. Simplemente... lo pensaba. Era yo, no Ender. El nunca dijo que quisiera matarle.

—¿Qué quería?

—Simplemente no quería ser...

—¿Ser que?

—Peter tortura a las ardillas. Las clava con estacas en el suelo y las despelleja vivas, y se sienta y las mira hasta que mueren. Lo hacía, ahora no lo hace. Pero lo hacía. Si Ender lo hubiera sabido, si Ender le hubiera visto, creo que habría...

—¿Qué habría hecho? ¿Rescatar a las ardillas? ¿Intentar curarlas?

—No, en aquellos días no se... desataba lo que Peter ataba. No le llevaba la contraria. Pero Ender habría sido bueno con las ardillas. ¿Lo entiende? Las habría alimentado.

—Pero si las alimentaba, se volverían dóciles, y Peter las podría atrapar más fácilmente.

Valentine se echó a llorar de nuevo.

—Hagas lo que hagas, siempre beneficia a Peter. Todo beneficia a Peter, todo; no se puede evitar, sea lo que sea.

—¿Estás ayudando a Peter?—preguntó Graff.

No respondió.

—Valentine. ¿Es Peter tan malo? Valentine asintió con la cabeza.

—¿Es la peor persona del mundo?

—¿Lo malo que puede ser? No lo sé. Es la peor persona que conozco.

—Y sin embargo, tú y Ender sois sus hermanos. Tenéis los mismos genes, los mismos padres, ¿cómo puede ser tan malo si...?

Valentine se dio la vuelta y le gritó, le gritó como si estuviera matándola:

—¡Ender no es como Peter, no es como Peter en ningún aspecto! Excepto en que es listo, eso es todo... En cualquier otro aspecto en que una persona podría ser como Peter, él no es como Peter en nada, nada, nada.

—Ya lo veo —dijo Graff.

«Sé lo que estás pensando, desgraciado, estás pensando que estoy equivocada, que Ender es como Peter. Puede que yo sea como Peter, pero Ender no lo es, ni mucho menos; solía decírselo cuando lloraba, se lo dije muchas veces: "¡No eres como Peter, no te gusta hacer daño a los demás, eres bondadoso y bueno, y no eres ni mucho menos como Peter!"»

—Y es verdad. —Su aquiescencia la calmó.

—Es verdad, maldita sea, es verdad.

—Valentine, ¿ayudarás a Ender?

—Ahora no puedo hacer nada por él.

—En realidad es lo mismo que siempre hacías por él. Simplemente confortarle y decirle que no le gusta hacer daño a los demás, que es bondadoso y bueno, y ni mucho menos como Peter. Eso es lo más importante. Que él no es, ni mucho menos, como Peter.

—¿Puedo verle?

- No. Quiero que escribas una carta.
- ¿Para qué? Ender nunca ha contestado a ninguna de las cartas que le envié.
- Contestó todas las cartas que le llegaron —susurró Graff.
- Sólo necesitó un segundo para comprenderlo.
- Me da asco.
- Aislamiento es... el contexto óptimo para la creatividad. Eran sus ideas lo que queríamos, no... Bueno, no tengo por qué disculparme ante ti.
- «¿Por qué lo haces entonces?», aunque no le preguntó en voz alta.
- Está flaqueando. Está cayendo por una pendiente. Queremos sacarle de ahí, solo no saldrá.
- Quizás haría un favor a Ender si le dijera que se fuera usted a la mierda.
- Me has ayudado ya. Y puedes ayudar más.
- Prométame que no suprimiré nada de lo que escriba. —No prometeré nada de eso.
- Entonces olvídalo.
- No importa. Yo mismo escribiré tu carta. Podemos utilizar tus otras cartas para unificar los estilos de escritura. Es sencillo.
- Quiero verle.
- Tendrá su primer permiso cuando tenga dieciocho años.
- Usted le dijo que lo tendría cuando tuviera doce años.
- Cambiamos las normas.
- ¡No tengo por qué ayudarlo!
- No me ayudes. Ayuda a Ender. ¿Que importa que eso nos ayude también a nosotros?
- ¿Qué clase de cosas terribles le está haciendo allá arriba?
- Graff se rió entre dientes.
- Valentine, mi querida muchachita, las cosas terribles están a punto de comenzar.

Ender había leído ya cuatro líneas de la carta antes de comprender que no era de ninguno de los otros soldados de la Escuela de Batalla. Había llegado por el conducto regular, un mensaje CORRESPONDENCIA EN ESPERA cuando conectó la consola. Leyó cuatro líneas, luego saltó al final y leyó la firma. Volvió al principio, y se acurrucó en la cama para leer las palabras una y otra vez.

ENDER

LOS DESGRACIADOS NO DEJABAN PASAR NINGUNA DE MIS CARTAS HASTA AHORA. DEBO HABERTE ESCRITO MÁS DE CIEN VECES PERO PENSARÍAS QUE NUNCA LO HICE. NO TE HE OLVIDADO. ME ACUERDO DE TU CUMPLEAÑOS, ME ACUERDO DE TODO, ALGUNOS QUIZÁ PIENSEN QUE PORQUE ERES UN SOLDADO AHORA ERES UNA PERSONA CRUEL Y DURA QUE LE GUSTA HACER DAÑO A LA GENTE, COMO LOS MARINES DE LOS VÍDEOS, PERO SÉ QUE NO ES VERDAD. TÚ NO TE PARECES NADA A TÚ-SABES-QUIÉN. ES MÁS BUENO, EN APARIENCIA, PERO POR DENTRO TODAVÍA ES UN BRUJANTRO, TÚ QUIZÁ PAREZCAS RUIN PERO NO ME DEJO ENGAÑAR. TODAVÍA PEDALEO EN LA VIEJA ENRIQUETA, MUCHOS BESOS LABIOS DE PAVO.

VAL

(NO ME ESCRIBAS, PROBABLEMENTE SIKOANALISARÍAN TU CARTA)

Obviamente, la carta fue escrita con el pleno consentimiento de los profesores. Pero no había ninguna duda de que fue escrita por Val. La ortografía de psicoanalizarían, el epíteto de brujantro para Peter, la broma de llamar Enriqueta a la bicicleta* eran cosas que nadie más que Val podía saber.

Y sin embargo había demasiadas cosas, como si alguien quisiera asegurarse bien de que Ender creyera que la carta era genuina. ¿Por qué habría de preocuparles tanto si era auténtica?

De todos modos, no era auténtica. Aunque la hubiera escrito con su propia sangre, no era auténtica porque le mandaron escribirla. Había escrito antes, y no dejaron pasar ninguna de esas cartas. Esas puede que fueran reales, pero ésta había sido pedida, ésta formaba parte de su manipulación.

Y la desesperación le embargó de nuevo. Ahora sabía por qué. Ahora sabía qué era lo que odiaba tanto. No tenía ningún control sobre su propia vida. Ellos dirigían todo. Ellos tomaban todas las decisiones. Sólo le dejaban el juego, eso era todo; todo lo demás estaba formado por ellos y sus normas y planes y lecciones y programas, y lo único que él podía hacer era hacer esto o aquello en la batalla. La única cosa real, la única cosa real e inapreciable era su recuerdo de Valentine, la persona que le quería incluso antes de haber jugado un juego, que le quería tanto si había guerra con los insectores como si no, y ellos la habían puesto de su parte. Ahora era una de ellos.

Les odiaba, y a todos sus juegos. Les odiaba tanto que lloró, leyendo de nuevo la carta pedida y vacía de Val. Los demás chicos de la escuadra Fénix se dieron cuenta y desviaban los ojos ¿Ender Wiggin llorando? Eso era inquietante. Algo terrible estaba pasando. El mejor soldado de todas las escuadras tendido en su litera llorando. El silencio en la habitación era profundo.

Ender suprimió la carta, la borró de la memoria y activó el Juego de Fantasía. No estaba seguro por qué se sentía tan impaciente por jugar el juego, por llegar al Fin del Mundo, pero no perdió tiempo para llegar allí. Sólo cuando planeaba montado en la nube, rozando los colores otoñales del mundo pastoril, sólo entonces comprendió qué era lo que más odiaba de la carta de Val. Todo lo que decía era referente a Peten Que él no era ni mucho menos corno Peter. Lo que le había dicho con tanta frecuencia mientras le abrazaba, le confortaba cuando él temblaba de miedo y rabia y aversión después de que Peter le hubiera torturado, eso era todo lo que decía la carta.

Y eso era lo que le habían pedido. Los desgraciados lo sabían, y sabían lo de Peter en el espejo de la habitación del castillo, lo sabían todo y para ellos Val era sólo un instrumento más que utilizar para controlarle, simplemente un truco más que jugar. Dink tenía razón, ellos eran el enemigo, no querían a nadie y nadie les importaba y no iba a hacer lo que ellos querían, no iba a hacer nada por ellos, maldita sea. Había tenido sólo un recuerdo digno de confianza, sólo una cosa buena, y esos desgraciados habían escarbado dentro de él y la habían desenterrado con el resto del estiércol; estaba acabado, no iba a jugar.

Como siempre, la serpiente esperaba en la habitación de la torre, destejiéndose de la alfombra del suelo. Pero esta vez Ender no la trituró con los pies. Esta vez la cogió con sus manos, se arrodilló frente a ella, y muy delicadamente se llevó la boca abierta de la serpiente a sus labios.

Y la besó. No había sido ésa su intención. Su intención había sido dejar que la serpiente le mordiera en la boca. O quizá su intención había sido comerse a la serpiente viva, como Peter había hecho en el espejo, con la barbilla ensangrentada y la cola de la serpiente colgando de los labios. Pero en vez de eso la besó.

Y la serpiente creció en sus manos y se transformó en otra figura. Una figura humana. Era Valentine, que le besó otra vez.

La serpiente no podía ser Valentine. La había matado demasiadas veces para que fuera su hermana. Peter también la había devorado demasiadas veces, como para soportar la idea de que durante todo el tiempo podía haber sido su hermana.

¿Era esto lo que habían planeado cuando le dejaron leer la carta? No le importaba.

Ella se levantó del suelo de la habitación de la torre y caminó hacia el espejo. Ender hizo que su figura también se alzara y fuera con ella. Se pusieron delante del espejo, donde en vez del cruel reflejo de Peter había un dragón y un unicornio. Ender alargó la mano y tocó el espejo; la pared se desplomó y dejó al descubierto una enorme escalera que descendía, alfombrada y cubierta de multitudes que clamaban y ovacionaban. Juntos, cogidos del brazo, él y Valentine bajaron las escaleras. Las lágrimas llenaban sus ojos, lágrimas de alivio por haberse librado al fin de la habitación del Fin del Mundo. Y a causa de las lágrimas no advirtió que todas las personas que

componían la muchedumbre tenían la cara de Peter. Sólo sabía que a cualquier parte de ese mundo donde fuera Valentine estaba con él.

Valentine leyó la carta que la doctora Lineberry le había dado.

«Querida Valentine —decía—, Queremos agradecerle y elogiarle sus esfuerzos en pro del resultado de la guerra. Por la presente le notificamos que le ha sido concedida la Estrella de la Orden de la Liga de la Humanidad, Primera Clase, la más alta condecoración militar que se puede conceder a un civil. Desafortunadamente, la seguridad de la F.I. nos prohíbe hacer pública esta condecoración hasta que hayan concluido con éxito las actuales operaciones, pero queremos poner en su conocimiento que sus esfuerzos dieron como resultado un éxito completo.

»Sinceramente.

»General Shimon Levy,

»Estrategos.»

Cuando la hubo leído dos veces, la doctora Lineberry se la cogió de las manos. —Recibí instrucciones de dejártela leer y después destruirla.

Cogió un encendedor de un cajón y le prendió fuego. Ardió brillantemente en el cenicero.

—¿Eran buenas o malas noticias?—preguntó.

—Vendí a mi hermano —dijo Valentine—, y ahora me pagan por ello.

—Eres un poco melodramática, Valentine, ¿no te parece?

Valentine regresó a la clase sin responder. Esa noche Demóstenes publicó una cáustica denuncia de las leyes de limitación de la población. Se debería permitir a las personas que lo quisieran tener tantos hijos como desearan, y el exceso de población se debería enviar a otros mundos, para extender la raza humana por toda la galaxia para que ningún desastre, ninguna invasión, pudieran amenazar alguna vez a la raza humana con su aniquilación. «El título más noble que puede tener un niño —escribió Demóstenes— es Tercero.»

«Para ti, Ender», se dijo a sí misma mientras escribía.

Peter se rió encantado cuando la leyó.

—Esto les obligará a despertarse y abrir los ojos. ¡Tercero! ¡Un noble título! Oh, tienes un toque perverso.